



LA ÚLTIMA DUQUESA

LAURA POWELL

Siruela

LA ÚLTIMA DUQUESA

LAURA POWELL

LAURA POWELL

LA ÚLTIMA DUQUESA

ILUSTRACIONES DE
SARAH GIBB

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: marzo de 2019

Título original: *The Last Duchess*

En cubierta: Diseño de Sarah Gibb

Caballo y carruaje © Sarah Gibb.

Otras imágenes de © Shutterstock

© Laura Powell, 2017

© Ilustraciones: Sarah Gibb, 2017

© De la traducción, María Porrás Sánchez

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17624-85-9

Conversión a formato digital: María Belloso

Para Ali

Arriba y abajo

BREVE GUÍA DEL SERVICIO DOMÉSTICO

J. BULCOCK, Los deberes de una primera doncella



El mayordomo

El mayordomo es el criado de mayor rango en una casa. Sus deberes incluyen revisar la mesa de la cena, trinchar la carne, servir el vino y atender las necesidades de la familia y de los huéspedes en el comedor y en los salones. La plata, la bodega y las despensas están a su cargo.

El ama de llaves

El ama de llaves es la criada de mayor rango y ocupa el segundo escalafón tras el mayordomo. Se encarga de las cuentas, las facturas de los proveedores, la organización general de la casa y el abastecimiento de suministros. También se ocupa de las habitaciones de la servidumbre.

El ayuda de cámara

El ayuda de cámara atiende al señor de la casa. Se encarga de organizar el armario del señor, prepararle el baño, afeitarlo y ordenar su vestuario.

La primera doncella

La primera doncella sirve a la señora de la casa, la ayuda a vestirse y

asearse, se encarga de lavar las prendas más delicadas de su guardarropa y utiliza sus conocimientos de costura para confeccionar y arreglar prendas. Además, la primera doncella prepara productos de belleza y peina a su señora.

El lacayo

El lacayo pone la mesa en todas las comidas y ayuda al mayordomo, abre la puerta y se encarga de diversas tareas de la casa, como encender las velas y las lámparas, limpiar la plata y abrillantar los zapatos y las botas.

Las doncellas

Hay varios tipos de doncellas: las doncellas propiamente dichas, las criadas y las lavanderas. Cada puesto tiene asignadas unas tareas: encender las chimeneas, acarrear agua caliente para el baño, vaciar y limpiar los orinales, limpiar las habitaciones de la casa, hacer las camas, barrer y sacudir las alfombras y hacer la colada.

La cocinera

La cocinera es responsable de la cocina y de las comidas. No se encarga de limpiar y sus subordinadas suelen prepararle los ingredientes.

Las ayudantes de cocina

Las tareas de las ayudantes de cocina y las friegaplatos incluyen encender los fuegos de la cocina temprano y limpiar la cocina y los utensilios para que la cocinera los use durante el día.

Otros criados

Si hay niños en la casa, los atenderá una **institutriz** y diversas **niñeras**. El **mozo de los recados** también se encarga de atender a los demás criados y — si no hay **limpiabotas**— abrillanta los zapatos de la casa. El **cochero** supervisa los establos y conduce el coche de caballos, mientras que el **palafrenero** y el **mozo de cuadra** cuidan de ellos. Otros sirvientes que trabajan en los terrenos de la casa son los **encargados de mantenimiento** y los **jardineros**.

ADVERTENCIA



Debo prevenirte contra aquellas lecturas que solo supondrían una pérdida de tiempo y que, además, podrían corromper tus principios y hacer que te replanteases tu posición. Me refiero a las novelas, cuentos y romances, que

han conducido a más de una joven a la ruina...

J. BULCOCK,
Los deberes de una primera doncella
Londres, C. SMITH (1825)



CAPÍTULO 1



Debes obedecer las órdenes con prontitud y alegría.

J. BULCOCK,



La sirvienta perfecta es invisible.

Y justo así era Pattern. Una chica insustancial como una sombra, tan callada y tan menuda que era fácil olvidar que estaba en la habitación. Sus veloces manos siempre estaban ocupadas —cose que te cose, frota que te frota—, pero no parecía costarle ningún esfuerzo. Y cuando acababa, volvía a hacerse invisible como un fantasma bien adiestrado.

Pattern acababa de cumplir trece años, pero estaba destinada a llegar lejos.

Esta era, al menos, la opinión generalizada en la Academia de Servicio Doméstico de la señora Minchin. Porque Pattern también tenía otras habilidades: un gran talento para sacar las manchas más difíciles de la ropa de cama y unos zurcidos tan perfectos que nadie salvo ella distinguía las puntadas. A su cargo, no se perdía ni un botón ni un alfiler. Era digno de ver cómo cepillaba los sombreros y, tras su paso por Peinados Avanzados, había perfeccionado el arte de hacer tirabuzones sin ningún tipo de problema.

A pesar de todo, la señora Minchin se quedó de piedra cuando los servicios de Pattern fueron requeridos por su alteza real Arianwen Eleri Charlotte Louise, gran duquesa de Elfinburgo.

—Pero disculpadme..., ¿es que no se encuentran primeras doncellas adecuadas en Elfinburgo? —preguntó al noble personaje que se encontraba en su recibidor.

De no haber sido por las diferencias en la vestimenta, la señora Minchin habría parecido la aristócrata, con su rostro chupado y estirado y las cejas altaneras, mientras que la baronesa Von Bliven era tan colorada y tan rechoncha como una cocinera de armas tomar. Pero la baronesa tenía los ojos acuosos y le temblaban las manos, y la señora Minchin tuvo que esforzarse para entenderla.

—Su alteza real ha rechazado a las candidatas más idóneas. Por tanto, es hora de que busquemos en otro sitio. Como su madrina, he tomado cartas en el asunto, como un favor personal hacia la gran duquesa.

—Lo entiendo perfectamente, excelencia —dijo la señora Minchin, aunque

seguía sin encontrarle el sentido a todo aquello—. Lo único que me preocupa es que Pattern sea un poco, ejem, joven para un puesto tan importante. Seguro que una de las graduadas de este año, alguna chica de dieciséis años...

—Ninguna otra tiene sangre elfinesa. —La señora Minchin tenía que admitir que esto era cierto—. Puede que Pattern sea joven para su puesto —añadió la baronesa, entre toses desgarradoras—, pero también lo es la gran duquesa. En cualquier caso, le estaría muy agradecida por su ayuda. Huelga decir que espero su total discreción.

—Naturalmente —dijo la señora Minchin, con su sonrisa más zalamera. En realidad, le sentó fatal. Ya se había imaginado un cartel de «Proveedores de la Casa Real» con letras doradas encima de la puerta—. Le comunicaré a Pattern las buenas noticias de inmediato.

Cuando se lo anunciaron, Pattern no sabía qué le resultaba más chocante: que iba a convertirse en primera doncella siete años antes de lo previsto, que iba a viajar al continente para trabajar para la realeza extranjera o que, en realidad, no era inglesa.

Pattern era una «pobre huerfanita». Sus padres se habían ahogado. Ella, por entonces un bebé, había sido hallada flotando en su cuna cerca del lugar del naufragio. La niña y un par de tripulantes supervivientes fueron rescatados por un carguero que pasaba por allí, y el dueño realizó una colecta para enviar a la niña a uno de los orfanatos más respetables de Londres, desde el que pasó a la academia de la señora Minchin.

No obstante, acababa de enterarse de que el barco hundido iba repleto de inmigrantes elfineses, aunque se desconocía quiénes de entre todos ellos habían sido su madre y su padre. Con su verdadero nombre pasaba lo mismo. La matrona del orfanato le puso Pattern de apellido, pero no llegó a ponerle nada más para acompañarlo. No importaba. Era normal que cuando una doncella entraba a servir, esta cambiara su nombre por algo sencillo y fácil de recordar, como Sarah, Ellen o Prue. Así que, aunque hubiera quienes valoraran el título de «su alteza real» por encima de todas las cosas, lo que Pattern envidiaba de verdad era la poesía de «Arianwen Eleri Charlotte Louise». Menudo lujo, cuatro nombres de pila en lugar de uno.

Durante la entrevista en el recibidor de la señora Minchin, Pattern no dejó traslucir ninguno de estos pensamientos disparatados. «Sí, señora», «No,

señora» y «Gracias, señora» fueron todas las palabras que pronunció obedientemente.

—Eres una muchacha con mucha suerte —dijo la señora Minchin a modo de conclusión. Incluso ella se sorprendió de la tranquilidad con la que Pattern se había tomado la noticia—. Espero que seas consciente de tu buena fortuna y que trabajes muy duro para ser merecedora de ella.

—Sí, señora. Gracias, señora.

Pero, mientras cerraba la puerta del recibidor tras de sí, Pattern no acababa de sentirse afortunada. No echaría de menos la academia, con sus uniformes marrones y ásperos, ni el dormitorio común lleno de corrientes de aire, ni a las chicas celosas que la empujaban. Pero el perfil tiznado de hollín de Londres era el único horizonte que conocía. La idea de que fuera de él hubiera otro mundo le parecía tan descabellada como su ascenso repentino a la servidumbre real.

Ya era casi la hora de cenar y la mayoría de sus compañeras intentaban entrar en calor ante el fuego raquíptico del refectorio. Pattern cogió su costurero y se unió a un grupo de tres chicas que tejían lana junto a la puerta.

—Me marcho al extranjero —les dijo Pattern con un hilo de voz—. Voy a trabajar en una casa importante. Parto mañana.

No le estaba permitido decir nada más. En realidad, no debería haber dicho nada en absoluto. Pero a alguien tenía que contarle, aunque fuera a medias, lo que estaba a punto de sucederle. Quizá así se lo creyera ella.

Al principio ninguna dijo nada.

—Bueno, la verdad es que no te envidio para nada —repuso Pol, una chica de nariz chata—. El extranjero está lleno de forasteros sucios y no me gustaría ir allí en absoluto.

—Oh, no sé. En el extranjero pasan cosas que nunca suceden aquí —dijo la bondadosa y estúpida Jane, que nunca había pasado de aprender a pelar patatas—. ¡Batallas, revoluciones, escándalos! Creo que debe de ser muy emocionante.

—Pattern —bostezó la huesuda Sue— no es la clase de persona a la que le suceden cosas emocionantes. Pattern es tan aburrida y tan correcta como sus bordados.

Las otras chicas se echaron a reír. Pattern no se inmutó. Se planteó clavarle a Sue una aguja de punto en los nudillos mientras se preguntaba si lo

que había dicho sería cierto.

Realmente, el comienzo de su vida había sido excitante: un bebé rescatado de las olas gigantes de una tormenta y de un naufragio. Y aquí estaba, en manos del destino una vez más, en esta ocasión al servicio de la realeza extranjera. Pero quizá Sue tuviera razón y fuera mejor dejar esos dramas para otra persona más adecuada: una persona apasionada y pintoresca, como las heroínas de las novelas que la señora Minchin tanto desaprobaba. (Les metían ciertas ideas en la cabeza a las niñas. Y esas ideas no estaban bien consideradas en la Academia de Servicio Doméstico).

Una persona callada y disciplinada solo podía medrar en un ambiente tranquilo y disciplinado. Pattern debía trabajar en esa dirección. Solo entonces se sentiría enteramente satisfecha con su destino.

Pero, si había llegado a esta conclusión tan sensata, ¿por qué seguía teniendo ganas de clavarle las agujas a alguien?

La mañana de su partida, la señora Minchin le dio a Pattern toda clase de consejos, casi ninguno de utilidad, y se dedicó a presumir de sus días de gloria al servicio de la condesa de Arkminster. Justo antes de partir, le regaló un ejemplar del libro de J. Bulcock, *Los deberes de una primera doncella. Con una guía de comportamiento y numerosos consejos para el aseo.*



—No me cabe duda —dijo la señora Minchin, con su tono más regio— de que serás un orgullo para esta institución.

Pattern hizo una reverencia. Con su vestido de viaje de sarga gris parecía más anodina que nunca. También sus ojos eran grises; la piel, muy pálida, y la boca, pequeña y bien dibujada. Se peinaba con la raya en medio y el pelo castaño claro cuidadosamente recogido por encima de las orejas. Llevaba las uñas cuidadas y el cuello almidonado a la perfección. La viva imagen, pensó la señora Minchin con aprobación, del cumplimiento del deber.

«Bruja pretenciosa», fue lo que pensó Pattern.

Se cansó de la novedad del viaje tras pasar el primer día en un carruaje traqueteante, apretujada junto a la doncella de la baronesa, una mujer de cara triste que no dejaba de sorberse la nariz. Por la noche, Pattern y ella compartieron una cama en la posada, donde le resultó imposible descansar por

culpa de los codazos y la ruidosa nariz de su acompañante.

A Pattern le habría resultado difícil conciliar el sueño de todas maneras. Ante ella se abría lo desconocido, algo tan infinito como el camino polvoriento y lleno de baches. La única información que tenía sobre su destino había salido de la enciclopedia del aula de la academia. Gracias a ella sabía que el ducado se encontraba en la zona boscosa de los montes de Alemania central, en dirección al norte y la gran llanura europea. Había sido fundado en la Edad Media por un príncipe galés, Elffin Pendraig, que había pasado varios años en el exilio en Europa antes de instalarse allí con sus seguidores. La lengua nativa —el elfinés— derivaba del alemán y del galés, aunque el inglés lo había reemplazado en casi todas las zonas excepto en las comunidades rurales más remotas. Había tres poblaciones importantes: Elffinheim, la capital; la ciudad termal de Brecon-Baden y la ciudad universitaria de Myrddinsbruck, perdida en las cadenas montañosas del norte. El país ocupaba más de 11.000 km cuadrados, con una población de 390.000 habitantes. La principal manufactura era la porcelana.

A Pattern le gustaban los datos y las cifras. Le gustaba clasificarlos en su cabeza. La hacían sentir que una parte del caos del mundo podía ordenarse, como si fuera un armario de sábanas bien organizado. Pero lo que de verdad quería era una impresión personal del lugar. La señora Minchin le había recalado que la gran duquesa de trece años también era princesa de pleno derecho por gracia de su ascendencia galesa, por lo que debía ser en verdad grandiosa. ¿Cómo se peinaba su alteza real? ¿Con qué colores prefería vestirse? ¿Cuáles eran sus gustos en materia de arte, música, dulces o mascotas?

¿Sería su señora amable con Pattern o le tiraría del pelo y le daría pellizcos en el brazo como hacían las chicas mayores de la academia?

¿La recibirían bien el resto de los sirvientes o les molestaría su presencia?

¿Se sentiría todavía más sola?

Cuidado con la autocompasión, se dijo Pattern. La autocompasión era un lujo que los de su clase no podían permitirse.

La doncella de la baronesa no miraba a Pattern con buenos ojos y fingía no entender su idioma cada vez que esta le hacía una pregunta. Además, dedicaba casi toda su energía a cuidar de su señora y a prepararle bálsamos y jarabes para la tos. La baronesa había acudido a Londres a visitar a un afamado

médico de Harley Street, pero el tratamiento no había tenido los efectos deseados. La tos empeoraba a cada hora en el camino.

Llegaron a Elfinburgo el domingo ya tarde, después de recorrer varios kilómetros de bosque espeso. La frontera estaba custodiada por guardias de librea verde que salieron disparados de la garita y se cuadraron al paso del carruaje. Cerca de allí había una pequeña posada regentada por una mujer que vendía suvenires además de ofrecer alojamiento. Entre sus mercancías podían encontrarse banderas elfinesas, dulces de mazapán y bandejas de porcelana con el retrato de la gran duquesa pintado. Mostraban a una niña con sonrisa afectada, mejillas sonrosadas y rizos morenos, el tipo de imagen que se veía en las cajas de bombones.

A la mañana siguiente, Pattern fue convocada al dormitorio de la baronesa. Allí le informaron de que la baronesa estaba demasiado enferma para proseguir el viaje hasta la residencia real. Pattern debía continuar sola. La baronesa había preparado una carta de presentación para que se la entregase al primer mayordomo y otra para la gran duquesa. También había documentos que certificaban la ascendencia de Pattern, que la baronesa había obtenido del cónsul de Elfinburgo en Londres.

—Fue él quien me informó de que te encontrabas en la academia de la señora Minchin. Este es un país pequeño y muy cerrado. Hermético, podría decirse. Son pocos los que lo visitan, y menos los que lo abandonan. Si no fueras una compatriota, no te estaría permitido buscar empleo aquí.

La baronesa seguía tan rechoncha y colorada como antes, pero tenía la piel hundida y cerosa y respiraba con tanta dificultad que Pattern tuvo que acercarse para oírla.

—La gran duquesa es joven. Tanto como tú. Su cargo la obliga a llevar una vida aislada, con pocos compañeros de su edad y pocos compromisos, a excepción de los oficiales. Lamento que no se lleve bien con su tío y tutor, el príncipe Leopold. Pero, aunque mi querida Arianwen sea la criatura más dulce del mundo, tiene una disposición un tanto nerviosa y tendencia a figurarse cosas raras. A decir verdad, se le ha metido en la cabeza que todos sus criados son espías a sueldo del príncipe y que su última primera doncella intentó envenenarla.

Pattern tragó saliva y murmuró que sentía oírlo.

—No te alarmes. Al ser nueva en el país, su alteza real no puede

sospechar que tú estés conspirando contra ella. Como tienes su misma edad, es posible que te ganes mejor su confianza.

La baronesa tuvo que hacer una pausa por culpa de un ataque de tos. El pañuelo que se llevó a los labios estaba manchado de sangre.

—Le tenía mucho cariño a la madre de la gran duquesa —dijo, cuando logró recobrase—. Mucho. He intentado cuidar de su hija lo mejor que he podido. A causa de mi salud no he sido la gran amiga que hubiera deseado. O durante todo el tiempo que esperaba.

Suspiró, pero la respiración le salía entrecortada.

—Por eso te pido que te ocupes del bienestar de su alteza real en todos los sentidos. No solo de los detalles de su aseo, sino de proporcionarle sosiego.

Pattern murmuró un asentimiento. Entonces la baronesa la cogió de la mano. La tenía fría y dura al tacto.

—No hay que tener mucha imaginación —dijo la baronesa— para saber que las cortes reales son lugares peligrosos. Te doy un consejo: mantente al margen de las intrigas, ocúpate de tu señora, sigue tu instinto. Y, ante todo, no te fíes de nadie.

CAPÍTULO 2



No pretendas que tus superiores se adapten a tus caprichos o a tus cambios de humor, tus señores ya tienen bastantes preocupaciones como para soportar tus enfados.

J. BULCOCK,

Los deberes de una primera doncella



El país natal de Pattern era tan bonito como un libro ilustrado. Al abrigo de una cadena montañosa, sus valles eran frondosos, los bosques oscuros y los ríos plateados. Con la inminente llegada del otoño, el follaje había comenzado a adquirir una tonalidad ambarina. Entre los árboles despuntaban recientes villas blancas, mientras junto a los lagos se apiñaban casitas antiguas con el techo de paja. Después de la niebla maloliente de Londres, el ambiente era dulce y fresco.

¿Por qué habrían querido emigrar su padre y su madre? Los elfineses parecían gente próspera y saludable, se les veía satisfechos. Pattern sintió una punzada de nostalgia. Ahí tenía la prueba de que probablemente su pequeña aventura acabara en desastre. Si sus padres se hubieran contentado con su suerte, ahora ella podría tener un verdadero hogar y una familia en este lugar tan agradable.

Cuando ya caía la luz de la tarde, el caballo y el carruaje llegaron a la ciudad de Elffinheim, un revoltijo de tejados rojos y gabletes grises. En la plaza principal había una estatua de un caballero con un dragón pequeño pero temible. Pattern lo tomó por san Jorge, pero pronto entendió que debía de ser Elffin, el príncipe galés del cual tomaba su nombre el ducado.

Ahora que veía su destino al alcance de la mano, estaba demasiado distraída pensando en la conversación con la baronesa Von Bliven como para recrearse en los monumentos. Con su aliento entrecortado, la baronesa había tildado a su ahijada de nerviosa y caprichosa, y de paso le había advertido a Pattern que no se fiara de nadie. Si la gran duquesa era una persona inestable o incluso paranoica, y decidía acusar a Pattern de cometer algún crimen..., ¿qué podía hacer ella, sola y sin amigos, en un país extranjero?

A falta de otra guía, Pattern sacó el libro que le había regalado la señora Minchin, *Los deberes de una primera doncella*, y buscó el capítulo sobre «Traslados». Leyó:

Nunca prestes atención ni des pábulo a esas personas maliciosas y

chismosas que podrían ponerte en contra de tus señores al contarte toda clase de historias sobre la familia; hay una posibilidad entre mil de que esas historias sean ciertas.

La baronesa era una mujer de buen corazón, de eso Pattern no tenía duda. Pero también estaba muy enferma y quizá no se hallara del todo en sus cabales. Pattern decidió no volver a pensar en maquinaciones y envenenamientos. No obstante, mientras el mozo guiaba el carruaje a través de las puertas de hierro forjado que conducían al castillo de Elfinburgo, sintió que se le caía el alma a los pies.



El castillo se alzaba al final de una avenida de unos tres kilómetros que discurría a través de un pinar. Era una mole grande y fea, mitad templo romano, mitad catedral gótica. Las hileras de columnas estaban manchadas por los excrementos de muchas generaciones de palomas y parecía que rara vez se limpiaban las numerosas ventanas, mientras que el enyesado se veía amarillento y agrietado.

El pórtico principal daba a una inmensa explanada empedrada con una fuente de la que salía un hilillo de agua a través de una maraña de sirenas y tritones. Pattern —naturalmente— fue derivada a la puerta de atrás, pasados unos establos tan grandes como para albergar varias caballadas y un patio adoquinado surcado por hojas muertas y restos de basura. Allí fue recibida por un limpiabotas, que fue en busca de una doncella desaliñada, que fue en busca de la primera ama de llaves, que fue en busca del primer mayordomo.

Todo esto llevó un tiempo considerable, y Pattern, a la que habían dejado abandonada en el umbral como un paquete no deseado, se sentía de lo más incómoda. Cuando por fin apareció el mayordomo, daba la impresión de que venía de tomar el té, porque tenía migajas por toda la camisa y el cuello manchado de mermelada. Leyó la carta de la baronesa Von Bliven despacio y a regañadientes.

—Supongo —dijo, aún más a regañadientes— que será mejor que entres.

Pattern pasó a manos de la primera ama de llaves, la señora Parry, una mujer pequeña y rechoncha, con los ojos brillantes y negros como un botón.

—¡Dios mío! —dijo, nada más ver a Pattern—. Pero si eres una menudencia. —Y acto seguido preguntó si Inglaterra era tan húmeda y tan sucia como todo el mundo decía.

Pattern contestó que, en ocasiones, lo era.

—Bueno, supongo que la gente estará acostumbrada. Aunque dudo de que te quedes aquí el tiempo suficiente como para echar de menos tu país.

Con estas palabras desalentadoras, la señora Parry informó a Pattern de que la gran duquesa estaba indispuesta y que no la recibiría hasta última hora de la tarde..., si es que la recibía. Mientras tanto, le enseñarían las habitaciones del servicio. Resultó que dentro del castillo se alojaban una serie de personajes nobles y la mitad de Elffinheim trabajaba para atender sus necesidades.

Comenzaron por el salón de los sirvientes, un lugar que parecía una mazmorra surcada por corrientes, ruidoso y desordenado. Desde allí, Pattern pasó volando ante lavaderos y despensas, trascocinas y alacenas, fresqueras y especieros, habitaciones para cortar velas, para guardar los tubérculos, para limpiar la plata y para abrillantar las botas... Las campanillas sonaban a cada instante, desde todos los rincones, y personas vestidas con toda clase de uniformes andrajosos se apresuraban a atenderlas. Era un laberinto bajo tierra, tan húmedo y oscuro como cualquier sótano, pero mucho más lioso.

A Pattern le costaba seguirle el ritmo a la mujer, por no hablar de retener toda la información que le daba con prisas y sin ningún cuidado. No podía dejar de preocuparse por el paradero de su equipaje, que un limpiabotas había hecho desaparecer, y le asustaba estar despeinada y con las manos sucias. Todo era tan grande y tan complejo que se sentía muy pequeña e insignificante, incapaz de estar a la altura de las tareas que le exigieran.

Finalmente, un pajecillo llegó corriendo y susurró algo al oído de la señora Parry: la gran duquesa estaba lista para recibirlos. Para entonces, Pattern tenía la garganta seca y estaba a punto de desmayarse del hambre. Pero no había tiempo de detenerse para tomar un refrigerio, mucho menos para quitarse el polvo del viaje o atusarse el moño. En lugar de eso, siguió a la señora Parry y al frufú de su falda por escaleras que tenían el pasamanos

astillado y crujían, por pasillos encalados y rincones estrechos, a través de una puerta forrada de paño que se cerró sigilosamente tras ellas, hasta llegar a un recibidor espacioso y bien iluminado, con la moqueta tan suave como el musgo.

Las puertas del dormitorio de la gran duquesa se encontraban al fondo. Era una habitación enorme, como una pradera, con una cama con dosel tan grande como una casita. El dosel de la cama era de satén color púrpura y colgaba de una enorme corona dorada próxima al techo. La habitación relucía a la luz de las múltiples velas; unas cortinas de terciopelo color ciruela polvoriento cubrían todas las ventanas. Hacía bochorno, reinaba el silencio y parecía desierta.

La señora Parry avanzó hasta la cama gigante. Había una escalerita portátil apoyada en un extremo. La señora Parry se detuvo en la base e inclinó la cabeza. Carraspeó levemente.

—¡Mazapanes y miriñaques! ¿Es que nunca me vais a dejar tranquila? — exclamó una voz irritada detrás del dosel.

Se oyó el crujido de los muelles de la cama y revuelo de sábanas. El dosel se movió y asomó un rostro pequeño y afilado enmarcado por un gorro de noche blanco y largo. Un rostro enfurruñado.

—Es la joven de Inglaterra, su alteza —murmuró la señora Parry.

Su alteza real, Arianwen Eleri Charlotte Louise, gran duquesa de Elfinburgo, miró a Pattern de arriba abajo y torció el gesto.

—¡Una espía inglesa! Qué novedad. Supongo que se han quedado sin espías locales —dijo—. Marchaos —añadió—. Marchaos las dos y dejadme sola. Me ponéis de los nervios.

CAPÍTULO 3



Recuerda que en ningún sitio estará todo completamente a tu gusto, por lo que tendrás que soportar infinidad de cosas que no te resulten agradables.

J. BULCOCK,



Pattern cenó a solas en su habitación. Habría sido mejor unirse al resto de los sirvientes en el salón y comenzar a cultivar las alianzas necesarias para su vida laboral. Debería haber sido invitada al saloncito del ama de llaves a tomar el té, estaba en su derecho. Pero, aunque el ofrecimiento de la señora Parry de una cena en bandeja podía considerarse como una indulgencia, el mensaje estaba claro: Pattern se encontraba sola.

En virtud de su posición, su habitación del ático se hallaba algo apartada del resto de los dormitorios de las doncellas. Tenía una ventana de buen tamaño, un escritorio que se cerraba con llave y una colcha de retales alegraba la cama. No le llevó demasiado rato deshacer el equipaje y ordenar sus cosas: tres vestidos y un delantal, dos enaguas, dos camisones, dos camisolas, cuatro pares de bragas, dos gorros de dormir y cuatro pares de medias. Había espacio en el armario de caoba para el doble de ropa.

A pesar de tales lujos, Pattern no durmió a gusto. Era la primera vez en su vida que dormía sola. Echaba de menos la respiración y los sonidos de las otras niñas de la academia de la señora Minchin. Incluso los ronquidos de la doncella de la baronesa Von Bliven habrían sido bien recibidos. Era una extranjera, estaba sola en una tierra extraña. El silencio y la inmensidad del castillo se cernían sobre ella, más negros que la noche.

La mañana no le trajo muchas alegrías. Una de las terceras doncellas le llevó el desayuno y depositó la bandeja en el escritorio de malos modos, de manera que el té se derramó y empapó el pan. Era una chica pelirroja de unos dieciséis años, con la nariz respingona y la voz desafiante.

—Seguro que se cree muy importante —dijo, sin preámbulos ni presentarse—. Dándose aires como buena engreída inglesa, robándole descaradamente el trabajo a las elfinesas honradas.

Pattern mantuvo la voz tan firme como pudo.

—Mi familia tenía sangre elfinesa. Creo que por eso la baronesa...

—¿Sangre elfinesa? ¡Ja! Encima es una mentirosa además de una ladrona; nadie abandona Elfinburgo sin el permiso de la familia ducal. Está prohibido.

—La chica ladeó la cabeza—. No sé cómo se habrá ganado a la vieja Bliven,

pero ahora va a enterarse. Que sepa que la gran duquesa es una fiera. Casi le saca los ojos a su última doncella. Y a la de antes le pegó una patada y la tiró por la gran escalinata.

—En ese caso —dijo Pattern, con mucha inocencia—, tus amigas y tú habréis sentido un gran alivio al no haber sido elegidas para el puesto.

La doncella le lanzó una mirada furibunda.

—No se haga ilusiones, su alteza la aprecia tan poco como nosotras. Fue a visitar a su madrina a su lecho de enferma al amanecer, pero tan pronto como regrese seguro que le manda hacer las maletas. Hay quien dice que su alteza está mal de la cabeza, pero es lo bastante lista como para reconocer a una estafadora cuando la ve.

Con este dardo de despedida, la doncella se marchó dando un portazo que hizo temblar las paredes enyesadas.

Pattern suspiró una única vez, se tomó el té frío y se comió el pan duro (el té derramado no había hecho nada para ablandarlo). Su reflejo en el espejo sobre el lavabo no la animó. Llevaba su mejor vestido negro de seda, un regalo que le había hecho la baronesa, pero la imagen que proyectaba no le resultaba convincente. Parecía una niña pequeña que hubiera asaltado el baúl de los disfraces.

Pattern enderezó los hombros. Se sentía preparada para ser una buena sirvienta. Con la experiencia suficiente, se convertiría en una de las mejores. Estaba tan poco dotada para la amistad como lo estaba para la aventura. Tenía otras cualidades y debía estar orgullosa de ellas.

Y no escucharía a la vocecita en su cabeza que preguntaba: «Y ¿qué más dará? ¿Acaso una buena sirvienta no tiene prácticamente el mismo valor que un buen reloj, más o menos lo mismo que un par de zapatos cómodos?».

Era hora de preparar el dormitorio de su señora. Pero, ¡ay!, sin la señora Parry para guiarla, pronto se perdió en el laberinto de pasadizos estrechos y escaleras serpenteantes diseñados para mantener a los criados fuera de la vista en sus idas y venidas. Cuando creyó que saldría al pasillo ante los aposentos de la gran duquesa, se encontró en una larga galería flanqueada por bustos de mármol de los difuntos duques y duquesas. Un par de lacayos holgazaneaban junto a la escalera.

Uno de ellos, un tipo con granos y una sonrisa burlona, la vio dudar.

—¿Adónde te escabulles, ratoncita?

Cuando ella le explicó la situación, a él le hizo muchísima gracia.

—¿Tú? ¿Primera doncella? Pero ¿tienes edad suficiente para atarte los cordones?

—Quizá no sea una niña, sino una enana —sugirió su amigo, un tipo con la cara alargada y las calzas arrugadas.

—Aunque joven, soy perfectamente capaz —dijo Pattern, con toda la dignidad que pudo reunir—. Y estoy segura de que todavía creceré ocho centímetros.

Cuando al fin los encontró, en los aposentos de la gran duquesa reinaba un triste desorden. Había enaguas, chales y zapatos tirados por encima de todas las superficies posibles. En el suelo se veían charcos jabonosos y migas de tarta en las sábanas. ¿Quién había preparado el baño de la gran duquesa y le había llevado el desayuno y la había ayudado a vestirse? No había señales de que las criadas hubieran pasado por allí.

Pattern comenzó por abrir las ventanas. Luego retiró el pesado dosel de seda de la cama y se dispuso a airear las sábanas. Ahuecó las almohadas y colocó bien los muebles. Llevó las prendas desperdigadas al vestidor, limpió los espejos manchados y puso agua fresca en los jarrones. En un armario de una escalera trasera encontró una escoba y trapos para quitar el polvo de la habitación.

Después de esto limpió los peines, puso tapones nuevos en los frascos de agua de lavanda y aceite de almendras y ordenó los cajones repletos de lazos, broches y otras fruslerías. Se sentía mejor ahora que tenía algo que hacer. Una habitación ordenada siempre es causa de satisfacción para una mente metódica.



Cuando la alcoba estuvo en orden, decidió llevarse una pila de ropa para remendar al salón de servicio. Era normal que la realeza tirase las prendas cuando se manchaban o se rompían, pero no quería darlo por hecho. Y en el salón podría encontrarse con alguien que se apiadara de ella y le explicase en condiciones sus deberes.

Después del recibimiento que le habían brindado, pensaba que se haría el silencio en la habitación cuando ella entrara y que la mirarían con mala cara. Por eso fue un alivio comprobar que nadie reparaba en ella. Aunque no era ninguna sorpresa, pues sus compañeros estaban demasiado ocupados con sus propios asuntos —coquetear, reñir, gruñir y cotillear— para preocuparse por los suyos. Se sentó en una esquina y comenzó a remendar medias y, aunque algunas personas miraron en su dirección, se diría que había recuperado su aura de invisibilidad.

El almuerzo, cuando lo sirvieron, era tan simple y tan mal cocinado como la cena de la noche anterior; lo tomaron en medio de muchas quejas y codazos. Gracias a los cuchicheos a su alrededor, Pattern descubrió que existía una gran rivalidad entre la señora Parry, el ama de llaves, y la señora Fischer, la cocinera, solo superada por su odio común hacia el señor Jenkins, el mayordomo. Quizá así se explicara que no hubiera ningún sirviente de alto rango que supervisara el comportamiento de los demás en el salón.

Incluso en un entorno menos escandaloso, a Pattern le habría costado seguir la conversación. El acento elfinés combinaba la musicalidad galesa con la brusquedad del alemán, y a Pattern le llevó un rato acostumbrarse a él. Se vio obligada a preguntar «¿Cómo dice?» tres veces a una mujer mayor que se cruzó con ella de regreso al piso superior.

—Le ha preguntado si ha visto las llaves del chifonier de nogal —dijo la doncella pelirroja que le había llevado al desayuno—. Pero se ve que es sorda, además de torpe.

La chica pasó volando junto a alguien que Pattern reconoció: el lacayo con granos de la galería, quien le dirigió una sonrisa autocomplaciente.

—¡Pobre ratoncita! Sigue escabulléndose de un agujero a otro. ¿Por qué te molestas en esforzarte? Nadie te quiere abajo, nadie te echará de menos arriba.

Pattern no se dignó a contestar. Pero lo cierto era que no sería de utilidad

hasta que su señora volviese.

Quizá debía emplear el resto del día en dar una vuelta por la ciudad y familiarizarse con los alrededores.

En ese momento, decidió que se tomaría el primer día libre de su vida.

CAPÍTULO 4



Te convertirás en una sirvienta incompetente si te dedicas a pensar en el ocio y tus deberes se te antojan una carga... La diversión es algo que no siempre tiene unas consecuencias positivas y se puede estar feliz y contenta sin

ella.

J. BULCOCK,

Los deberes de una primera doncella



Una hora o dos los domingos era todo el tiempo libre del que disponían en la academia de la señora Minchin, y una tarde entera para ella sola suponía una libertad inimaginable. Pattern no sabía si sentirse impresionada u horrorizada ante su atrevimiento.

Se había escapado por un sendero que discurría en paralelo a la gran avenida que atravesaba el bosque. Era un paseo de tres kilómetros, pero cuanto más se alejaba del castillo, más aligeraba el paso.

El sendero desembocaba a poca distancia de la casa del guarda de la avenida. Allí, Pattern encontró otra puerta en la verja de hierro que rodeaba el parque, que, a diferencia de la recargada entrada principal, era pequeña, estaba oxidada y... cerrada. Pattern sacó el juego de llaves que había encontrado en el escritorio de su dormitorio y se alegró de descubrir que una encajaba. Tras abandonar el pinar, cruzó un prado amplio y luego un puente y se encontró a poca distancia del centro de la ciudad.

Para ser una capital, Elffinheim era sumamente pequeña. Pero Pattern, que había visto muchos de los callejones sucios de Londres y pocos de sus monumentos famosos, era fácilmente impresionable. Deambuló por las calles estrechas con casas altas y balcones en saliente, cruzó plazas empedradas y recorrió las orillas del río marrón y poco profundo flanqueado por tilos. Admiró la pequeña catedral gótica y el edificio del Parlamento con su cúpula estilizada y pasó una media hora estupenda en el mercado, donde las mujeres se sentaban a charlar junto a sus puestos de pasteles galeses y col en vinagre, salchicha ahumada y pan dulce o *bara brith*.

En uno de los puestos vendían unos curiosos relicarios que albergaban en su interior trozos de pluma, cuentas de colores y lo que parecían fragmentos de hueso. Pattern se inclinó para examinarlos. Creyó que podía tratarse de reliquias religiosas.



—Un amuleto para que estés segura, querida —graznó la anciana vendedora—. Te protege de la brujería y también de los monstruos.

—¿Brujería? —repitió Pattern, perpleja.

—Olvídate de ella con una de estas bellezas alrededor del cuello. ¡Protección infalible contra los demonios y los cambiaformas y toda esa chusma mágica! Ven, pequeña, te haré un precio especial...

Pero Pattern ya se había marchado, deseosa de perderse entre la multitud. Las costumbres locales pintorescas estaban muy bien, pero parecía que Elfinburgo albergaba algunas supersticiones malsanas. O quizá el populacho estaba terriblemente influido por esas novelas que la señora Minchin tanto

desaprobaba..., las que estaban llenas de ideas peligrosas y episodios fantásticos.

De las conversaciones que fue escuchando, Pattern extrajo que la gran duquesa rara vez se mostraba ante su pueblo, de ahí que tuviera fama de ser muy orgullosa. Su tío Leopold parecía más popular, pero el «viejo duque», el difunto padre de la gran duquesa, era mucho más querido que ambos y en general se le consideraba un santo. Además de esto, se enteró de que el azúcar estaba tan caro que clamaba al cielo, y se sospechaba que el pescadero de la calle Denbigh mantenía relaciones indecorosas con la esposa del capitán de la guardia.

De este último chismorreo se enteró por dos mujeres que debatían acaloradamente mientras hacían cola delante de ella en la catedral, donde Pattern esperaba para ver la capilla del príncipe Elffin Pendraig.

Su acompañante torció el gesto y se puso seria.

—Un asunto trágico —coincidió—. Sobre todo, si los rumores son ciertos. A su alrededor la tierra estaba quemada.

—Sí —dijo la otra—. Dicen que lo único que encontraron de ella fue... — Y entonces echó un vistazo a Pattern y bajó la voz.

A Pattern le había picado la curiosidad. Pero, al fin y al cabo, no era asunto suyo. Solo debía interesarse por la información de utilidad para atender a la gran duquesa. Por eso, además de ver los monumentos, se aseguró de buscar la sombrerería, la mercería y la papelería más respetables y tomó nota de las direcciones.

Junto al sombrerero y su escaparate repleto de tocados había una pastelería con un escaparate aún más tentador repleto de pasteles. Pattern no podía apartar los ojos de ellos. Además de regalarle el vestido de seda negra, la generosa baronesa también le había entregado un pequeño adelanto de su sueldo. Acariciando las monedas desconocidas —con el perfil de la gran duquesa en una cara y un dragón en la otra—, Pattern sintió un impulso temerario. Ya se había tomado el día libre por su cuenta. Gastarse el sueldo que aún no se había ganado parecía en comparación un crimen menor.

Antes de poder pensárselo mejor, entró en la tienda y compró una porción de pan de jengibre y un vaso de limonada. Las especias y los limones ácidos le supieron a libertad. Nunca había probado nada tan sabroso ni tan dulce. Tras el mostrador, un cartel anunciaba que se buscaba ayudante de cocina.

Pattern se imaginó a sí misma con un gorro y un delantal de repostera, rodeada de complicadas preparaciones de caramelo hilado y nata batida...

Suspiró. Su pan de jengibre estaba a punto de acabarse, igual que su escapada. No era pastelera, sino primera doncella y, de momento, no se le daba demasiado bien. Debía regresar antes de que la echaran en falta.

Se limpió las migas de la falda y se dispuso a volver al castillo. Pero, en algún momento, debió de tomar el camino equivocado porque, después de doblar varias esquinas, se encontró en un callejón tranquilo que discurría junto al río y se alejaba de la ciudad en dirección opuesta hacia donde se dirigía. Vio una fila de casitas que daban al agua, gallinas y niños correteando y mujeres recogiendo la colada. Un granjero joven que caminaba por el campo completaba la escena tranquila.

Pattern se disponía a dar media vuelta para volver sobre sus pasos cuando oyó un grito angustiado y desgarrador.

Una de las mujeres se había desmayado. Se llevaba un zapato de niño al pecho. El granjero estaba a su lado, retorciendo la gorra entre las manos, con la cabeza inclinada.

Las compañeras de la mujer acudieron junto a ella a toda prisa. Los vecinos salieron en tropel de las casas y se concentraron, temerosos, en el extremo de la calle.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —preguntó Pattern.

Una anciana contestó.

—Es su hijito... Desapareció en las colinas. Y ahora parece que han encontrado, como si lo único que quedara fuera... —Agitó la cabeza, incapaz de continuar.

—¡Es terrible! ¿Hay animales salvajes por esta zona?

Un hombre se giró para mirarla fijamente.

—¿Y de dónde sale usted, señorita?

Pattern supuso que su acento la había delatado.

—Acabo de llegar de Inglaterra.

Él frunció el ceño y el resto de la multitud dio un paso atrás.

—Entonces será mejor que regrese allí tan rápido como pueda —dijo él—. Son asuntos que ningún extranjero podría entender. Déjele los problemas elfineses a los elfineses.

Cuando Pattern llegó al final del callejón, la apenada madre dejó escapar otro grito y la niña vio que el zapato que sujetaba estaba ennegrecido y chamuscado, y le había tizado el delantal. Se alegró de dejar atrás una escena tan triste, pero no conseguía quitársela de la cabeza. También se acordó de la conversación que había escuchado por casualidad en la catedral sobre la niña del molino.

El pan de jengibre le pesaba en el estómago, la limonada le había dejado un regusto amargo. Cuando cruzó el puente para salir de Elffinheim y vio los tejados del castillo despuntar entre los árboles, tuvo claro que la habían pillado y que tendría que responder ante la señora Parry. La luz dorada de la tarde se estaba disipando y el bosque parecía muy oscuro.

Forcejeó para meter la llave en la cerradura.

—Permítame, señorita. —Un hombre apareció tras ella y le cogió la llave.



Era alto y las sombras lo ocultaban casi por completo. Pattern se sobresaltó. Entonces, con una pequeña inclinación de cabeza, el caballero abrió la puerta y ella vio que vestía la librea oscura que lo identificaba como sirviente. Poseía una elegante figura, tenía el cabello de un rubio glacial y la nariz aguileña y desprendía un vago olor a anís.

—Discúlpeme —dijo—. Creo que no he tenido el placer de conocerla. ¿Podría preguntarle qué le trae por el castillo?

Con el corazón en un puño, Pattern le explicó su situación; sin embargo, el caballero sonrió.

—Entonces sea usted muy bienvenida. Espero que encuentre todo de su

agrado y que su trabajo le resulte gratificante.

Ella estaba tan sorprendida que solo pudo agradecerse con un tartamudeo.

—Permítame que me presente. Soy el señor Madoc, el ayuda de cámara de su alteza real el príncipe Leopold.

¡El ayuda de cámara del príncipe! Pattern lo miró con más interés y más respeto todavía. También él parecía joven para su puesto porque, a pesar de su aspecto majestuoso, tendría unos veinte años. Su respeto hacia él fue en aumento cuando atravesaron juntos el bosque caminando, ya que Madoc contestó a todas sus preguntas con mucha educación y le dio numerosos consejos. A cambio, se interesó mucho por su persona y por su opinión de Elfinburgo hasta el momento.

—Debería tener cuidado —le dijo él— si sale a caminar sola al atardecer.

—Sí, he oído en la ciudad que el campo puede ser peligroso.

—¿Ah, sí?

—Estaban hablando de unos niños que habían desaparecido. Pensé que podían ser animales salvajes, pero... —vaciló, porque Madoc se había detenido y la observaba con una extraña intensidad—. Bueno, estoy segura de que estos rumores surgen por doquier y acaban por exagerarse a fuerza de ser repetidos.

Continuaron caminando y Madoc dejó escapar un suspiro que se sumó al susurro de los pinos.

—Elfinburgo es tan pequeño y tan tranquilo que la mayor parte del mundo se ha olvidado de nosotros. Pero puede que descubra que no somos tan soporíferos como parece. —Los ojos le brillaban en la oscuridad—. Tenemos nuestros secretos y también cargamos con nuestras culpas. Rece para que no le toque compartirlos.

CAPÍTULO 5



Dondequiera que te encuentres, muy malo tendría que ser el sitio para que no pudieras mejorarlo con tu buen hacer.

J. BULCOCK,



El segundo día de Pattern al servicio real comenzó de manera parecida al primero: la doncella pelirroja —Dilys— estuvo igual de antipática y el pan del desayuno, igual de duro. Le informaron de que la gran duquesa había regresado de la visita a su madrina al alba y que ahora se encontraba reposando. Pattern tenía poco que hacer más allá de afilar las agujas de coser y ensayar su reverencia.

A las once en punto la llevaron en presencia de su alteza.

Dos pajecillos con cara de pícaros abrieron las majestuosas puertas ante ella. El salón de la *suite* de la gran duquesa era un aposento enorme, insulso y escasamente decorado, salvo por un tapiz sobre la chimenea que mostraba una escena de caza en tonos escarlata y verde desvaídos. El suelo era de mármol blanco y negro en forma de damero, había algunas sillas de respaldo recto y una mesa de roble reluciente. Ningún mueble parecía diseñado para descansar ni para adornar.

Sentada en un diván angular frente a una chimenea vacía, balanceando las piernas, se encontraba la gran duquesa.

—Ah —dijo—. Eres tú.

Pattern esperó, con la cabeza inclinada y las manos enlazadas. El silencio continuaba.

—Bien —dijo al fin la gran duquesa—. Mi madrina me ha dicho que te dé una oportunidad. Dice que no eres una espía, sino una pobre huérfana.

—Sí, alteza.

—Yo también soy huérfana, ¿sabes?

—Sí, alteza. Lo siento mucho.

—¿Quieres decir que lo sientes por ti o por mí?

—Lo siento por cualquiera que se quede solo en el mundo.

—Porque este es un mundo cruel, ¿verdad?

Pattern se lo pensó.

—Sí —dijo—. Puede llegar a serlo.

—La baronesa Von Bliven no está de acuerdo. Tengo enemigos poderosos,

hay muchas personas que conspiran en mi contra. Pero la baronesa se niega a creerme. Me trata como si fuera una niña que dijera tonterías. Es una buena mujer, pero es estúpida. Quién... —La vocecita fría vaciló por un instante—. Bueno. A pesar de todo, era mi última amiga en todo el maldito país. Y ahora se está muriendo, quizá haya muerto ya.

Pattern por fin se atrevió a levantar la vista. La gran duquesa tenía los ojos enrojecidos. El pelo negro le colgaba lacio sobre los hombros. Iba vestida con un vestido largo de seda amarillo chillón mal abotonado. No era un color que le sentara bien.



Tenía la mandíbula afilada y la frente ancha. Los ojos color verde oscuro parecían demasiado grandes para el rostro, un efecto que las ojeras exageraban. Se la veía demacrada y amarillenta. Pero, cuando se fijaba en Pattern, la mirada no vacilaba y la expresión era tan altanera como el tono de voz.

—Supongo que no me queda más remedio que ver de qué pasta estás hecha.

La gran duquesa saltó del diván y se acercó a los ventanales. Daban a una gigantesca terraza sobre un prado gigantesco. A lo lejos se veían lagos y casas de verano, al final de unas avenidas que convergían en un bosque. Tras ellas se elevaban las montañas, de un gris brumoso y púrpura.

—¿Qué piensas de mi castillo?

—Es sumamente imponente, alteza.

—Es una prisión sumamente imponente. Mis cortesanos son mis carceleros, mis sirvientes son espías. Debería dar pena, no ser objeto de envidia.

Pattern pensó en la friegaplatos de diez años con la que se había cruzado en la cocina esa mañana, con las manos enrojecidas y en carne viva, con la espalda encorvada de pasarse dieciséis horas fregando sartenes y suelos sucios. Pensó en el orfanato donde había pasado sus primeros años: las paredes húmedas y las ventanas por donde se colaba el aire, la matrona de cara avinagrada y la vara que no dudaba en utilizar. Pensó en la mujer del río del día anterior, que lloraba por su hijo perdido.

Pero lo único que dijo fue:

—Sí, alteza.

A decir verdad, la primera impresión que se llevó Pattern del castillo resultó ser cierta. No estaba bien amueblado, ni bien iluminado, ni tampoco ordenado. Quizá no fuera de extrañar, teniendo en cuenta el tamaño del lugar, con unos pasillos tan amplios como calles y habitaciones del tamaño de iglesias. Más que parecerse a una prisión, pensó ella, parecía un espléndido mausoleo.

Al final de su primera semana, comenzó a acostumbrarse a la rutina. A las siete, Dilys la despertaba con el desayuno y agua para asearse. A las ocho, ella despertaba a la gran duquesa (una tarea nada fácil, recibida con muchas quejas e intentos de ocultarse bajo las mantas). Le llevaba a su señora el té y la correspondencia. Le preparaba el baño, la ayudaba a vestirse, le ordenaba la habitación y la peinaba.

A las nueve menos cuarto se rezaban las oraciones apresuradamente en el salón de la servidumbre, mientras su señora tomaba el desayuno. La gran

duquesa recibía lecciones casi todas las mañanas y «divertimentos» —baile, pintura, música— por la tarde. Pattern tenía mucho más interés en el programa de la mañana. Sentada en silencio en un rincón a la espera de ser útil, absorbía todo lo que podía. Los tutores de la gran duquesa eran todos viejos y secos, pero Pattern pensaba —aunque la gran duquesa tuviera una opinión distinta— que la historia no podía ser aburrida ni la geografía insulsa por nada del mundo. Incluso la poesía latina tenía su encanto.

Por lo demás, era una vida ceremoniosa, monótona y vacía. Gran parte del tiempo lo pasaba acompañando a la gran duquesa a reuniones sociales, en las que las damas de la corte intercambiaban parabienes absurdos en habitaciones agobiantes repletas de muebles. Por la noche, escoltada por su chambelán, la gran duquesa encabezaba un desfile de cortesanos polvorientos hasta la cena. Después, se tomaba una taza de leche con cacao y jugaba al solitario a solas en su habitación. Parecía no tener, ni tampoco querer, amigos de su edad. Le aterraba que el populacho la viera y, en las contadas ocasiones en las que abandonaba el castillo, las ventanas del carruaje real siempre estaban cerradas. Para el funeral de la baronesa Von Bliven, la gran duquesa ocultó su rostro tras un velo.

En el piso de abajo las intrigas abundaban y, a pesar del desconcierto, la jerarquía era igual de rígida. Pero, aunque los sirvientes no estuvieran bien organizados, al menos entre ellos había animación y bullicio. Aparte de las oraciones matutinas y las comidas —el almuerzo a mediodía, el té a las cuatro, la cena a las nueve y media—, Pattern pasaba la mayor parte del día con la gran duquesa.

Hacía todo lo posible por ser de utilidad. Se aseguraba de que siempre hubiera flores frescas en el dormitorio. Cosía los dobladillos descosidos y los botones sueltos. Preparaba una crema fría de agua de rosas para la tez pálida de la duquesa y una pócima de hierbas para ayudarla a conciliar el sueño. Consultaba las láminas de moda parisinas para mantenerse a la última en cuanto a peinados y prendas. Pero, a pesar de emplearse a fondo, su señora mostraba poco interés por acicalarse y sus ropas continuaban atrayendo todo tipo de manchas y desgarrones. Sus camisones y sus zapatillas se llevaban la peor parte, y Pattern solía preguntarse qué les sucedía a medianoche, después de que ella se hubiera marchado a la cama.

No obstante, la despreocupación por sus prendas le sirvió a Pattern para

congraciarse con Dilys. Pattern le regaló a la doncella una pelliza de pelo corto color esmeralda que había sido atacada por las polillas y que la gran duquesa le había dado permiso para tirar. La primera doncella tenía el privilegio de hacer lo que quisiera con la ropa que ya no servía, y Pattern creyó que el esmeralda le favorecería mucho más a Dilys por su color de piel.

Dilys fue de la misma opinión. A partir de entonces, aunque la doncella no fuera más amistosa, por lo menos el agua de su aguamanil estaba templada y el té, tibio.

Pattern coincidía rara vez con Madoc en el salón de la servidumbre. A pesar de su estatura, poseía la misma facilidad que ella para pasar desapercibido. Pero, en las escasas ocasiones en las que se cruzaban, él siempre le sonreía y le deseaba un buen día.

Ella continuaba desconcertada por los acontecimientos que había presenciado durante su primera visita a la ciudad y por los comentarios del ayuda de cámara sobre secretos y culpas. A veces, se topaba con gente que hablaba en los rincones oscuros y en las escaleras y que, cuando la veían, callaban, sin dejar de observarla con frialdad. Pattern sabía que para ellos era una extraña, aparte de ser extranjera. Se dijo que probablemente los cuchicheos no significaran nada en absoluto.

Pero, si lo único que hacían esas personas era intercambiar chismorreos, ¿por qué parecían tan asustadas?

CAPÍTULO 6



Piensa de qué poco te servirán unas cuantas libras o unos chelines si pierdes tu reputación.

J. BULCOCK,



Al día siguiente, Pattern tuvo ocasión de pasar por la galería de los espejos, una cueva resplandeciente pero fría donde la corte se reunía para jugar a las cartas. Buscaba un abanico que la gran duquesa había perdido. Captó un aroma a anís y, de repente, allí estaba Madoc, reluciente como recién salido de un espejo, con el abanico extraviado en la mano.

—Muy buenos días, señorita Pattern. ¿Sería ahora un momento oportuno para hablar con mi señor, el príncipe Leopold? Le gustaría intercambiar unas palabras con usted.

Sí que era un momento oportuno, porque su señora se había retirado a descansar aquejada de un dolor de cabeza y no deseaba que la molestasen. No obstante, Pattern se sintió un tanto inquieta ante la invitación. Sería su primer encuentro con el tío y tutor de la gran duquesa, pues el príncipe había estado hasta el momento pasando unos días en su refugio de caza.

—Vamos —dijo Madoc, al verla vacilar—. Le prometo que el señor no muerde. Al menos, no tanto ni con tanta voracidad como otros.

Esta vez, su sonrisa fue algo maliciosa.

—Gracias, pero, aunque lo hiciera, seguro que sobreviviría para contarlo. Madoc se mostró divertido.

—¡Vaya! Tras esa apariencia tímida se oculta un espíritu combativo. Mis disculpas, la había subestimado, señorita Pattern. —Volvió a mirarla—. Mmm... Comienzo a sospechar que no soy el único. ¿Podría ser que nuestra ratoncita fuera menos dócil de lo que aparenta?

Pattern no estaba acostumbrada a que la sometieran a este tipo de escrutinio. La mirada de Madoc era tan incisiva que le resultaba perturbadora. Por eso bajó la cabeza y lo siguió como un ratón obediente.

Debía admitir que tenía curiosidad por conocer al príncipe. La gente de a pie hablaba de él como si fuera la encarnación del príncipe generoso y encantador, pero, según la gran duquesa, era una mente criminal que quería robarle el trono y volver a sus súbditos en contra de ella antes de que alcanzara la mayoría de edad y pudiera ocupar su puesto en el consejo de Estado.

—Pero, entonces —había aventurado Pattern—, ¿por qué no os mostráis más ante la gente? Si os conocieran mejor, alteza, ¿no aumentaría considerablemente su lealtad?

—¿Crees que debería dedicarme a callejear, a cortar lazos y a botar barcos? ¿Abrazar bebés?

—Bueno...

—Mis súbditos nunca me querrán por lo que soy —había contestado la gran duquesa amargamente—. Para ellos soy un seguro, eso es todo. Su cordero para el sacrificio. Y, cuando llegue el momento, me ofrecerán en el altar sin derramar una lágrima. Ellos lo saben y yo lo sé. De modo que no sé por qué debería rebajarme para gustarles.

¿Qué sacrificio y qué altar? Pero la gran duquesa no quiso hablar más del tema.

Pattern recordó la conversación mientras seguía a Madoc para reunirse con su señor. El príncipe Leopold tenía un ala del castillo casi entera para él solo y la entrevista tuvo lugar en su despacho. Estaba sentado en su escritorio y se levantó de un salto cuando ella entró, todo sonrisas y guiños.

—¡Dios mío! Eres aún más pequeña de lo que me habían dicho. —Rio de buena gana—. Seguro que los aposentos de la servidumbre en Inglaterra parecen guarderías, con cocineros niños, mayordomos del tamaño de una pinta y bebés en lugar de ayudas de cámara. ¡Ja, ja!

Pattern no supo qué responder, pero el príncipe parecía conforme riéndose de su propio chiste. Era pequeño y regordete, con las mejillas tan redondas y rubicundas como un bebé. El pelo rizado y dorado se le había comenzado a caer y tenía patas de gallo alrededor de los alegres ojos azules que le daban la apariencia de un querubín enérgico, pero entrado en años.

La decoración del despacho denotaba una personalidad un tanto caprichosa. Todas las superficies disponibles estaban atestadas de figuras de porcelana. Teteras en miniatura y jarrones decorativos se rozaban con hordas de pastoras y arlequines, cupidos y gitanas y bailarinas con faldas al viento.

—Son encantadoras, ¿a que sí? —dijo el príncipe, aunque Pattern no había hecho ningún comentario—. La porcelana siempre ha sido mi pasión. De hecho, me precio de ser un entendido en el tema.

—Es una colección muy bonita, alteza —dijo Pattern, sintiendo lástima por la persona que tuviera que quitarle el polvo.

—Me alegra que lo pienses. ¡Me alegra mucho! Nunca es tarde para cultivar la sensibilidad artística.

Se fijó en una urna especialmente grande y elaborada, con unos dragones temibles en las asas y un bosque de flores exóticas pintadas.



El príncipe se dio cuenta y se hinchó como un pavo.

—Un obsequio de un dignatario chino con el que colaboro estrechamente. Por si no lo sabías, China es la cuna de la porcelana. Pero creo firmemente que los artesanos elfineses han superado a los chinos y ahora son los mejores del mundo. —Cogió una niña-flor muy cursi, inspeccionó la base y volvió a dejarla en su sitio con una caricia en la cabeza—. ¡Bueno! No te he llamado para charlar sobre cerámica, por muy agradable que sea. Deseaba saber cómo estás adaptándote.

¿Un príncipe del reino, interesándose por el bienestar de una doncella? Pattern resistió el impulso de enarcar la ceja.

—Estoy bastante a gusto, gracias, alteza.

—¿De veras? Mi sobrina tiene reputación de ser cuando menos difícil. En cualquier caso, confío en que cuidarás bien de ella. El bienestar de la gran duquesa Arianwen es mi mayor preocupación. ¡La primera y la mayor! —La miró fijamente—. Pero quizá ella te haya contado lo contrario, ¿no?

—La gran duquesa no me hace confidencias, alteza.

—Entonces es que no confía en ti.

—Es muy... cauta, alteza.

—Querrás decir paranoica. Oh, de nada sirve negarlo. —El príncipe inspiró hondo y agitó la cabeza—. Quizá esté teniendo una buena racha. ¡Quizá! Pero necesitas estar preparada. Sí, me temo que escucharás todo tipo de alaridos y desvaríos. Todo tipo de disparates. —Se aproximó a ella—. Me mantendrás informado, ¿verdad? Si te maltrata, si da rienda suelta a esas pasiones violentas. Yo podría ser un aliado muy útil para ti. Un mecenas muy atento y liberal. Solo tienes que mantenerme informado del estado de ánimo de tu señora. Si lograras ganarte su confianza, sería aún mejor. Estoy preocupado por su salud, eso es todo.

Le puso una pesada moneda en la mano.

—¡Aquí tienes! Un regalito para darte la bienvenida a la corte. La gente joven tiene que darse un capricho de vez en cuando. —El príncipe retrocedió con una sonrisa radiante—. El nuestro es un país glorioso, Pattern. Una tierra de oportunidades. Sí, hay grandes oportunidades para las chicas buenas que vigilan lo que dicen y saben lo que más les conviene. —Se dio unos golpecitos en la nariz y le guiñó el ojo—. ¡Ja, ja, ja!

A la gran duquesa no se le pasó el dolor de cabeza hasta muy tarde. Se cansaba pronto de estar sola, por eso Pattern se pasó el resto del día yendo en busca de sales aromáticas, cordiales de frutas y revistas de moda, y en los intermedios le tocaba abanicar las mejillas reales y poner hielo en la real frente. A medianoche estaba lista para caer rendida de agotamiento, mientras que la gran duquesa se mostró muy recuperada y demasiado inquieta para irse a dormir. Deseaba, en cambio, visitar la biblioteca.

—Y debes acompañarme, Pattern, para sujetar la lámpara y llevar los libros, por si hubiera cualquier cosa que necesitara.

A Pattern le gustaba la biblioteca. Deambular por ella era como perderse en un laberinto delicioso formado por muros y torres de libros con el lomo dorado. No obstante, había que recorrer más de un kilómetro para llegar y ya le flaqueaban las piernas. Acababan de doblar por el pasillo que desembocaba en la biblioteca cuando vieron salir de ella a Madoc con una pila de libros y dirigirse en dirección contraria.

—¡Puaj! ¡Qué hombre tan horroroso! —susurró la gran duquesa con un escalofrío—. Siempre al acecho, todo sonrisas. Creo que también lo odiaría aunque no estuviera al servicio de mi tío.

—El señor Madoc me llevó a conocer al príncipe Leopold esta mañana, alteza.

Pattern no sabía muy bien por qué se había decidido a confesarlo. Lo cierto es que tuvo un efecto sorprendente en la gran duquesa, que se detuvo en seco. Aunque el pasillo estaba a oscuras y desierto, llevó a Pattern hasta una alcoba y miró a su alrededor antes de hablar.

—¿Mi... mi tío?

—Sí, alteza.

Ella inspiró hondo.

—¿Qué te ha parecido?

Era una buena pregunta, una que conducía a otra: ¿a quién debía guardar fidelidad? Pattern desconocía si lo de la jaqueca era cierto, pero bastaba con mirar a su señora para ver que no estaba bien. Siempre tenía ojeras oscuras y las manos le temblaban con frecuencia. Pattern dudaba de que durmiera más de dos horas por noche.

Quizá el príncipe Leopold tuviera razón y la gran duquesa estuviera

desequilibrada. Pero Pattern le había prometido a la baronesa Von Bliven que serviría a su señora fielmente, y una promesa a una mujer moribunda tenía incluso más peso que una normal.

No había olvidado el consejo de la baronesa de «no confiar en nadie». No obstante, la verdad era un riesgo que Pattern tenía que correr. Lo mismo sucedía con la gran duquesa.

—El príncipe fue absolutamente afable, alteza —respondió Pattern, después de una breve pausa—. Y me prometió que su generosidad conmigo iría en aumento. Me dio dinero y me pidió que me ganase su confianza, para poder mantenerlo informado de su estado de salud. —Se llevó la mano al bolsillo, sacó la moneda del príncipe y se la entregó a la gran duquesa—. Preferiría no conservar un dinero que no he ganado de manera honrada.

—Entonces, ¿tu lealtad no se compra? —replicó la gran duquesa. El tono reflejaba sus dudas—. ¿Por qué? No me he mostrado especialmente benévola contigo.

—Lo haya sido o no, vuestra salud es asunto vuestro, al igual que vuestros sueños, vuestros miedos o cualquier otro asunto privado. Al príncipe no le corresponde entrometerse en esos temas. Ni a mí tampoco.

—Ah, no te gustaría conocer mis sueños, Pattern. Están llenos de horrores. Y, en cuanto a mis miedos, tengo tantos que cargar con ellos me tiene agotada. Pero, piense lo que piense mi tío, no estoy loca. —La observó con intensidad—. Espero que me creas. Porque... porque a mí me gustaría mucho creerte. Aunque ahora mismo no sea capaz.

CAPÍTULO 7



Sin duda, la fidelidad es una de las cualidades más apreciadas en un sirviente; tarde o temprano encontrarás tu recompensa si te muestras leal y digna de confianza.

J. BULCOCK,

Los deberes de una primera doncella



Una semana más tarde, Pattern se sentía cada vez más inclinada a ignorar los comentarios del príncipe Leopold sobre la salud mental de su sobrina. Aún no había presenciado ni alaridos ni desvaríos. De hecho, la gran duquesa comenzaba a esforzarse por decir «por favor» y «gracias», e incluso pidió que prepararan en las cocinas bollos y pasta de anchoas, dos exquisiteces que creía que los ingleses apreciaban especialmente.

—No me gustaría que echaras de menos tu país, Pattern —dijo, antes de arruinar el efecto añadiendo—: No puedo permitir que haya gente lloriqueando por ahí. La tristeza en los demás es terriblemente aburrida.

El humor de la gran duquesa había mejorado un poco y hablaba menos de las amenazas misteriosas que la asediaban. Su único comportamiento manifiestamente peculiar era su costumbre de hablar en sueños. La primera vez que Pattern lo observó, había acudido para despertar a su señora para el desayuno, cuando oyó murmullos y risas procedentes del dormitorio. Al entrar, Pattern miró a su alrededor sorprendida.

—¿Qué miras con la boca abierta? —preguntó la gran duquesa entre bostezos.

—Os ruego que me perdonéis, alteza. Creí que teníais visita.

—Eso no es muy probable. No acostumbro a recibir invitados en camisón.

—Lo siento, alteza, pero he oído voces. Es decir, he oído vuestra voz.

La gran duquesa pareció confundida por un momento, aunque se recuperó con rapidez.

—Estaba con mis oraciones matutinas, Pattern. Espero que tú también reces... Por mi buena salud y por la paz en nuestro país.

Pattern no se mostró del todo convencida, pero lo dejó estar. Sin embargo, a la noche siguiente, mientras se preparaba para acostarse, se dio cuenta de que había olvidado un chal para arreglar en la habitación de la gran duquesa.

Su señora le había pedido que tuviera mucho cuidado con él, ya que había pertenecido a su madre, y Pattern decidió ir a recuperarlo antes de que se hiciera de día.

Se detuvo ante la puerta y oyó murmullos en el interior, pero supuso que era su señora que hablaba en sueños. Entró sigilosamente, esperaba estar fuera en menos de un minuto, pero se quedó atónita cuando se encontró a la gran duquesa sentada en la cama. No obstante, la joven parecía estar dormida. Tenía los ojos cerrados, el pelo le caía suelto sobre los hombros y se balanceaba como si estuviera en trance.

—Me he librado de ti —susurraba, en una especie de runrún suplicante—. No puedes alcanzarme. Tu tiempo ha terminado, se ha acabado. Me he librado de ti. No puedes alcanzarme. Tu tiempo ha terminado...

De repente, la gran duquesa dejó escapar una risotada ronca. Cuando abrió los ojos, quizá por efecto de la luz en la habitación a oscuras, parecía que los tuviera completamente negros, sin rastro de blanco. La voz era áspera.

—Te veo, princesa. Conozco tu aroma. Oigo palpar tu corazón, oigo latir el miedo en tus venas. Mi tiempo no ha terminado. Mi momento está cada vez más próximo.

Los sueños son misteriosos y hablar en sueños es algo bastante habitual. Jane, en la academia de la señora Minchin, solía despertar a las chicas por la noche balbuceando toda clase de tonterías sobre ollas, sartenes y la mermelada para el té. En cualquier caso, Pattern sintió que se le ponían los pelos de punta. Entonces, la gran duquesa se giró y le clavó a Pattern una mirada extraña y vacía.

—Niña. Extraña de una tierra extranjera. También te veo. Observas y esperas, igual que yo. Aún no tienes miedo, pero lo tendrás. Lo tendrás.

Esta última frase fue un siseo que se desvaneció.

De repente, las sombras de la habitación parecieron cobrar vida. Algo maligno le rozó la piel y resonó en el interior de su cabeza, y, por un momento, Pattern creyó que la pesadilla la estaba teniendo ella, no la gran duquesa. Tuvo que pellizcarse bien fuerte para espabilarse. Entonces fue hasta la cama y sacudió a su señora hasta despertarla.



La gran duquesa abrió los ojos con un sobresalto y miró a Pattern enojada y agotada.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? Desde luego no es hora de desayunar.

—No, alteza. —Pattern hizo todo lo posible para ocultar su inquietud y le explicó lo del chal y que había hablado en sueños con toda la calma que pudo aparentar—. Parecía un tanto... agitada. Creí que no os encontrabais bien. —Se fijó en las zapatillas de la gran duquesa, que estaban rasgadas y llenas de barro en mitad del suelo. Habría que tirarlas, era el segundo par en una semana—. Disculpádmme: ¿es posible que también caminéis en sueños?

—¡No seas absurda! A veces, cuando no puedo dormir y me aburro de contar ovejas, me doy un paseo por los jardines, eso es todo. Me parece que el

aire fresco me relaja. En cuanto a lo de hablar en sueños..., ¿no dijiste que mis sueños eran asunto mío?

—Lo hice, alteza.

—Entonces haz el favor de no volver a sacar el tema.

Pero el siguiente episodio resultó ser mucho más problemático, ya que tuvo lugar en público. No era raro que la gran duquesa se echara un sueñecito durante los prolongados compromisos sociales, en parte por lo aburrido de esas reuniones y en parte porque dormía fatal por la noche. En esta ocasión —un té con las damas que recaudaban fondos para la Sociedad para el Embellecimiento de los Monumentos Históricos—, se las había ideado para colocar su silla medio escondida detrás de un biombo con la intención de poder dormir en paz. Sentada cerca de ella, Pattern se encargaba de darle un toque para despertarla cuando su participación era necesaria.

Ya habían servido el té y del *strudel* no quedaban más que migajas cuando se oyó una risotada grave procedente del biombo de la gran duquesa. Dejó escapar una exclamación ininteligible, provocando que las personas a su alrededor se girasen e interrumpieran su conversación. Entonces, a pesar de que Pattern le agitó el brazo, proclamó con voz ronca:

—Tengo ansias de aire puro, de libertad y de sangre caliente...

Ahora toda la habitación estaba pendiente. Pattern le dio un codazo a su señora en las costillas, pero no hubo nada que hacer.

—Cuando me invoquen —continuó, con voz grave y profunda—, responderé. Y entonces me levantaré. Puedo ser invocado, pero nunca me dominarán. No tengo amo, soy indomable...

Pattern le atizó más fuerte. La gran duquesa abrió los ojos, pero estos parecían desprovistos de vida. Había que hacer algo.

—Espléndido, alteza —dijo Pattern, aplaudiendo con falso entusiasmo, aunque en realidad estaba más que preocupada—. ¡Qué maravillosa actuación! —Se giró para mirar a las invitadas—. Han estrenado una nueva obra de teatro en Londres que está causando sensación, y he estado enseñándole a su alteza los pasajes más famosos. Acaba de deleitarnos con un fragmento.

—¿Y cuál es el nombre de este drama tan novedoso? —quiso saber una noble viuda con papada.

—Es la... mmm... *La venganza del mayordomo*, milady —improvisó Pattern—. La historia nunca contada de... este... el criado de Cleopatra. —Se

alegró al ver que la gran duquesa tenía mejor aspecto y esperó que tuviera el desparpajo suficiente para seguirle el juego—. Como ven, es una obra histórica y, por tanto, muy educativa.

—Educativa —repitió la gran duquesa, con la voz cansada, pero normal—. Así es.

Las señoras siguieron el ejemplo de Pattern y aplaudieron diligentemente.

Cuando se quedaron a solas de nuevo, la gran duquesa se mostró muy agradecida.

—Has sabido reaccionar rápido, Pattern. ¡Muy rápido! Aun así, espero que a mi tío no le lleguen noticias de este incidente.

Pattern se temía que ya fuera demasiado tarde. Algunas de las damas habían aplaudido a desgana y muchas agitaron la cabeza con incredulidad y chasquearon la lengua al marcharse. Por si fuera poco, cuando acudió al salón de la servidumbre, Madoc comentó al pasar a su lado:

—Está llena de sorpresas, señorita Pattern. No solo es primera doncella, resulta que también es agente teatral. Espero que no pretenda convertir a nuestra duquesa en una dama de pantomima.

Pero Pattern no quería preocupar a su señora más de lo que ya estaba.

En lugar de alarmarse por ese arrebato tan peculiar que había sufrido, la gran duquesa centró todas sus energías en cómo se lo tomaría el príncipe Leopold.

—A ti, que eres una simple sirvienta, te advirtió de que yo era una lunática. Imagínate lo que le contará a la gente que de verdad importa —se quejaba—. El villano pone mentiras en circulación para justificar que no estoy en condiciones de reinar y así encerrarme en un manicomio y tirar la llave. Sí, veo cada movimiento de su retorcida mente... —Frunció el ceño—. Pero Pattern, nunca sé en qué estás pensando tú. Tienes la cara tan inexpresiva como un cuenco de leche.

Este tipo de observaciones sorprendían a Pattern. Le resultaba un milagro que el torbellino que bullía en su cabeza pasara desapercibido a los demás. No obstante, siempre se alegraba de que así fuera.

—Eso es porque mis pensamientos me pertenecen, alteza, y necesito que siga siendo así. Al fin y al cabo, es de lo poco que me queda.

—Pero no parece que eso te dé mucha pena. ¡Dios mío! Debes de pensar que soy una auténtica malcriada.

—Creo que sois infeliz, alteza.

—¿Y tú no eres infeliz, Pattern?

—A menudo, alteza.

Tan pronto como lo dijo, deseó haberse mordido la lengua. Nunca imaginó que tendría que responder a esa pregunta... ni siquiera se la había hecho a sí misma. Pero la gran duquesa no parecía ofendida por su franqueza. Se limitó a asentir.

—Es porque estás sola. Es algo cruel, lo sé. Quizá siempre has estado sola, pero yo no, y comprendo la diferencia. Mi madre murió cuando yo nací y mi querido padre murió diez años después. Sus amigos más cercanos, que también habrían sido los míos y defendían mis intereses, han tenido que exiliarse o están en prisión. Ni siquiera me queda mi madrina, la baronesa —suspiró—. Ya ves, es mi antigua felicidad la que provoca que mi situación actual sea tan difícil de soportar.

—Lo siento, alteza. De verdad.

—Entonces... —La gran duquesa se retorció las manos; de repente, parecía tímida—. Quizá... ¿quizá podría intentar confiar en ti, después de todo? Como eres tan lista, y las dos estamos tan infelices y tan solas... ¿Qué te parece?

Al oír esto, Pattern la miró a los ojos, con la mayor franqueza que había mirado a nadie en su vida. Se le aceleró el corazón.

—Me encantaría.

CAPÍTULO 8



Las lecturas más adecuadas, aparte de las espirituales, son aquellas que pueden procurarte información sobre los aspectos prácticos de tu puesto.

J. BULCOCK,



A pesar de su recién estrenada confianza, Pattern apenas vio a la gran duquesa los dos días siguientes. Se aproximaba el aniversario de su coronación y con motivo de la ocasión se celebraría un banquete de Estado. Se esperaban unos ciento cincuenta invitados. Muchos de ellos habían llegado con antelación a la corte para presentar sus respetos, y la gran duquesa tuvo que emplear casi todo su tiempo en recibir a estos visitantes.

Pattern se alegraba de no participar directamente en los preparativos. Bajo la supervisión del guardián de la cámara de la plata y el conservador de la cristalería y la porcelana, hubo que distribuir dos mil piezas de cubertería y se seleccionaron seis vasos para cada invitado. Un maestresala veterano fue el responsable de doblar ciento cincuenta servilletas en forma de narciso.

La gran duquesa mandó buscar a Pattern la noche anterior al banquete. Esta había comenzado a plantearse si su señora no se habría pensado mejor lo de confiar en ella y se sorprendió al descubrirse triste y angustiada ante esa idea. Se daba cuenta de cuánto le gustaría poder confiar en la gran duquesa. Una cosa era que te necesitaran, pero que alguien te quisiera en su vida era algo muy distinto, algo en lo que Pattern apenas tenía experiencia. ¿Y si la joven había cambiado de opinión? No obstante, tan pronto como Pattern entró en la habitación, todas las dudas desaparecieron, ya que la gran duquesa la tomó de las manos y, aunque no había nadie que las escuchara, le susurró al oído afectuosamente:



—¡Gracias a Dios por fin estamos solas! Llevo todo el día pensando qué hacer... Qué debería contar y cuánto debería callar. ¡Estoy tan confundida! Verás, esta es mi carga. Un secreto que nadie debe conocer. Es por tu bien, Pattern, créeme. Y, aun así... aun así me siento inquieta igualmente. ¡Ven! Vamos de nuevo a la biblioteca.

Una vez allí, le quitó el candil a Pattern y se adelantó apresuradamente por el laberinto de baldas y estanterías, observando cada rincón para comprobar que estaban solas y nadie las observaba. Había una puerta oculta en una pared de libros en la que Pattern nunca se había fijado. Supuso que conduciría a uno de los pasadizos utilizados por la servidumbre, pero no, daba a una escalera de muros de piedra toscos y escalones bastos e irregulares, desgastados por el

paso de miles de pies a lo largo de los años, puede que siglos.

—Ahora nos encontramos en lo que queda del antiguo castillo —le dijo la gran duquesa, en voz baja—. El nuevo se lo ha tragado, por eso la mayoría de la gente no sabe que queda ningún resto del anterior, o han olvidado cómo llegar aquí. Forma parte de la fortaleza del mismísimo príncipe Elffin.

La antigua escalera conducía hasta una puerta igual de antigua, gruesa y bajita, con la madera ennegrecida por el paso del tiempo.

—Nadie puede entrar aquí salvo yo. Lo tengo prohibido. Además —dijo, rebuscando en el bolsillo—, soy la única que tiene llave.

La puerta dio paso a una galería con una bóveda de piedra y paneles de madera en las paredes. La madera tallada presentaba restos de un dorado desvaído. La gran duquesa sostuvo el candil en alto para mostrar la fila de retratos que se exhibían en ambas paredes. Todos eran de chicas jóvenes: todas iban ricamente vestidas y tenían la mirada triste.

—He aquí —dijo la duquesa— el salón de las doncellas.

—¿Quiénes son, alteza?

—Son mis antepasadas. Las princesas reales de la casa de Elffin.

Había unos veinte retratos repartidos a lo largo de un periodo de más de quinientos años. A juzgar por el estilo de las pinturas y el vestuario de las chicas, Pattern intuyó que la mayoría de los retratos se concentraban en el periodo que iba desde finales de la Edad Media hasta el reinado de Isabel I de Inglaterra. En los últimos años había muchos menos. La pintura más reciente mostraba a una niña con un traje de hacía un siglo. No parecía tener más de doce años.

—¿Habrá un retrato vuestro, alteza?

Era la pregunta equivocada.

La gran duquesa se enderezó; por un momento, Pattern creyó que iba a golpearla.

—Dios no lo quiera —dijo, santiguándose—. Dios no lo quiera.

—Lo... lo siento mucho, alteza —tartamudeó Pattern—. No pretendía ofenderos...

La gran duquesa dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No, soy yo la que debería sentirlo. Tú no me has ofendido. ¿Cómo ibas a saber que todas las chicas de la pared murieron jóvenes y que estas pinturas

son una ofrenda fúnebre?

Pattern contempló las caras pintadas, los labios silenciosos y las miradas melancólicas, y sintió que se le ponía la piel de gallina.

—Una hermosa colección, ¿verdad? —Esta vez, la voz de la gran duquesa era amarga y oscura—. Oh, sí, la casa de Elffin es digna de admiración, al igual que sus mártires.

Aquella conversación con la gran duquesa angustiaba a Pattern más de lo que estaba dispuesta a admitir. No podía olvidar los episodios en los que la gran duquesa había hablado en sueños. En ellos había algo siniestro, algo antinatural. Ella tampoco durmió mucho durante el resto de la noche y, tras levantarse antes del amanecer, se apresuró a regresar a la biblioteca. Allí consultó varios tomos eruditos sobre la historia de Elfinburgo. Le sorprendió que todos ellos fueran tan anodinos como breves, ya que la historia del gran ducado parecía casi completamente exenta de incidentes. El país no había participado en guerras y no había sufrido ninguna invasión; no habían existido luchas dinásticas, ni tampoco revueltas sociales. Alguna que otra mala cosecha o una epidemia de gripe fue lo más cerca que estuvo nunca el país de una crisis.

Solo un libro se desviaba de este discurso feliz. Era un viejo tomo hecho jirones que Pattern encontró por casualidad, ya que había sido colocado descuidadamente entre las publicaciones de la Real Sociedad Elfinesa de Ceramistas y las memorias de la difunta Dama de la Alcoba. La historia que narraba se parecía mucho a lo que había leído hasta el momento, solo que incluía una lista de fechas en las primeras páginas. Aunque estas fechas hacían referencia sobre todo a las sucesiones dinásticas, había una entrada recurrente que la intrigaba y que hacía referencia simplemente a un «Gran azote». El último «Gran azote» había tenido lugar hacía unos cien años. Un «azote» podía interpretarse como una especie de maldición, creía Pattern. Recordó el salón de las doncellas y se preguntó si se referiría a la muerte prematura de las princesas...

—Así que también es usted lectora.

Pattern dio un respingo.

—Señor Madoc, vaya susto que me ha dado.

El ayuda de cámara había surgido de detrás de una torre de estantes y

observaba el libro que tenía entre manos con interés. Aunque no había hecho nada malo, se sintió como si la hubieran pillado en falta.

—Yo, esto... Es decir, su alteza real me ha dicho que podía utilizar la biblioteca.

—Qué generoso por su parte —el ayuda de cámara habló con su habitual tono irónico—. Quizá no sea consciente de lo peligroso que puede ser un libro. Una mente culta puede pensar por sí misma, y esto puede causar inquietud.

—Solo quería conocer un poco mejor la historia del país.

—Entonces, ¿le interesan los hechos? Sí, adivino qué tipo de lectora es... pretende comprender el mundo a través de las estadísticas y no le interesan las historias de magia y aventura.

A Pattern le ofendió el tono condescendiente.

—¿Es eso lo que usted prefiere leer?

—Aquellos de nosotros que estamos solos en el mundo y debemos sobrevivir haciendo uso de nuestro ingenio y nuestro esfuerzo rara vez podemos permitirnos el lujo de leer por placer. —Madoc pasó el dedo por un lomo estropeado—. Pero no renuncie por completo a los cuentos de hadas, señorita Pattern. A menudo, las viejas historias entrañan más verdad de lo que uno cree.

Las apariciones repentinas de Madoc la incomodaban. También su forma de mirar, como si disfrutara de una broma privada... una broma a su costa. Descubrió que no deseaba explicarle su particular interés por la historia de Elfinburgo.

Pattern regresó a su habitación, perdida en sus pensamientos, justo cuando Dilys llegaba con el desayuno. Captó un destello procedente de un relicario colgado del cuello de la chica. Recordó el puesto de amuletos del mercado, los que protegían a sus portadores de la brujería.

Sintiéndose un poco tonta y esperándose una respuesta sarcástica, le preguntó a Dilys si creía en la magia.

—Creo en Dios y que él protegerá a los inocentes de las trampas del maligno —repuso Dilys virtuosamente—. Pero los caminos del diablo son misteriosos, lo mismo que los de sus demonios.

—¿A qué te refieres?

—Pues que sé de una mujer que estaba hechizada y que, cada vez que intentaba hablar, solo le salía barro negro de la boca. Y en mi pueblo los espíritus raptaron a un bebé y lo cambiaron por un montón de hojas secas.

Pattern se sentía cada vez más perdida. De todas formas, siguió adelante.

—¿Y sabes qué podría ser un «gran azote»?

Al oír esto, la doncella se sobresaltó y casi tira la bandeja.

—Dios santo, señorita Pattern, ¿por qué lo pregunta?

—Es por algo... por algo que he leído.

—Bueno, pues es un puñado de mentiras, estoy segura. —La doncella colocó la bandeja de cualquier manera—. Y no es nada que deba preocuparnos en este momento, Dios mediante. —Se santiguó y tiró del amuleto, por si acaso. Y terminó con su desparpajo habitual—. En todo caso, no debería meter sus narices de ratón en esto.

Y se marchó dando un portazo.

Después de las insinuaciones sombrías y las miradas tristes de la noche anterior, Pattern esperaba encontrar a la gran duquesa con la moral por los suelos. Sin embargo, su señora estaba extremadamente animada, ya se había levantado y se había vestido cuando Pattern fue a despertarla. Antes de nada, le hizo un regalo, un broche de perlas:

—Debes llevarlo siempre, como recuerdo de nuestra amistad.

Y luego anunció que deseaba que Pattern la conociese mejor.

—De modo que empezaré por el principio y te presentaré a mis queridos padres.

La condujo hasta el salón del trono, presidido por un retrato del difunto gran duque sobre el que fuera su antiguo asiento. Había sido pintado el año de su muerte y quizá ya estaba enfermo, porque, a pesar de las lisonjas del artista, tenía cara de preocupación y muchas arrugas. Pero, como dijo Pattern, parecía un hombre digno y generoso.

De ahí fueron al salón de baile, con una pista de parqué tan grande y tan reluciente como un lago, y unas arañas que colgaban del techo como estalactitas de cristal. Allí dominaba la habitación una pintura de la madre de la gran duquesa. Era delgada y tenía la melena azabache, los hombros blancos y redondeados y los ojos risueños.

—Espero ser tan hermosa como mi madre cuando crezca. Todo el mundo espera que una princesa sea así. No basta con que seamos generosas y listas, también debemos ser tan decorativas como la heroína de un cuento de hadas —suspiró la gran duquesa—. Y ¿qué hay de tus padres, Pattern? Porque yo también desearía conocerte mejor.

Pattern explicó que no sabía casi nada de ellos y le contó la historia del naufragio.

—Ah, sí —dijo la gran duquesa despreocupadamente—. La inmigración siempre tiene sus riesgos. Si mis guardias hubieran dado con ellos, los habrían ajusticiado igualmente. No se permite que nadie abandone Elfinburgo. Tienen que pedirme permiso. Sí... incluso mi madrina, la baronesa.

Pattern tuvo que sentarse de golpe en una de las sillas doradas y larguiruchas.

—¿El Estado ejecuta a los que intentan marcharse, alteza?

—La verdad es que es una auténtica lástima y me pesa, naturalmente, pero no podemos permitir que la gente deje el país así como así y venda secretos a nuestros enemigos.

Pattern casi no podía ocultar su indignación.

—Pero, alteza..., ¿qué enemigos tiene Elfinburgo? ¿Y qué secretos?

—Somos un país diminuto rodeado de Estados grandes y agresivos. Si no fuera por... —la gran duquesa se detuvo un tanto confundida—. Bueno, no importa. ¡Ahora estás triste! Vaya por Dios. Quizá cuando alcance la mayoría de edad y por fin tenga poder efectivo encuentre otra manera, una mejor, para impedir que la gente se marche. —Miró a Pattern con preocupación—. Lo siento mucho por tus padres. Estoy segura de que eran buena gente, quienesquiera que fuesen. Vamos, tengo una idea que te animará.

CAPÍTULO 9



Ante todo, te recomiendo que nunca des un consejo sin que nadie te lo pida, ni le impongas tu opinión a tu señora, tanto si ella desea conocerla como si no.

J. BULCOCK,



La fantástica idea de la gran duquesa consistía en que Pattern le buscara un uniforme de doncella para disfrazarse y salir a pasear por la ciudad con ella.

—Pretendo caminar entre mis súbditos como una humilde sirvienta y escuchar lo que dicen de mí. Como hizo Enrique V de Inglaterra antes de la batalla contra los franceses. ¡Será divertidísimo!

Pattern pensó que la idea no era ni buena ni práctica, ni mucho menos divertidísima, pero la gran duquesa hizo caso omiso a sus objeciones.

—Recuerda, Pattern, que no debes llamarme «alteza». Puedes decirme Eleri, es mi favorito entre todos mis nombres y hay muchas niñas corrientes que se llaman igual. Y ya que jugamos a ser iguales, yo también te llamaré por tu nombre de pila. ¿No te parece divertido que no lo sepa?

—Pattern es el único nombre que tengo, alteza.

—¡Eleri! Recuérdalo. Dios mío... hoy estás muy lenta. Pero no entiendo lo de no tener nombre de pila. Yo tengo cuatro, aunque en una familia real eso es prácticamente una tacañería. ¿Has olvidado el tuyo o simplemente lo has perdido?

—No hay constancia del nombre con el que me bautizaron mis padres y el orfanato no me lo proporcionó.

—Ah, ¡entonces puedes ponerte el nombre que más te guste! Lo encuentro de lo más liberador. Pero será mejor que no elijas uno de los míos —añadió la gran duquesa apresuradamente—. No creo que eso fuera del todo apropiado.

¡Podía elegir su propio nombre! Ahora que lo pensaba bien, era raro que no hubiera aprovechado la oportunidad para escoger uno antes... Aunque en ese momento tenía la mente en blanco.

—Creo que sabré cuál es el nombre adecuado cuando lo encuentre, alte... Eleri. Por ahora, Pattern a secas servirá.

La escapada comenzó con una visita a la lavandería. Ya que no era apropiado lavar las sábanas de un limpiabotas con el mismo jabón y la misma agua que las de un baronet, el castillo tenía un lavadero para la corte y otro adyacente para la servidumbre. Como era habitual, se veía con dificultad a

causa del vapor turbio y el lugar retumbaba con las salpicaduras, los goteos y los siseos de las planchas. Pattern se abrió camino entre varios baldes de cobre llenos de sábanas en agua jabonosa hirviendo y, tras pasar por los tendederos, operados por cuerdas y poleas, esquivó un bosque de trapos que goteaban desde lo alto. Allí fue donde encontró una pila de uniformes limpios que habían apartado para remendar y escogió uno del montón de terceras doncellas confeccionado con franela negra y lino blanco. Con un poco de suerte, el banquete sería una buena distracción que le permitiría devolver las ropas antes de que las echaran en falta.

La gran duquesa estaba encantada con su disfraz y a Pattern le costó mucho trabajo lograr que se mantuviera quieta lo suficiente para adaptárselo más o menos a su talla.

—Creo que debe de ser extremadamente agradable llevar uniforme — comentó la gran duquesa—. Y no tener que aguantar la pesadez de decidir qué ropa te pones tres veces al día.

Las botas fueron las que le causaron más problemas a Pattern, ya que el cuero suave de cabritilla era demasiado elegante para una sirvienta. Cogió el par más viejo y lo ensució con el barro del patio, doblándolas y arañándolas tanto como pudo. Luego le recogió el pelo a su señora bajo una cofia blanca, se la caló para ocultarle parcialmente el rostro y le entregó una cesta.

—Mantened la cabeza gacha y seguidme —le indicó Pattern, muy nerviosa, ajustándose la cofia y el chal. Evidentemente, si las descubrían, la gran duquesa no estaría en apuros, pero los demás sirvientes considerarían las acciones de Pattern una vil traición. Pasarían de derramarle el té a escupir en él.

La gran duquesa estaba muy impresionada por el laberinto de los pasadizos de los sirvientes y Pattern se sentía orgullosa de ser capaz de guiarla. Su señora apenas podía creerlo cuando —después de varios giros y desvíos— salieron al pasillo principal que iba del salón de la servidumbre a la cocina. Con el banquete de Estado estaba casi tan caldeada y llena de vapor como las lavanderías. El olor era abrumador: a carnes asadas y frutas en almíbar, a azúcar quemado y grasa caliente. La señora Fischer y sus asistentes gritaban órdenes; todas las ayudantes de cocina se apresuraban a obedecer. La gran duquesa se quedó mirando fijamente y, cuando Pattern le tiró de la manga para continuar, ella dio un pisotón.

—Esta cocina es mía. ¿Por qué no puedo quedarme a mirar un rato?

—Podéis inspeccionar la cocina siempre que lo deseéis... Estoy segura de que vuestro mayordomo estará encantado de haceros una visita guiada. Pero hoy os queréis hacer pasar por una de nosotras. O sois su alteza o sois Eleri. No es posible ser ambas.

El ceño fruncido de la gran duquesa se desvaneció con un suspiro.

—En cualquier caso, no me gusta mucho ser alteza.

Pattern recordó su momento de debilidad ante el pan de jengibre, cuando había soñado con otra vida como pastelera. Suavizó la voz.

—Son como unas vacaciones para ambas. Vamos a aprovecharlas al máximo.

Con tantos sirvientes yendo de acá para allá para hacer recados, a nadie se le ocurrió darles el alto cuando salieron del castillo. Al llegar al abrigo del bosque, quedó claro que la gran duquesa sentía la misma liberación que Pattern cuando esta se tomó la tarde libre. Iba dando saltos sin dejar de parlotear y Pattern creyó por un instante que, después de todo, quizá su aventura no acabaría en desastre.

Cuando llegaron al mercado, la gran duquesa miró a su alrededor tan maravillada como cualquier chica corriente que visitara el zoológico de Londres. Le fascinó especialmente un puesto que vendía recuerdos patrióticos y examinó una muñeca de madera, hecha a su imagen y semejanza, muy divertida.

—¡Qué mejillas tan sonrosadas! ¡Qué ojos tan brillantes y qué rizos tan relucientes! Me temo que no soy más que una mala copia.

Después de hacer algunas compras, proclamó que el almuerzo a base de salchicha y pan moreno era lo mejor que había probado en su vida. Luego fueron a pasear por el parque público y la gran duquesa tomó del brazo a Pattern para confesarle lo poco que le gustaban las fiestas como la que tendría lugar esa noche.



—Los banquetes son de una pesadez terrible: se sirven seis platos, ninguno demasiado sabroso, y hay tantos discursos que la mayoría de los invitados se duermen antes del postre. Las damas son lo peor: las que andan a la caza de un marido miran a mi tío con ojos de cordero degollado, porque en estos lares lo tienen por un soltero de oro; y las que están casadas no dejan de intentar colocarme a sus horribles hijos imberbes.

—Pero aún falta mucho para que os caséis, ¿verdad?

—Para casarme, sí; para estar prometida, no. Sin duda, mi tío está planeando un matrimonio que sirva más a sus intereses que a los míos.

Pattern prefería no seguir hablando del príncipe Leopold. Puede que no apreciara a su sobrina, pero le resultaba difícil creer que un hombre que disfrutaba ante todo coleccionando figuritas fuera un bellaco. Para distraerla,

señaló a un grupo de pilluelos que correteaba bajo los árboles. El grupo atormentaba a un niño que llevaba un hocico postizo hecho con un cono de papel. Él los perseguía y les rugía y, si lograba alcanzar a uno en la cabeza, este se tiraba al suelo de inmediato.

Mientras tanto, una niña solitaria permanecía inmóvil en un banco, con las manos enlazadas como si rezara, mientras sus compañeros revoloteaban a su alrededor.

—¿A qué creéis que están jugando?

La gran duquesa miró a los niños y frunció el ceño. Fue un jardinero canoso que estaba plantando flores en un parterre a su lado quien contestó.

—Juegan a domar al dragón. —Agitó la cabeza con desaprobación—. Cualquiera pensaría que, después de los acontecimientos recientes, tendrían más consideración, pero los niños pueden ser criaturas despiadadas.

—¿Acontecimientos recientes? —preguntó la gran duquesa con brusquedad—. ¿A qué te refieres?

Él pareció sorprendido con la pregunta.

—Pues a los pequeños que han desaparecido en las colinas, señorita. Y dicen que otro rebaño de ovejas también ha sido atacado recientemente.

La gran duquesa dejó escapar una exclamación y se llevó la mano a la boca. Parecía a punto de desmayarse. Pattern se la llevó antes de que el jardinero se ofreciera a auxiliarla y ayudó a su señora a sentarse junto al borde de un estanque.

—Los niños... los niños... —susurraba una y otra vez.

—Estos incidentes tan crueles son impactantes —la tranquilizó Pattern—. Yo misma me sentí bastante indispuesta la primera vez que los oí. Pero debéis recordar...

—Espera, ¿es que sabías algo de esto?

—La primera vez que vine a la ciudad oí a la gente hablar de ello.

La gran duquesa se puso más pálida aún.

—Cuéntamelo todo. De inmediato. ¡Te lo ordeno!

Pattern describió lo que había visto y oído. La gran duquesa apretó los puños. Tenía la tez tan blanca y tan tensa que los huesos del pómulo parecían a punto de atravesarla.

—Es mi tío. Lo sé. Es mucho más astuto y despiadado de lo que

imaginaba.

—¿Vuestro tío? ¿Cómo puede estar involucrado?

—Está raptando a los niños, o algo peor, y engaña a la gente para que crea que el dragón ha regresado.

Pattern sintió que se había perdido algo.

—¿Un dragón? Perdón, pero no lo entiendo.

—La criatura que el príncipe Elffin trajo consigo de Gales —dijo la gran duquesa, irritada—. El azote de Elffin. Es tal y como en el juego de esos niños: el dragón sale de su guarida y asola el país hasta que sacrifican a una princesa para apaciguarlo. Ese es el plan de mi tío, ¿no lo ves? Se encargará de que haya más desapariciones, más cosechas arrasadas y más ganado robado, hasta que la gente exija mi muerte para aplacar al monstruo. Igual que les sucedió a mis pobres predecesoras del salón de las doncellas.

A Pattern le daba vueltas la cabeza.

—Pero... vuestro tío no puede pretender engañar a la gente de esta manera. Nadie en sus cabales creería algo así.

—¿Y por qué no? —preguntó la gran duquesa con brusquedad.

—Porque... evidentemente, lo que intento decir... vivimos en la era moderna. —Pattern nunca se había sentido tan inglesa como en ese momento: la viva imagen de la sensatez, de los pies a la cabeza.

—¿Y qué hay de mis honorables antepasadas, las doncellas que fueron sacrificadas en el pasado? ¿Cómo se explica su destino?

—Bueno, no conozco los detalles de cada caso —dijo Pattern, con tanta calma como pudo—. Pero, en la Antigüedad, las personas no poseían los conocimientos científicos que tenemos ahora. Necesitaban fantasías extravagantes para explicar el mundo. Desde entonces, los eruditos han estudiado los fenómenos naturales y han puesto fin a muchas supersticiones. — Aunque no a todas, claro. Ahí estaba el puesto en el mercado con los amuletos mágicos y las historias de Dilys de la mujer que escupía barro negro cuando hablaba y el bebé de hojas. Pero ahora no era el momento de mencionarlo. Pattern habló con más firmeza—: Este miedo a los dragones seguramente nace de la misma ignorancia que en tiempos pasados llevó a perseguir a las supuestas brujas. Estoy segura de que la buena gente de Elfinburgo no permitirá que el príncipe los engañe. No pueden ser tan crédulos.

La gran duquesa la miró con una expresión indescifrable.

—No me crees. Supongo que después de todo te has aliado con mi tío.

—Alte... ¡Eleri! Desde luego que no...

—Sí. Fui una estúpida al confiar en ti. Todo este tiempo simplemente has fingido que lo despreciabas y que estabas de mi parte. Ahora intentas engañarme para que desconfíe de mí misma, cuando por fin he desentrañado su malévolo plan —levantó la voz, con la respiración entrecortada—. ¿Te dijo el príncipe Leopold que me atrajeras hasta este lugar, lejos de la protección del castillo? Porque, si me descubren aquí, sola e indefensa, la gente podría intentar matarme para apaciguar al monstruo. No tengo a nadie que me defienda, nadie que me escuche... Nunca estaré a salvo...

A su alrededor, los jardines relucían a pleno sol. Se oía el zureo de las palomas, los niños reían mientras jugaban.

—Estáis a salvo conmigo, os lo prometo. —Pattern quería decir: «Cálmate, estás histérica, te estás poniendo en evidencia». Pero no le correspondía hacerlo. De todas maneras, intentó tomar de la mano a la gran duquesa.

—No te atrevas a tocarme —siseó la gran duquesa—. No me hables, no vuelvas a mirarme siquiera. Estás despedida.

Le arrebató las llaves que Pattern guardaba en la cesta y salió corriendo como si una hueste de dragones la persiguiera.

CAPÍTULO 10



Por muy perseguida o ridícula que te sientas, no te desvíes nunca ni un ápice de la verdad y la rectitud.

J. BULCOCK,



Durante un rato, Pattern no tuvo fuerzas para moverse. No intentó ir detrás de su señora. En lugar de eso, se sentó en el borde del estanque con el rostro vuelto hacia el sol y observó jugar a los niños. La pequeña que hacía de princesa seguía con su pose de mártir. A Pattern no le gustaba verla esperar tan pacientemente, con los ojos cerrados y las manos enlazadas, mientras los otros críos daban vueltas a su alrededor.

Cabía la posibilidad de que la gran duquesa cediera. Al mismo tiempo, también era probable que no lo hiciera, y que la corta carrera de Pattern como primera doncella hubiera tocado a su fin. Se preguntó cuánto tardaría la señora Minchin en enterarse del fracaso de su mejor alumna. ¡Cómo se alegrarían las otras chicas de la academia si la vieran ahora! ¡Cómo se mofaría Pol, cómo se burlaría Sue!

Tocó el broche de perlas de la amistad y se sonrojó al acordarse de sus falsas ilusiones. No había sido más que la fantasía de una sirvienta que quería hacerse amiga de una princesa. No, debía volver a lo de siempre, a morderse la lengua y ocultar sus pensamientos y ser tan sumisa como un ratón. Si hubiera sabido cuál era su sitio, si no se hubiera salido de su papel, podría haberse evitado todos estos problemas. Ella tenía toda la culpa.

Comenzó a sentir un peso frío en el estómago al pensar en el regreso a Inglaterra. Apenas tenía dinero, no conocía a nadie y, si se veía obligada a buscar otro empleo en Elfinburgo, tampoco tendría referencias. Ni siquiera se había graduado oficialmente en la academia de la señora Minchin. Pero abandonar el ducado tras caer en desgracia no le parecía tan terrible como podría haberle parecido antes. Aunque el país fuera un lugar agradable, no hacía falta creer en leyendas para saber que encerraba algo maldito en su interior.



Mientras Pattern atravesaba el bosque, a su lado pasaban carruajes dorados que traqueteaban por la avenida. Aquellos huéspedes que se quedarían a pasar la noche habían llegado algunas horas antes y se vestirían en sus habitaciones. Pronto todos se reunirían a beber champán en la terraza, con el príncipe Leopold como anfitrión. La gran duquesa había dicho que no aparecería hasta el último momento, justo antes de que se sirviera la cena.

Pattern era demasiado orgullosa para rogar que volviera a admitirla. Aun así, creía que se lo debía a sí misma, y también a la gran duquesa, presentarse a trabajar por última vez. Pero, cuando se dirigió a la puerta de los aposentos reales, un pajecillo sonriente le informó de que su alteza no precisaría de sus servicios, ni ese día ni ninguno.

Y ahí terminó la cosa. Debía informar al ama de llaves de su situación, recoger su salario y hacer el equipaje. Solo se permitiría un capricho: un último vistazo al gran comedor, donde los lacayos le daban los últimos toques a la mesa del banquete. Sobre los manteles de lino adamascado, el gran servicio de plata lucía en todo su esplendor, iluminado a la luz de las velas. En las mesas auxiliares se había dispuesto un lujoso muestrario de porcelana elfinesa; el asiento de la gran duquesa estaba flanqueado por candelabros de más de un metro de altura. Pero Pattern no envidiaba nada de lo que veía. No lo lamentaría.

Cuando se giró para marcharse, se sentía curiosamente más ligera.

—Señorita, por favor, señorita...

Una doncella manchada de hollín avanzaba a toda prisa en su dirección, con un puñado de horquillas en la mano.

—¿Podría llevárselas a la chica de la condesa de Brecon-Baden? Dijo que las necesitaba de inmediato, pero todas andamos desbordadas y con tanto

jaleo...

Le dejó las horquillas a Pattern y se marchó.

Pattern torció el gesto. No conocía ni a la condesa ni a su doncella, ni dónde se alojaría en ese laberinto de habitaciones de invitados, por tanto necesitaba encontrar a alguien que lo supiera. Mientras se disponía a llevar a cabo este último recado, descubrió que su indignación iba a más. Después de todo, no acababa de aceptar su destino. ¿Por qué debía cargar ella con la culpa? La habían alejado de todo lo que le resultaba conocido y la habían soltado en medio de un país extranjero y nada hospitalario, con una jefa de Estado que estaba como una cabra y que prácticamente la había acusado de traición. Durante todo ese tiempo, ella había sido una sirvienta buena y leal. No se merecía que la trataran así. Nadie lo merecía. ¡Era una injusticia! ¡Un insulto! ¡Una vergüenza!

Mientras la asaltaban estos pensamientos, se le olvidó que iba caminando por el castillo a plena vista, como si tuviera todo el derecho del mundo a pasearse por los pasillos nobles, en lugar de moverse por los vericuetos del servicio.

Al doblar una esquina, distinguió a Dilys, la doncella, hablando con uno de los invitados del banquete. Era un caballero rubicundo con un uniforme militar repleto de medallas. Tenía los dientes de un amarillo tan brillante como sus condecoraciones y sonreía mostrándolos todo el rato. No obstante, Dilys no parecía del todo cómoda. Tenía la mirada clavada en el suelo y estaba rígida.

Pattern continuó aproximándose, pero la luz era tenue y la moqueta blanda, y ellos no se percataron. De repente, el caballero se abalanzó sobre Dilys e intentó abrazarla. Forcejearon un momento y Dilys lanzó una exclamación furiosa. Logró zafarse y le soltó una bofetada al caballero.

Pattern se había quedado clavada donde estaba. El caballero estaba más colorado que nunca. Tenía los labios temblorosos y los ojos saltones. Pero lo peor estaba por llegar, ya que el príncipe Leopold se acercaba a ellos desde la dirección opuesta.

—¡Hola, Von Wynstein! —Observó la escena y su sonrisa juguetona se esfumó—. Vaya vaya, ¿qué ha sucedido?

Von Wynstein farfulló:

—Nunca me había sentido tan insultado en toda mi vida, eso es lo que pasa. Insultado además de maltratado. Qué grave impertinencia. —Clavó la

vista en Dilys, que estaba pálida y temblorosa—. Estoy muy abrumado.

—¡Mi querido camarada! ¡Estoy horrorizado, avergonzado, abochornado! —Lo cierto es que el príncipe era la viva imagen de la vergüenza—. Te puedo asegurar que tomaremos cartas en el asunto. Con rapidez y severidad, ni más ni menos. Me encargaré personalmente, te lo aseguro. Mientras tanto, ocupémonos de cosas más alegres. La noche es joven, mi viejo amigo, y nos esperan muchos placeres.

El príncipe condujo a su invitado a través de las puertas del final del pasillo. Se detuvo un momento y regresó adonde estaba Dilys con la cabeza gacha. La sonrisa se le había borrado.

—Recoge tus cosas y márchate.

Dilys abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra. Todo su descaro había desaparecido. Dejó caer los hombros.

Fue Pattern la que salió de entre las sombras.

—Alteza, ¿podría hablar con vos un momento...?

El príncipe se mostró visiblemente irritado. No obstante, volvió a mirarla y logró esbozar una sonrisa afable.

—¡Ajá! Si es la pequeña doncella que se ocupa de mi sobrina. ¿Qué puedo hacer por ti, niña?

—Por favor, alteza, Dilys es una chica muy modesta y respetable. He sido testigo de su encontronazo con el caballero y puedo asegurar que ella no ha hecho nada malo. Me temo..., es decir, temo que las atenciones del caballero hacia ella fueron poco apropiadas.

—¿Es eso cierto? Mmm. Me pones en una situación delicada, pequeña. ¡Delicada y difícil! El caballero en cuestión es un amigo muy querido.

—En el salón de la servidumbre, alteza, se habla mucho de lo generoso y liberal que sois. Tenéis muchos amigos de alto rango, pero creo que también gozáis del cariño de la gente corriente. Estoy segura de que no os gustaría perderlo.

Aunque su voz era firme, le sudaban las palmas de las manos. Nunca creyó que tendría tanto valor. Pero ella ya se había quedado sin trabajo. Solo pretendía impedir que Dilys perdiera el suyo.

El príncipe Leopold la miró largo y tendido.

—¿Crees que no sé cómo mantener la lealtad del pueblo? —Esta vez los

ojos no fueron tan risueños ni la sonrisa tan juguetona—. Deberías recordar que tú también tienes sangre elfinesa, aunque no te hayas criado aquí. También espero tu lealtad.

—Desde luego, alteza. —Pattern tenía la cara tan inexpresiva como un cuenco de leche—. La gran duquesa siempre podrá confiar en mí. Tenéis mi palabra.

CAPÍTULO 11



En función de la confianza que depositen en ti, te harán partícipe de secretos de diversa naturaleza... Es absolutamente imprescindible que los guardes a buen recaudo.

J. BULCOCK,

Los deberes de una primera doncella



Mientras se revolvía en su incómodo colchón, Pattern seguía sin poder explicarse por qué se había entrometido en asuntos que no eran de su incumbencia ni por qué se la había jugado por gente que deseaba su marcha. Como había sido incapaz de encontrar a la señora Parry, ni siquiera sabía si le concederían un día de gracia o si la echarían del castillo a primera hora. Por fin logró caer en un sueño intermitente. Soñó con caminos que se abrían por un bosque espeso, con casas de pan de jengibre y muñecas de porcelana con cuchillos en lugar de dientes. Hacían un sonido chirriante con ellos.

El chirrido fue a más. Era el pomo de la puerta al girar.

—¿Quién anda ahí? —exclamó sentándose en la cama.

Jadeos. Crujidos de las tablas del suelo. El resplandor de una vela. Una figura encapuchada se coló por la puerta.

Pattern se preparó para defenderse con la jarra del agua...

—¡Chiss! ¡Soy yo!

—¡¿Alteza?! —El pulso de Pattern se redujo—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Dilys me contó que le plantaste cara al príncipe Leopold. Has impedido que perdiera su trabajo y has declarado tu lealtad hacia mí. ¡A mí, cuando te he maltratado e insultado y te habría echado de una patada! Estoy muy avergonzada, Pattern. He sido una monarca indigna y una amiga pésima. ¿Podrás perdonarme?

Bajo la capa, la gran duquesa todavía llevaba sus galas del banquete. Los pliegues de su traje escarlata resplandecían y el collar de perlas y brillantes despedía destellos bajo la luz de las velas. Pero se le escapaban algunos mechones del peinado y tenía el rostro más consumido y ensombrecido que nunca. Todo el lujo de su vestido resultaba absurdo en una chica tan joven. Una niña solitaria, con miedo a los monstruos bajo la cama... Pattern se sintió mucho mayor de lo que era. Vieja y cansada. Vio cómo sería la vida a partir de entonces: la gran duquesa hecha una furia y al minuto siguiente pura dulzura, con Pattern a su lado para calmarla o levantarle el ánimo, curándole las

heridas como quien remienda medias... ¿Eso era lo que significaba la amistad?

—Perdóname. Por favor —repitió la gran duquesa, tomando la mano de Pattern entre la suya, tan fría.

Pattern intentó sonreír.

—Sí, alteza. Como deseáis.

—Debes llamarme Eleri... ahora y siempre. Deseo que seamos amigas de verdad y eso significa que debemos ser iguales.

—No estoy segura de que eso sea posible —dijo Pattern, con tanta delicadeza como pudo—. La sociedad, la cultura y la tradición lo prohíben. Mi posición...

—¡Al cuerno tu posición! Lo que me gusta es tu personalidad. Veo tu verdadero valor y espero que acabes conociendo el mío, aunque me temo que hay mucho que mejorar. Esto de la amistad es más difícil de lo que creía. Pero aprenderemos juntas y practicaremos sobre la marcha. Claro, siempre que... ¿estés dispuesta a intentarlo?

Esta vez la sonrisa de Pattern fue más espontánea.

—No me asusta el trabajo duro.

—No, no debes tener miedo. —La gran duquesa se sentó en la cama y se mordió el labio. Tenía un brillo nervioso en la mirada—. Sé que eres lista y buena; espero que además seas valiente. Puede que sí me esté volviendo loca. Pero tengo intención de mostrarte mi secreto para que comprendas mi forma de actuar. Debes confiar en mí y ser fuerte. ¿Podrás hacerlo?

Pattern asintió. Estaban a punto de suceder cosas excitantes e inquietantes y, para su sorpresa, quería formar parte de ello.

—Entonces ponte las botas y sígueme. ¡Rápido!

Pattern se vistió a toda prisa. El reloj de su escritorio marcaba casi las tres cuando las dos jóvenes salieron de la habitación a hurtadillas. La gran duquesa —o Eleri, como Pattern debía intentar referirse a ella— levantó la vela e iluminó la fila de puertecitas de madera que se repetían a lo largo del pasillo del desván.

—Pensé que nunca podría llegar hasta aquí —susurró—. Tu puerta ha sido la tercera que he abierto, pero las otras ocupantes estaban roncando a pierna suelta, creo que no se enterarían ni de un terremoto.

Como el castillo era tan inmenso, gran parte quedaba desierto incluso en las horas de más ajetreo. No había lacayos suficientes para colocarse ante la mitad de las puertas ni bastantes cortesanos como para honrar con su presencia más que unos cuantos salones de audiencia. A esa hora de la noche era fácil creer que eran las dos únicas habitantes del castillo.

Pattern no se sorprendió del todo cuando descubrió que su destino era la biblioteca. Aunque resultaba improbable que alguien estuviera buscando entre las estanterías a esa hora, Eleri insistió en mirar por todos los rincones antes de dirigirse a la puerta oculta que conducía al antiguo castillo. Pero, en lugar de subir las escaleras en dirección al salón de las doncellas, Eleri se encaminó en dirección contraria. Resultó que las escaleras continuaban hacia abajo. Se hacían aún más empinadas y se adentraban bajo el castillo, más allá de los sótanos. Al final del todo había una vieja puerta que Eleri abrió con una llavecita de oro. Daba a una cámara pequeña que resultó ser una capilla, con un altar de piedra sencillo y una cruz celta muy desgastada.

Las paredes estaban cubiertas por los restos de unos frescos manchados y desvaídos. Ilustraban las aventuras de un hombre de cabello pelirrojo y corona amarilla: el príncipe Elffin, supuso Pattern. Ahí estaba, escalando una colina... navegando en mitad de una tormenta... liderando un ejército... dirigiéndose a una multitud. Algunos de los frescos parecían haber sido borrados a propósito. Otros eran de lo más desconcertantes. Pattern estudió uno que mostraba al príncipe de pie ante el sol naciente con los brazos en alto. El siguiente lo ilustraba arrodillado junto al fuego, con una serpiente, una campana, un cuchillo y otros objetos extraños a su alrededor.

Su descendiente también estaba arrodillada, pero ante la cruz, moviendo los labios en una plegaria silenciosa. Entonces encendió una vela nueva de un montón en un rincón y se dirigió a la pared opuesta al altar. A diferencia de las otras, parecía de piedra maciza. Eleri pasó los dedos por la superficie rugosa hasta que encajó el dedo en una ranura que a Pattern le pareció tan diminuta que estaba segura de que no podía verse, solo intuirse.

—¡Tachán!

Al tocar la ranura, se oyó un chasquido y esta se hizo más grande y más ancha, hasta que el hueco fue lo suficientemente grande para pasar. Pattern no sabía qué esperaba encontrar al otro lado. Quizá la cueva de algún tesoro, o el laboratorio de un alquimista. Pero todo lo que vio fue un pasaje que

descendía.

—¿Lleva a las mazmorras? —aventuró Pattern.

—¡A una especie de mazmorra!

Eleri se recogió la falda y entró. Pattern la siguió más despacio, entre el resplandor de la vela y la oscuridad circundante, sintiendo el peso de la roca a su alrededor. La respiración se le aceleró, el corazón le latía con fuerza contra el pecho.

Continuaron caminando en silencio durante mucho rato, o eso le pareció, porque probablemente no fuera más de un cuarto de hora. El pasadizo se hizo más escarpado y cada vez más parecido a un túnel, aunque Eleri avanzaba sin vacilar. Al menos había resuelto el misterio de las zapatillas rasgadas y los camisones sucios. De repente se detuvo en seco.

—Casi hemos llegado —susurró—. El pasadizo se bifurca un poco más adelante. El camino de la derecha nos llevará hacia arriba, al exterior. El izquierdo conduce a una reja de hierro. Quiero que te adelantes y mires a través de la reja, siempre en silencio. —Hizo una pausa—. Pattern, ¿estás lista?

—Sí, alteza. Quiero decir, Eleri.

—¿Serás fuerte? ¿Tendrás valor?

—Yo... lo haré lo mejor que pueda.

Eleri la tomó de la mano y la apretó con tanta fuerza que los dedos le crujieron. La cara de la chica dejaba traslucir el miedo, pero también un nerviosismo enfervorecido que a Pattern le resultaba aún más inquietante. Se detuvo un momento, a la espera de que se le calmara el pulso, antes de coger la vela y tomar el túnel de la izquierda.

No tardó en ver la reja herrumbrosa. Más allá, el pasadizo terminaba en un estrecho saliente. La caída era muy pronunciada. Pattern habría pensado que allí abajo, tan hondo, haría frío, pero en realidad el aire era cálido y estaba cargado, con un intenso olor a azufre. La respiración acelerada de Eleri en el pasadizo se escuchaba amplificadas, o quizá fuera su propia respiración la que resonaba a su alrededor.

Dio un paso más hasta la reja. A través de ella se colaba una ráfaga azulada de luz de luna por alguna fisura en lo más alto. Lo suficiente para desvelar una caverna tan espaciosa como una catedral. La superficie parecía hecha de montículos ondulantes y fragmentos de roca puntiagudos. Era tan

negra como la pez, con un lustre oleaginoso e irisado.

Se oyó un suspiro que resonó en todo el espacio y la superficie comenzó a moverse y agitarse. Con un escalofrío, Pattern comprendió que no era la roca la que se agitaba ni la tierra la que se movía: esa pez negra eran las escamas brillantes y escurridizas de una gigantesca criatura enroscada, un ser espinoso y serpentino. Un párpado negro y embreado abrió una rendija y mostró un ojo amarillo penetrante. Tenía la mirada acuosa y desenfocada. Un instante después, el párpado se cerró y la criatura dejó escapar un sonoro ronquido.



Pattern se quedó muy quieta, agarrada a la vela, mientras se le erizaba el vello de la nuca. Apenas se atrevía a respirar, mucho menos a moverse. Le entraron unas ganas tan irrefrenables de ponerse a gritar que amenazaban con desbordarla. Tenía la sensación de que los huesos empezaban a temblarle de un momento a otro. Por eso apretó la mandíbula con tanta fuerza que se hizo daño y retrocedió un paso. Luego otro. Y otro más, hasta que el horror desapareció de su vista y Eleri y ella fueron engullidas una vez más por la

oscuridad.

—Pero ¿qué es eso? —Pattern había esperado para hablar hasta que la voz le saliera normal, aunque en realidad sabía la respuesta.

—El azote de Elffin. —El rostro de Eleri tembló a la luz de la vela—. La mera idea es suficiente para infundir miedo en el corazón de cualquier hombre. Pero ¿no hay algo portentoso en una visión así?

—No... No lo sé.

Eleri le dirigió una media sonrisa extraña.

—Toda esa fuerza antigua, ese fuego y esa furia, oculta plácidamente bajo la roca... Sí, creo que es una maravilla y a la vez un monstruo. Vengo a observarlo dormir y me pregunto con qué sueña. Con la muerte de princesas, quizá, y con las colinas de Gales largamente perdidas; soñará con batir las alas contra el cielo y hundir las garras en nuestra tierra verde. Quizá incluso sueñe conmigo.

En lugar de regresar por donde había venido, Eleri tomó el pasadizo de la derecha. Terminó en otro tramo de escaleras de caracol, que las condujo a una gruta en los terrenos adyacentes al castillo.

—Esta puerta es solo de salida, no se abre en dirección contraria —explicó Eleri—. Nuestros pasadizos son demasiado pequeños para que la bestia pase a través de ellos, pero hay un túnel que conecta su guarida con la cima de las montañas, así es como el dragón entraba y salía en tiempos pasados.

Echó un vistazo por la mirilla que había en el muro al final de las escaleras antes de pulsar un dispositivo escondido. Se oyó un resorte y se abrió un panel de piedra. Un momento después, se encontraban en una cueva artificial decorada con conchas, piedras y cristales de colores.

Se sentaron en los escalones de la gruta y contemplaron los jardines. El alba se aproximaba; las avenidas estaban envueltas en una bruma otoñal; los prados se encontraban perlados con el rocío. Todo parecía hecho de sombras.

—¿Lamentas que te lo haya mostrado? —preguntó Eleri al rato—. A veces fantaseo con que todo es un sueño producto de la fiebre. Imagino que me despierto y descubro que mi padre aún vive, que no hay ningún dragón, que no tengo ninguna preocupación en el mundo.

Pattern no supo qué contestar. Lo más lógico sería sentirse temblorosa, balbuceante, hecha un asco. Su mente sensata y ordenada debería haberse

conmocionado.

En cambio, no se había sentido tan despierta y tan lúcida en toda su vida. Comenzaba a comprender la excitación malsana que suponía guardar un secreto así.

—¿Cómo... cómo lo descubriste?

—Crecí con la historia del azote de Elffin, igual que todo el mundo aquí, aunque nunca habría imaginado lo del pasadizo secreto y lo que aguarda al final. Papá solo me lo contó cuando cayó enfermo y supo que no iba a recuperarse. A lo largo de generaciones, el gran duque o la gran duquesa reinantes han transmitido el secreto a sus herederos y les han hecho jurar que lo guardarían. —Torció el gesto—. Debo haber sido la primera de la línea sucesoria en romper esa promesa.

—¿Y tu tío? ¿Qué sabe él?

—Solo la historia de un monstruo que venía de las montañas para asolar la tierra, pero que hace más de cien años que nadie ha visto. Verás, el dragón es muy viejo, quizá esté enfermo y se pasa mucho tiempo durmiendo. Casi todo el mundo cree que ha muerto, o quizá piensen como tú: que no era más que una leyenda o una superstición. La verdad es que, si mi tío se sale con la suya, a la gente le dará lo mismo que el dragón esté vivo y coleando. El resultado es el mismo. Los niños desaparecerán, las cosechas y los rebaños serán asolados y a mí me ofrecerán en sacrificio igualmente para que el príncipe Leopold pueda acceder al trono.

—Me cuesta mucho creerlo —dijo Pattern—. Aunque he visto a la criatura con mis propios ojos. —Tenía las manos enlazadas en el regazo por si empezaban a temblarle—. ¿Puedes contarme de dónde sale el dragón?

Eleri suspiró.

—Te contaré la misma historia que me contó mi padre. Me habló de que en la Antigüedad algunas de estas criaturas poblaban la tierra. No obstante, Gales fue su última morada conocida y el nuestro es el último de su especie. El príncipe Elffin lo encontró un día mientras paseaba por la montaña. Acababa de salir del cascarón y era muy pequeño. Una cría. El príncipe se lo llevó consigo cuando se exilió y lo utilizó para espantar a los que aspiraban a quedarse con esta tierra. Fue entonces cuando tomó el apellido Pendraig que, como sabes, significa «comandante dragón». Se decía que conocía un conjuro para dominar a la bestia. Quizá hayas visto los frescos de la capilla: es algo

relacionado con campanillas, huesos y otros talismanes.

»Sea como fuera que funcionara, la magia no duró. Los dragones crecen muy rápido, y este pronto fue demasiado fuerte y peligroso y huyó de su captor. Después de hacer todo tipo de fechorías voló y se ocultó en las montañas. Allí horadó la roca, hasta que encontró o cavó un cubil bajo la misma fortaleza donde Elffin lo tuvo en su día prisionero.

»Pero no estuvo escondido durante mucho tiempo. Salía y asolaba el país. Causaba un terrible sufrimiento. Los niños eran sus víctimas ideales; supongo que tienen el tamaño idóneo para llevárselos volando y además su carne es más tierna. Solo una cosa saciaba el hambre de la bestia: la muerte de una princesa. Porque la sangre de las doncellas reales es como un opiáceo para los dragones: un narcótico poderoso, una delicia irresistible. Así, la nieta de Elffin fue su primer sacrificio. Tenía quince años cuando ella misma se ofreció, de buen grado, para salvar a su pueblo. El dragón sació su sed de sangre con ella y durmió durante casi veinte años. El pueblo se regocijó. Pero después despertó y volvía a tener sed...

Pattern se estremeció. A la fría luz del amanecer, los jardines parecían cenicientos y desolados, un paisaje del inframundo.

Eleri le ofreció una sonrisita débil.

—El nuestro es un país pequeño. Las cosas quedan entre nosotros. Pero siempre han existido rumores de que Elfinburgo posee un secreto, un arma mortífera. Por eso ningún enemigo ha cruzado nunca nuestras fronteras para intentar arrebatarnos nuestras riquezas ni nuestras tierras. Por eso la guerra nunca nos ha perturbado. Por eso la corona ha pasado de una generación a otra. Es el precio de nuestra paz.

CAPÍTULO 12



Estar ojo avizor es otro requisito imprescindible.

J. BULCOCK,
Los deberes de una primera doncella



La gran duquesa le dijo a Pattern que se iba a la cama y que no tenía intención de levantarse antes de la hora del té. Le sugirió a Pattern que hiciera lo mismo. Cuando se separaron en el castillo, eran casi las cinco de la madrugada y los sirvientes más jóvenes y de menor rango ya estaban en movimiento. Había orinales que vaciar, suelos que fregar, zapatos que abrillantar; había que encender los fuegos en las chimeneas de los dormitorios y poner el agua a hervir en la cocina.

—¡Ahí estás!

Era Dilys, que subía por las escaleras de servicio con una caja de botes de betún y cepillos.

—Vaya, al final el ratón sabía rugir, ¡quién iba a decirlo! No sé cómo te atreviste a ser tan descarada con el príncipe, pero te estoy muy agradecida.

—Y yo también quería darte las gracias por hablar con su alteza...

—Oh, no tiene importancia. Tengo una lengua muy afilada y siento que te haya tocado comprobarlo. Pero no temas: de aquí en adelante, como alguien quiera hacerte daño, tendrá que vérselas antes conmigo. —Agitó la caja de betún para recalcarlo—. Con Franz también. Es cochero y mi amigo especial. Seguro que lo has visto en el establo... Es el chico más guapo de todo el lugar, no se te ha podido pasar por alto. Le he dicho que te cuide también.

A Pattern le alegraba saber que tenía algunos aliados en el castillo, pero ni siquiera Dilys estaba a la altura de los problemas que se avecinaban. Solo quería descansar para quitarse el dolor de cabeza, recapacitar en un lugar tranquilo...

—Me sorprende encontrarla levantada a esta hora, señorita Pattern.

—Yo podría decir lo mismo de usted, señor Madoc.

—Bueno, para llevarse el gato al agua hay que madrugar. —Envuelto en las sombras, el hombre era una sonrisa con aroma a anís—. Y este castillo está lleno de gatos.

Pattern hizo ademán de continuar, pero el otro le cortó el paso.

—Mi señor, el príncipe, está decepcionado. Esperaba tener noticias tuyas en referencia al bienestar de su sobrina.

—No he tenido que informarle de nada, ya que me complace decir que se encuentra en perfecto estado de salud.

—¡Y tanto! Quizá eso explique su recién adquirida pasión por la venganza.

—Yo... Me temo que no le sigo.

—Su obra de teatro, señorita Pattern. *¿La venganza del mayordomo?* Esperaba que también pudiera deleitarme con algún pasaje. Seguramente lo encontraría de lo más revelador.

Pattern torció el gesto e intentó avanzar de nuevo. Una vez más, él se movió para bloquearle el paso. Esta vez su tono fue tan educado y tan serio como cuando se conocieron.

—No se confunda conmigo, señorita Pattern. Sigo órdenes, al igual que usted, pero tenga por seguro que voy por libre. En tiempos revueltos, descubrirá que la colaboración con los de abajo puede ser tan beneficiosa como la diplomacia lo es arriba. Puedo ser un buen amigo a la par que útil.

—Estoy segura de que está en lo cierto, señor Madoc, pero comienzo a entender que en este castillo siempre hay que pagar un precio por la amistad. —A Pattern le tembló un poco la voz—. Ahora, si me perdona, debo seguir mi camino.

Estaba segura de que, si seguía allí parada un instante más, comenzaría a lanzar improperios. Hubiera dado igual que ese montón de piedras en continuo crecimiento en el que tantas personas vivían y trabajaban hubiera sido de paja. Debajo yacía una pesadilla con un horno en la panza y las fauces manchadas de sangre antigua. Parecía que, solo con que la bestia se removiera en sueños, todo el castillo empezaría a temblar. Se imaginaba que podía oler el tufillo a azufre de su aliento colarse por las cañerías.

Al menos ahora comprendía por qué sus padres habían abandonado el país. Tenían miedo del dragón y temían por la seguridad de su hija recién nacida. Suponía un pequeño consuelo saber el motivo y se sintió conmovida por su audacia y admirada ante el riesgo que habían corrido. Aunque su iniciativa no les trajo nada bueno. Y ahí estaba ella, de vuelta a la guarida del dragón...

Ahora que lo pensaba con detenimiento, había señales de la bestia por todas partes. Su efigie aparecía ondeante en las banderas, en el glaseado de los pasteles, esmaltada en los broches, grabada en madera y tallada en cristal. Estas representaciones tenían un estilo heráldico y estilizado, nada que ver con

la sanguinaria realidad. Quizá los elfineses creyeran que, si adulaban a la bestia, esta los trataría con más benevolencia.

Cuando cerró la puerta de la habitación tras ella, sabía que le resultaría imposible descansar. «Quizá incluso sueñe conmigo», había dicho la gran duquesa. Le asaltó un pensamiento de lo más desagradable: ¿no establecería contacto el dragón con la gran duquesa en sueños? ¿Era esa la causa de las voces extrañas y de sus declaraciones aún más extrañas cuando estaba como en trance? Pattern recordó cómo Eleri se había vuelto hacia ella aquella noche con la mirada vacía y misteriosa, y la amenaza enigmática apenas susurrada: «Niña. Extraña de una tierra extranjera. También te veo. Observas y esperas, igual que yo. Aún no tienes miedo, pero lo tendrás. Lo tendrás».

¿Significaba eso que el dragón también le había hablado a ella?

A pesar de todo, Pattern se las arregló para dormir un par de horas y se levantó justo después de las once, cuando bajó al sótano con la esperanza de encontrar algo de comer. Las cocinas deberían haber sido un hervidero con los preparativos para el almuerzo, pero el lugar estaba de lo más tranquilo. Un grupo de personas se apiñaban alrededor de una de las segundas cocineras, que lloraba sobre el delantal.

—Es su sobrino —le dijo un mozo a otro en voz baja—. Estaba ayudando a su hermano mayor a recoger la cosecha de fruta en Caer Grunwald, pero se aburría y se alejó para explorar. Se oyó un ruido atronador. Al no regresar, su hermano fue a buscarlo. Lo único que encontró fue un cerco quemado en la hierba y un par de botones de la chaqueta del muchacho.

Pattern sintió un nudo en el estómago. Le venían muchas preguntas a la cabeza, aunque ninguna era adecuada para una ocasión así. Además, se le había ocurrido que, como doncella de la gran duquesa, no debería mostrarse demasiado interesada por tales asuntos. Por eso se apartó en silencio, tras guardarse en el bolsillo un pastel de carne que encontró por ahí, además de una copia del *Observador elfinés* que alguien había dejado en una silla.

A pesar de las especulaciones constantes sobre su tío y los planes de este, Eleri no mostraba demasiado interés en el mundo exterior tras las puertas del castillo. Quizá le diera miedo. Prefería las revistas de moda a los periódicos, pues aseguraba que estos estaban plagados de mentiras. No obstante, Pattern se enteró de que, además del sobrino de la segunda cocinera, un total de veinte niños habían desaparecido durante los dos últimos meses. Las víctimas tenían

edades comprendidas entre los siete y los diez años y estaban solas en el campo en el momento de la desaparición. En todos los casos, lo único que había quedado de las pobres criaturas era un cerco de tierra humeante y unas tristes reliquias: un zapato, una hebilla, un mechón de pelo chamuscado. Nunca había testigos de lo sucedido, pero en las cercanías se habían recuperado los restos de ovejas y reses calcinadas y masacradas y se habían hallado grandes marcas de garras en el suelo. Los granjeros hablaban de cosechas quemadas y abundaban los rumores de resplandores extraños en el cielo, «nubes aladas» y ruidos atronadores.

Los editoriales del periódico parecían, de momento, reacios a nombrar la sospecha que rondaba la cabeza de sus lectores. No pasaban de hacer referencias veladas a «antiguos problemas» y al regreso de «tiempos oscuros». Aun así, Pattern estaba asombrada de que las cosas hubieran llegado hasta tal extremo. No era de extrañar que la gente cuchicheara por las esquinas. No era de extrañar que tuvieran miedo.

Ahora que ella sabía que el dragón existía de verdad, no podía culparlos. Pattern se preguntó si Eleri no se equivocaría al pensar que la bestia era demasiado vieja y estaría cansada para abandonar su guarida. Pero el hecho de que no hubiera ningún testigo ocular de los hechos le resultaba raro.

Pattern estaba de suerte: el hombre que había traído las noticias del sobrino de la segunda cocinera aún no había abandonado el castillo. Lo encontró comiendo pan y queso en el patio del establo, después de dejar un cargamento de manzanas en la cocina junto con las malas noticias. Con su mejor imitación del acento elfinés, le preguntó si pensaba regresar a Caer Grunwald y si podría acompañarlo en su carro.

—Es mi tarde libre —explicó—. Y le prometí a mi tía que la visitaría, trabaja en los huertos.

—No tengo inconveniente en llevarla, jovencita. Pero no se aleje de los campos, no pierda de vista a sus amigos. No queremos que nadie más sufra.

En otras circunstancias, Pattern, que siempre creyó que se pasaría la vida en un laberinto de tiros de chimenea y ladrillo sucio, habría disfrutado con la excursión. El valle de Caer Grunwald tenía el clima ideal para cultivar frutales, y en primavera, las grandes extensiones de árboles cuajados de flor nivea constituían uno de los paisajes más bellos de Elfinburgo. Pattern

contempló maravillada las avenidas de manzanos, perales y ciruelos cargados de frutos y a los recolectores que pululaban a su alrededor tan afanosos como abejas.

No hizo falta tirarle de la lengua al conductor para que repitiera el relato de la tragedia. Incluso señaló el camino que había tomado el niño desaparecido. Tras detener el carro, mientras sus compañeros se ocupaban de volver a cargarlo, Pattern se escabulló de los huertos y se adentró en las colinas. Después de casi una hora de camino, el sendero comenzó a descender en zigzag hasta un pequeño barranco arbolado. En el centro había un claro, un cráter poco profundo de algo más de medio metro de diámetro. La hierba a su alrededor estaba calcinada. No muy lejos, unos arañazos gigantescos surcaban la tierra.

Al sol hacía calor y reinaba la calma. Lo único que se oía era el rumor de las hojas de los árboles. Se apreciaba un leve tufo a huevo podrido, o a las marismas cuando baja la marea. Mientras Pattern caminaba por la tierra quemada, las moscas zumbaban a su alrededor perezosamente. Comenzó a preguntarse si no habría llevado las cosas demasiado lejos y cuánto tiempo pasaría antes de que la echaran en falta si llegaba a sucederle alguna desgracia.

Tragó saliva con fuerza y decidió concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Era posible que hubieran pasado por alto alguna pista con el sobresalto y la angustia iniciales. No sabía cómo interpretar que solo hubieran quedado un par de botones del niño. Si se consideraba que el culpable era el dragón, esto sugeriría que se había llevado al niño a otra parte —quizá a su guarida bajo el castillo— o que había sido reducido a cenizas por el mismo fuego que había creado el cráter. Hasta que se hallara un cuerpo o los restos de un cuerpo había esperanzas de encontrarlo con vida.

Pattern se inclinó para atarse los cordones y un hueso de ciruela tirado en el suelo atrajo su atención. Lo habría tomado por un guijarro de no haber sido por su brillo amarillento. En el bosque no había árboles frutales.

Un poco más allá descubrió otro hueso de ciruela entre la hierba. Luego otro. Pattern se adentró entre los árboles. Se imaginó al niño escabulléndose de sus tareas con los bolsillos repletos de ciruelas birladas. En lugar de escupir los huesos, los conservaba como trofeos. Quizá quisiera jugar con ellos. Y entonces, cuando fue capturado, fue tirándolos del bolsillo para dejar

un rastro...

El rastro terminaba con un hallazgo igual de interesante: marcas de botas y hierba pisoteada. Un mechón de cabello rubio.

Pattern sintió que el corazón se le aceleraba. El conductor había descrito al muchacho con todo lujo de detalles, incluyendo los rizos dorados que habían sido el orgullo y la alegría de su madre. Parecía que no se lo habían llevado sin que él presentara batalla.

Más animada, peinó la zona en busca de otras pistas de la refriega. Al principio, no sabía cómo interpretar un trozo de cordel raído que halló entre las raíces de un saúco, pero se lo guardó en el bolsillo por si acaso. Después encontró un pedazo de papel marrón rasgado en una zarza. Parecía que tenía dibujado un símbolo chino.

Puede que Pattern tuviera la desgracia de carecer de una educación formal, pero la enciclopedia de un solo volumen de la academia le había proporcionado una buena base. Madoc consideraba que los hechos eran aburridos comparados con los cuentos de hadas, pero Pattern siempre había encontrado consuelo en acumularlos. Por la entrada sobre China de la enciclopedia, sabía que los chinos eran conocidos por tres grandes inventos: la imprenta, la pirotecnia y la porcelana. El propio príncipe Leopold le había recordado esta última. De hecho, había alardeado de estar asociado con un personaje chino de alto rango. ¿Podría su amor por la porcelana haberlo llevado a interesarse por los fuegos artificiales?

Pensó en el cráter. Era posible que el trozo de cordel hubiera sido utilizado como mecha para encender un explosivo.

Los testigos habían informado de sonidos semejantes al trueno, algo que podía tomarse por el rugido de un dragón, pero se parecía más al estruendo de una explosión. Seguramente no hiciera falta una gran cantidad de pólvora para crear el agujero que había visto. Era fácil simular las marcas de garras, al igual que el ganado masacrado y las cosechas quemadas.

Pattern sabía que no tenía indicios suficientes para probarlo. Un puñado de huesos de ciruela y un mechón de pelo no eran nada por sí solos, tampoco un trozo de envoltorio extranjero y un pedazo de cordel contribuían mucho. Pero bastaba para convencerla de que Eleri estaba en lo cierto. Los únicos monstruos que estaban detrás de aquello eran humanos. Debían de haber estado observando los frutales, esperando que algún niño se alejara del grupo.

Después lo siguieron entre los árboles hasta un lugar donde nadie oyera sus gritos...

Regresó al claro, sumida en sus pensamientos. Pero ya no estaba sola. Allí había dos hombres vestidos con la librea de la guardia personal del príncipe Leopold.

—¿Qué estás haciendo aquí? —bramó el mayor de los dos, que exhibía un bigote erizado y temible—. Este es el escenario de un crimen, no un sitio para hacer pícnic.

Pattern se disculpó con la esperanza de que su sorpresa no traicionara su falta de acento elfinés, y mantuvo la cabeza gacha y oculta tras su sombrero. Comenzó a retroceder.

—No es seguro andar sola por el campo —dijo el otro guardia, entornando los ojos—. Deberías saberlo. ¿De dónde eres? ¿Qué sabes del ataque?

—No sé nada, señor. Lo siento mucho. Yo... me marcharé enseguida.

—¿Cuántos años tienes, niña?

—¡Espera un momento!

Le gritaron algo más, pero ella ya se escabullía entre los árboles. El corazón no dejó de latirle con fuerza hasta que regresó a los huertos. Las avenidas ordenadas y el olor a hierba caliente y a fruta madura eran aún más agradables bajo la luz del final de la tarde. Pero, mientras Pattern se abría paso entre la fruta caída y las avispas, le pareció que en ese aroma dulce se escondía una nota podrida.

CAPÍTULO 13



La enfermedad, el peligro y la adversidad normalmente igualan las diferencias de rango.

J. BULCOCK,



Pattern consiguió regresar a casa en un carro cubierto lleno de agricultores que volvían a la ciudad. La mayoría estaban demasiado cansados para hablar, con la espalda dolorida y la nariz quemada por el sol, con los dedos y las ropas manchados de zumo. Pattern, que no había comido nada en todo el día salvo el pastel de carne y un par de ciruelas golpeadas, no podía más del hambre y del dolor de pies cuando llegaron a las murallas de Elffinheim. No obstante, mientras cojeaba de camino al castillo, se sorprendió al verse rodeada por una comitiva. Una multitud ruidosa y enfervorecida se había concentrado junto a las puertas.

Estaba compuesta por campesinos y gente de la ciudad, y los ánimos estaban caldeados.

—¡Salid y dejaos ver! —gritaba uno de los cabecillas—. Nos roban a nuestros hijos y destruyen nuestro sustento. ¡Y nuestra realeza sigue sin decir nada!

—¡Qué vergüenza! —chillaban otros—. ¡Cobardes!

Pattern, oculta entre la multitud, no veía casi nada aparte de las nuca de la gente. Se oyó un revuelo a la entrada de la avenida y los gritos de los centinelas. Temió que la rabia de los manifestantes se hubiera desbordado y que la protesta estuviera a punto de volverse violenta.

—¡Compatriotas! ¡Ciudadanos honrados! ¡Amigos y vecinos! Haya paz, os lo ruego. ¡Haya paz!

El príncipe Leopold. La cosa se ponía interesante. Fue recibido con tantos vítores como abucheos, pero su voz resonó confiada.

—Tened por seguro que la casa real no es ajena a vuestra desdicha. ¡Ni mucho menos! Nos duele en el alma.

—¿Dónde está la gran duquesa? —gritó alguien—. ¿Te ha enviado porque es demasiado cobarde para enfrentarse a nosotros?

Algunos aplaudieron, aunque otros agitaron la cabeza con incredulidad.

—Pero si no es más que una niña —dijo una señora mayor.

—Sigue siendo nuestra jefa de Estado —replicó alguien más—. Y debería

saber que pasarse la vida sentada en el castillo comiendo pastel de faisán en bandeja de plata tiene un precio.

—¡Chiss! —dijo otro—. ¡Deja que hable!

—He venido para deciros —anunció el príncipe, cuando se acalló el murmullo de la multitud— que compensaré personalmente a todos y cada uno de los que hayáis sufrido penurias como resultado de un ataque a vuestras cosechas o a vuestro ganado. Decidle vuestro nombre a mi ayuda de cámara y haremos lo que esté en nuestra mano para resarciros. Además, si alguno de vosotros hubiera sido testigo de esas escenas de carnicería o si pudiera dar algún tipo de información adicional, será generosamente recompensado. ¡Muy generosamente!



Pattern se puso de puntillas y estiró el cuello. Distinguió a Madoc, con una pose más seria que nunca, enarbolando un cuaderno y un lápiz al lado de su señor.

Entonces la voz del príncipe Leopold se hizo lenta y pesada. Pattern no necesitaba verlo para imaginarse las lágrimas de emoción. Impregnaban pegajosamente cada palabra.

—Queridos, queridísimos amigos. Sé que la pérdida de los niños es un golpe terrible. Nada puede compensar algo así. Nada puede aliviar ese dolor. Solo puedo decir esto: removeremos cielo y tierra en nuestra búsqueda para descubrir qué destino han corrido vuestros pequeños. ¡Buscaremos debajo de las piedras si hace falta! Le he encargado a mi guardia personal que se haga cargo de investigar estos incidentes bajo mi supervisión. —Hizo una pausa para generar más expectación—. Tened por seguro que nosotros, es decir, la gran duquesa Arianwen y yo, haremos todo lo que esté en nuestra mano para paliar esta amenaza. Por mucho que cueste, por mucho que nos duela. Haremos todo lo necesario. Tenéis mi palabra. ¡Gracias y muy buenas noches!

Su partida fue acompañada por una tormenta de exclamaciones y vítores. Algunas personas entre la multitud se adelantaron para rodear a Madoc y a su lápiz.

—Elfinburgo tiene suerte de contar con un príncipe así —exclamó una mujer con patillas que había de pie junto a Pattern—. Además de un patrón generoso, es un sabio consejero.

—¿Trabaja al servicio del príncipe? —preguntó Pattern con curiosidad.

—Soy su ama de llaves —repuso la mujer con orgullo—. Bueno, estoy a cargo de su refugio de caza. Pero lleva un tiempo cerrado porque, ante los rumores de ataques, mi amable patrón cerró la casa y envió a todos los sirvientes a refugiarse en la ciudad. Ha prometido pagar por nuestra manutención hasta que pase el peligro y los campos lejanos vuelvan a ser seguros.

—Su refugio... ¿está en un lugar aislado?

—No está muy lejos de aquí, pero se encuentra en el corazón del bosque de Annwn. Si un dragón atacase, no tendríamos muchas opciones de ser rescatados.

Aunque Pattern creía que estaba preparada, le resultó chocante escuchar que alguien nombrara la amenaza abiertamente.

—Pero no podemos estar seguras de qué o quién es el culpable. Las pruebas son puramente circunstanciales. En realidad, nadie ha visto a la criatura.

—Sí que la han visto, ¿sabes? Todos los días hay nuevas noticias: lenguas de humo, rugidos terribles y grandes alas negras.

Pattern se temía que todo aquello fuera cierto. A medida que la histeria iba en aumento, la gente que tuviera un temperamento nervioso creería ver monstruos por todas partes. Además, si Madoc y su señor estaban premiando a los testigos con dinero, tendrían un montón de pícaros listos para jurar que habían visto cualquier cosa que les preguntaran.

El ama de llaves patilluda agitó la cabeza.

—No es de extrañar que la gran duquesa lleve oculta todas estas semanas. A pesar de sus vestidos de satén, ahora mismo no me gustaría estar en su pellejo.

Así era, Eleri se había escondido después de oír por casualidad a un lacayo mencionar la protesta ante las puertas. Pattern la encontró acurrucada dentro de su armario, temblando bajo una pila de pieles.

—La próxima vez irrumpirán en el castillo —dijo—. Y vendrán a buscarme con horcas y cuchillos.

Pattern la consoló lo mejor que pudo.

—He descubierto, aunque no puedo probarlo a ciencia cierta, pruebas que apuntan a que lo que les ha sucedido a los niños en los campos ha sido obra del hombre. Tan pronto como la gente se dé cuenta, volverán a mostrarse razonables.

Expuso sus descubrimientos, pero Eleri apenas la escuchaba.

—Sí, sí —dijo con impaciencia, quitándose las pieles de encima—. Ya te he dicho que fue mi tío. No entiendo por qué has tenido que salir a vagabundear por el campo para enterarte.

—Pero estoy casi segura de que los niños desaparecidos están vivos. Tu tío no es lo bastante malvado para matarlos. ¿No crees que son buenas noticias?

—Pero sí que planea asesinarme a mí. ¿Cómo iba a acceder al trono si no? —Eleri se quedó mirando a Pattern—. ¿Sabes lo que les sucede a las

doncellas que son ofrecidas al dragón? Las visten de blanco y las conducen en una procesión solemne hasta una explanada de tierra baldía en lo alto de las montañas. Y allí las encadenan a una roca y las dejan para que el dragón las despedace: me pregunto cuántos pedacitos míos dejará mi tío como prueba de mi destino. Quizá un dedo, quizá un pie. O un ojo.

Pattern contuvo un escalofrío.

—No llegaremos a eso —dijo con firmeza—. Encontraremos a los niños raptados y probaremos que el dragón no es el culpable. Entonces el país se unirá para hallar la forma de terminar con la bestia definitivamente. Con todos los avances tecnológicos de los últimos años, estoy segura de que algo podrá hacerse. Con el armamento moderno...

—Las armas rebotarán en la criatura. La piel de dragón es prácticamente una armadura.

—Entonces podríamos intentarlo con gases venenosos. O usar explosivos para volar su guarida.

—¡Pero mi castillo saltará por los aires con él!

—Siempre puedes construir uno nuevo. —Algo bien diseñado y moderno, pensó Pattern, con la mitad de escaleras y habitaciones decentes para la servidumbre—. Explícame una cosa: el príncipe Leopold ya es rico e influyente, ¿por qué tiene tanto interés en robarte el trono? No dudo de sus motivos —se apresuró a añadir—. Solo pretendo comprenderlos mejor.

—Bueno, tiene ansias de poder, como todos los tiranos. Pero también es codicioso como cualquier hijo de vecino. Perdió un montón de dinero cuando invirtió en una empresa absurda para impulsar la producción de porcelana, y otro tanto al ampliar su finca en el campo. Por tanto, ni es tan rico como solía ser, ni es la mitad de rico que cree que debería. Su gran ambición es ir a fanfarronear por las cortes reales de Europa, matando a los pobres monarcas de aburrimiento con historias de sus malditos jarrones. Como gran duque podría hacerlo, pero como un príncipe pobretón no tiene muchas opciones.

Pattern se frotó la nariz, pensativa.

—¿Está su finca en el campo alejada de su refugio de caza?

—Oh, sí. Está en las montañas del norte, que son más escarpadas aún que las de aquí y están cubiertas de nieve la mitad del año. Pero el refugio está en el bosque junto a la ciudad termal de Baños de Llanotto, a unos cincuenta kilómetros de Elffinheim. Solo he estado una vez allí, cuando mi padre aún

vivía, pero mi tío va a menudo. Le gusta matar animales casi tanto como manosear jarrones.

—Me he enterado de que su refugio está cerrado y ha despachado a sus sirvientes.

A Pattern se le había ocurrido que, si el príncipe Leopold quisiera reproducir un dragón, necesitaría un cuartel general apto para tal fin. Sus aposentos en el castillo eran un hervidero continuo de amigos y compinches, sirvientes y pedigüños. Una casa vacía en mitad de un bosque era mucho más práctica.

Le expuso su razonamiento a Eleri.

—Si pudiéramos estar seguras de que el príncipe no está en el refugio, podríamos ingeniárnoslas para echar un vistazo. Quizá los niños raptados estén allí prisioneros. Quizá encontremos otras pruebas de sus fechorías.

—Desde luego, merece la pena intentarlo. —Aunque Eleri no parecía demasiado esperanzada—. ¿Sabes, Pattern? Si el dragón despertara, me entregaría a él. Tengo muchísimo miedo a morir y no me gusta mucho la gente, pero sé cuál es mi deber. No me quedaría sentada si el pueblo estuviera siendo masacrado en el campo.

Ante esto, Pattern no supo qué decir. Intentó reconducir la conversación a asuntos más prácticos.

—El complot del príncipe...

—El complot del príncipe podría tener éxito —dijo Eleri en tono monocorde—. De manera que, si no encontramos a los niños u otra prueba de los crímenes de mi tío, debo acudir a él y entregarle la corona por voluntad propia, así él dará otra explicación de los supuestos ataques.

—¿Te refieres a... a abdicar?

Eleri se encogió de hombros.

—Bueno, mejor eso a que me corten el cuello para aplacar al dragón... sea imaginario o real. En cualquier caso, debo ser la digna duquesa de Elfinburgo hasta el final.

Aquella noche, Pattern soñó con el dragón. Soñó que se levantaba de su lecho y se deslizaba por un estrecho pasadizo en la roca. Soñó que estaba junto a la reja de hierro y veía dormir al monstruo.

En su sueño, metía la mano entre los barrotes y acariciaba las escamas oxidadas de la criatura. Se impregnaba de su calor y su cuerpo entero palpitaba con él, mientras los huesos le temblaban al ritmo de los latidos del corazón de la bestia.

—Niña —dijo—. Extraña de una tierra extranjera. Ahora he saboreado tu aroma y, aunque esté muy cansado, vuelvo a sentir un hambre antigua. Oigo una nueva llamada.

Entonces abrió los ojos y esta vez no estaban cubiertos por una pátina somnolienta, en ellos había furia y fuego candente como el núcleo del sol, y el borde era tan negro como la noche eterna.

CAPÍTULO 14



Nunca olvides que a tus jefes les gusta que las cosas se hagan a su modo.

J. BULCOCK,
Los deberes de una primera doncella



Al igual que le ocurría a una primera doncella, una gran duquesa tenía que justificar cómo pasaba el tiempo. Tomarse unas horas libres era una cosa, pero un día entero era otra muy distinta, para eso necesitaba la autorización de su tutor e ir acompañada de una carabina. Así, Eleri solicitó el permiso de su tío para viajar a la finca de los Von Bliven y presentar sus respetos al heredero de su madrina.

El príncipe Leopold estaba muy atareado dándose las de importante, ya que solo faltaban cinco días para el baile del príncipe Elffin y se había encargado de organizarlo todo él solo. Ya fuera porque estaba distraído, reticente o las dos cosas, no le concedió permiso hasta la noche siguiente. Mientras tanto, Eleri y Pattern pasaron una tarde larguísima en una velada musical, donde las damas de la corte cloqueaban y cotilleaban tras sus abanicos, sin parar de lanzar miradas de reojo compasivas y también codiciosas a su monarca. Lo mismo sucedió durante la partida de *whist* previa a la cena. En la galería de los espejos, tan fría y tan brillante como el corazón de un iceberg, se chismorreaba mientras se barajaban las cartas.

—¡Buitres! —masculló Eleri, tan pronto como Pattern y ella se quedaron a solas—. ¡Cuánto tardarán en venir a pelearse por mis despojos! Tengo ganas de marcharme tan lejos y tan rápido que nadie vuelva a alcanzarme nunca más.

Quizá el príncipe Leopold había tenido la misma idea, porque designó como carabina a la más vieja y más desagradable de sus damas de compañía. Lady Agatha Craddock era una dama de hierro con un talante férreo, que no ocultaba lo mucho que le desagradaba que le hubieran asignado una tarea tan tediosa.

Partieron justo después del amanecer en el carruaje de incógnito que la realeza utilizaba cuando viajaba por asuntos privados. El desagrado de lady Agatha solo aumentó cuando, después de dos horas de viaje, se detuvieron para cambiar los caballos en una posada.

—¿La finca de los Von Bliven no queda al oeste de aquí? —señaló, mirando por la ventana con el ceño fruncido cuando volvieron a ponerse en camino.

—Sí —dijo Eleri sin darle importancia—. Pero he decidido que no deseo

ir allí después de todo. El castillo tiene fama de estar en un enclave muy húmedo y hoy me pica la garganta. —Tosió para resultar más convincente—. Es más: recuerdo que mi querida madrina siempre hablaba muy bien de las aguas termales de Baños de Llanotto. Estoy segura de que tomar las aguas me sentará de maravilla.

—¡Baños de Llanotto! ¿Baños de Llanotto? Alteza, lo cierto es que debo protestar. Esto es de lo más inusual. No tiene nada que ver con lo que vuestro tío o yo habíamos pensado...

—No me importa en absoluto tu opinión o la de mi tío —le espetó Eleri—. Puede que no sea mayor de edad, pero sigo siendo la jefa de Estado y visitaré cualquier lugar de mi ducado que me plazca. —Se arrellanó en su asiento—. Pareces un poco alicaída, Craddock. Quizá a ti también te venga bien tomar las aguas. Puede que el rubor regrese a tus mejillas.

Su cochero y cómplice era Franz, el amigo especial de Dilys. La historia que Pattern le había contado era que la gran duquesa quería visitar a un antiguo criado de su padre que no contaba con la aprobación del príncipe Leopold. Aunque Dilys —halagada por esta muestra de confianza real y ansiosa por mostrarse de ayuda— había animado a Franz a que aceptara la tarea, les costó convencerlo. Sopesó la abultada bolsa de monedas que la gran duquesa le había entregado y frunció el ceño.

—Pero, alteza, si el príncipe Leopold se enterase de que he formado parte en esto...

—No se enterará —dijo Eleri con firmeza—. Y si te preguntan, dirás que te limitabas a seguir órdenes y que, a pesar de tus protestas, no pudiste negarte. —Abrió los ojos, suplicante—. ¿Nunca hiciste novillos de pequeño?

Al oír esto, Franz sonrió y los hoyuelos se le acentuaron.

Pattern entendió por qué a Dilys le gustaba tanto.

Y así fue como se encontraron recorriendo los veinticinco kilómetros que les separaban de la ciudad de Baños de Llanotto. No era una ciudad balneario para la alta sociedad como Brecon-Baden, con su hipódromo y sus teatros y su famosa sala de hidromasaje. La frecuentaban sobre todo ancianos y gente corriente, que no estaban en situación de protestar si los baños estaban fríos en lugar de calientes o si el agua mineral tenía un claro sabor a barro.

Condujeron hasta el hotel Royal, un establecimiento oscuro con olor a cerrado decorado con mucha cretona. Pattern entró para pedir una *suite*. Se

presentó como la doncella de lady Agatha, que había llevado a su sobrina inválida a tomar las aguas. El conserje estaba tan ocupado haciendo reverencias y disimulando el polvo mientras le enseñaba sus habitaciones que apenas si se fijó en la gran duquesa, que estaba envuelta hasta las orejas en un gorro y una bufanda, como una inválida.

Lady Agatha inspeccionó sus aposentos con un desdén de hierro.

—No es de extrañar que deseéis que vuestra visita a este antro sea de incógnito, alteza. ¿Qué proponéis que hagamos primero? ¿Vais a tomar los baños de fango o simplemente vais a beberlo?

—Propongo —dijo Eleri alegremente— una buena taza de té preparado a la inglesa. Pattern es una experta en hacer esa deliciosa infusión.

Pattern la miró con inquietud. Pensó que la alegría de Eleri resultaría de lo más sospechosa. No obstante, después de una mañana larga y fatigosa en el camino, lady Agatha no estaba dispuesta a rechazar una bebida.

La mujer comenzó a dar cabezadas tras el primer sorbo de la taza que Pattern le había dado. Inclino la cabeza sobre la mesa y sobre la taza, la echó hacia atrás con resolución y luego volvió a dejarla caer. Y otra vez. Comenzó a cerrar los ojos. Parpadeó rápidamente, le dio otro sorbo al té para mantenerse despierta... y continuó bebiendo hasta que se durmió. Cinco minutos después, roncaba a pierna suelta en la silla.

Después de una pausa un tanto tensa, Eleri se acercó de puntillas y le tiró de la nariz. No reaccionaba.

—¿Qué diantres le has dado?

—Es un nuevo somnífero en el que he estado trabajando —repuso Pattern con orgullo—. Es licor De Quincey mezclado con elixir de Leteo de Hargreave y algunas mejoras mías. Según mis cálculos, debería pasarse la tarde durmiendo.

Dejaron una nota para lady Agatha por si se despertaba antes de que regresaran, que decía que la señora y su doncella estaban paseando por la ciudad y que esperaban que hubiera descansado bien mientras tanto. Franz ya estaba instalado en los establos con una jarra de cerveza. Pudieron escabullirse del hotel y salir a un cobertizo vacío sin ser molestadas. Allí Pattern se puso su vestido estampado más sencillo y ayudó a Eleri a recogerse el pelo bajo un gorro puntiagudo. La gran duquesa se había disfrazado con un

pantalón bombacho, una camisa y una chaqueta de chico que Pattern había hurtado de la lavandería del castillo. Ambas iban equipadas con calzado resistente y bastones para su caminata por el bosque; Pattern llevaba un catalejo.

Vista de cerca, la ciudad no mejoraba. Las únicas personas que había en la calle eran ancianos y enfermos. Las casas alegremente pintadas habían adquirido un tono pastel gastado, las flores se marchitaban en los maceteros colgantes y un edificio de ladrillo con forma de botella gigante escupía humo desde la orilla del río.

—Es el horno de una fábrica de porcelana —dijo Eleri, llevándose el catalejo al ojo—. No sé por qué estará aquí, si la mayoría de nuestra industria alfarera se encuentra al este del ducado. Tengo que viajar allí una vez al año para maravillarme ante sus viejas y mohosas vajillas.

Pattern también estaba extrañada. Sacó su mapa de caminos del bosque y observó la masa ondulante de árboles que se extendía por el valle. El verano había terminado y las hojas resplandecían con tonos bronceos y cobrizos. En algún lugar en lo más profundo del bosque estaba el refugio de caza del príncipe. Pero no podía dejar de mirar el horno en forma de botella.

Un poco más allá, llegaron a una tienda de comestibles y entraron a comprar provisiones para su expedición. Después de intercambiar saludos con la anciana vendedora, Pattern se aventuró a preguntar:

—La fábrica junto al río... parece que ha sido construida hace poco, ¿verdad?

—Oh, sí. La instalaron el año pasado. Pero si tu hermano y tú buscáis trabajo, me temo que no estáis de suerte. El dueño es extranjero, al igual que sus trabajadores. Son orientales, me parece. Se alojan allí y casi nunca se les ve fuera de la fábrica, no hablan ni inglés ni mucho menos elfinés. Tenemos que entregarles un pedido esta tarde, pero será su cochero el que venga a recogerlo, apenas si nos ha dirigido dos o tres palabras en todo este tiempo.

—Pero un dueño extranjero necesitaría una licencia especial que solo concede la gran duquesa —exclamó Eleri.

—Tienen un permiso real del príncipe Leopold, supongo que será lo mismo.

—¡Leopold! ¡Ja! Debería...

Pattern le propinó un codazo a Eleri en las costillas. No obstante, la

vendedora había continuado con su cháchara sin darse cuenta. El príncipe era un caballero muy afable y a menudo pasaba por la ciudad antes de dirigirse a su refugio de caza. El invierno pasado había ido a tomar el té al hotel Royal y había inaugurado el bazar navideño.

—La gente se preocupó cuando comenzó la construcción de la fábrica, sobre todo cuando nos enteramos de que no habría trabajo para nosotros. También nos preocupaban los efectos del humo en la salud y el sosiego de nuestros visitantes. Pero el príncipe lo ha arreglado todo con el dueño. Va a utilizar los impuestos que se recauden con la fábrica para restaurar la ciudad. Como él dijo, con un poco de inversión, podríamos convertirnos en un lugar tan elegante como Brecon-Baden. ¿Y por qué no? Nuestras aguas son igual de saludables, nuestra situación también es pintoresca. Sí, hay grandes planes para Baños de Llanotto. Regresad en un año y seguro que no nos reconocéis. —Entonces bajó la voz—: Siempre, claro está, que se resuelvan los actuales problemas de Elfinburgo.

Eleri le tiró a Pattern de la manga. Tan pronto como salieron de la tienda, estalló.

—¡Podemos olvidarnos del refugio de caza! ¿No lo ves? La fábrica es de mi tío. Tendrá a los niños raptados trabajando allí. Es el lugar ideal para ocultarlos y también explotarlos laboralmente.

Explicó que su padre, el gran duque, había impulsado varias leyes para mejorar el salario y las condiciones de trabajo en las alfarerías, y que en la actualidad era ilegal emplear a niños menores de trece años. Antes, muchos enfermaban por la tos del alfarero, una afección pulmonar que afectaba en especial a los pequeños.

—¡Pobres chiquillos! Yo misma los liberaré de su prisión. Imagínatelo, Pattern: seré aclamada como su salvadora mientras mi tío cae en desgracia para siempre. ¡Haré que lo juzguen por alta traición y rapto y por violar las leyes laborales!

—Pero ¿cómo vamos a entrar? La vendedora nos ha dicho que casi nadie entra ni sale.

—Salvo por el carro de reparto, recuerda. ¿No lo ves? Podemos construir nuestro propio caballo de Troya con su compra.

Eleri se asomó apresuradamente al patio que había detrás de la tienda. Pattern la siguió más despacio. En efecto, cuando echaron un vistazo por

encima de la tapia, vieron a un muchacho que cargaba conservas, lonchas de tocino y otros enseres en un carromato cubierto.

—Todo encaja a la perfección —se jactó Eleri—. Esto es más que una mera coincidencia. Es una señal de que por fin va a cambiar mi suerte.

El hombre desapareció en el interior de la tienda para recoger el resto de la carga. Antes de que Pattern pudiera detenerla, Eleri se coló en el patio rápidamente y saltó a la parte trasera del carro. Le hizo señas a Pattern para que la siguiera. Pattern negó con la cabeza y le hizo gestos a Eleri para que saliera. Eleri frunció el ceño y se puso a hacer más aspavientos. Y así, Pattern, que no se había librado todavía de la costumbre de obedecer, acudió junto a la gran duquesa en su escondite entre sacos de patatas y cebollas, donde se taparon la cabeza con un trozo de lona.

—No creo que esto sea nada sensato —susurró—. Incluso si no nos descubren y conseguimos entrar allí, estaremos atrapadas dentro sin ninguna protección ni forma de escapar.

—Bueno, pues yo creo que es un plan excelente, y estás molesta porque no se te ha ocurrido a ti —siseó Eleri—. Y, en cuanto a nuestra defensa, también te llevo la delantera. ¡Mira! —Se abrió la chaqueta y le enseñó la empuñadura de una pistola que llevaba al cinto—. Era de mi padre y él me enseñó cómo utilizarla. Como él, estoy segura de que soy una excelente tiradora.

Pattern se sintió aún más alarmada. Pero antes de poder protestar, oyeron que alguien salía al patio y le dirigía unas palabras titubeantes con mucho acento a la vendedora. Discutieron brevemente por el pago y abrieron varios sacos para inspeccionarlos. Pattern apenas se atrevió a respirar durante todo el proceso. Eleri le apretó la mano sudada con fuerza. Pero nadie reparó en ellas. Unos minutos después, colocaron el toldo de lona, el carro emprendió la marcha y se alejaron traqueteando de la ciudad por el camino en dirección al río.



CAPÍTULO 15



La falta de honradez rara vez pasa desapercibida.

J. BULCOCK,
Los deberes de una primera doncella



El plan de Eleri, si es que podía definirse así, comenzó bien. Después de unos incómodos veinte minutos saltando entre patatas, oyeron abrirse unas puertas y el trote del caballo por un patio adoquinado lleno de movimiento y ruidos. El carro dobló una esquina y los sonidos se alejaron.

De inmediato, alguien deshizo los nudos de la cubierta de lona. Un rostro chino apareció.

—¡Arriba las manos!

La gran duquesa salió disparada entre los víveres apuntándole al hombre a la frente con la pistola.

Su objetivo parecía más perplejo que asustado. Miró a su alrededor, desconcertado y parpadeando, mientras Eleri bajaba del carro, sin que le temblara el pulso en ningún momento.

—¡Las manos en alto! ¡Arriba..., así! ¡Arriba!

Lentamente, el caballero chino hizo lo que le pedían, con la misma cara de perplejidad y cortesía.

Estaban en una especie de callejón entre la pared exterior de la fábrica y un almacén. Las puertas estaban abiertas para la entrega y una carretilla esperaba a ser cargada. No se veía a nadie más.

—Pattern, ata al prisionero. Será mejor que lo amordaces también.

—Lo siento mucho, señor —murmuró Pattern, metiéndole al hombre en la boca un trozo de lona rasgada y asegurándose de que tenía las manos bien atadas con cordeles de los sacos de provisiones. Terminó los nudos con un buen lazo—. Espero que no tenga que soportar las molestias por mucho rato.

Mirar fijamente era de mala educación, pero Pattern no había visto nunca a ningún chino, salvo en un cartel en un teatro londinense que anunciaba las proezas del mago Foo Ping-Ting, «Hechicero imperial de Oriente». Este hombre parecía tan corriente que resultaba decepcionante. No tenía coleta, ni ropajes de seda ondulante ni un sombrero puntiagudo, además vestía igual que cualquier trabajador de una fábrica.

El hombre miró de manera furtiva hacia el callejón, donde el caballo esperaba junto al carro. Quizá esperase a alguien. En cualquier caso, no

tardarían mucho en interrumpirlos. Pattern sabía que se encontraban en desventaja y se sentía frustrada por haber sido arrastrada a este plan disparatado en contra de su voluntad.

Eleri, por su parte, no tenía dudas. Todo se desarrollaba según lo previsto.

—¡Vayamos a reconocer el terreno enemigo!

La despensa era uno de los almacenes. Empujando a su prisionero con la pistola, Eleri lo condujo entre sacos de sal, arena y otros materiales necesarios para la alfarería hasta una puerta de metal robusta al final del edificio. A diferencia de las otras, estaba cerrada con llave.

—¿Y qué tenemos aquí? Quizá sea una celda de castigo. —Agitó el juego de llaves que le había quitado de la cintura al prisionero—. ¿Cuál es? —exigió saber.

Su expresión era tan fiera que el hombre no dudó mucho en señalar con un movimiento de la ceja la llave correcta. A decir verdad, Pattern no esperaba encontrar nada más extraordinario que otro almacén de suministros, pero la puerta daba a un pequeño taller lleno de barriletes de madera y cajones marcados con símbolos chinos. En las estanterías había lajas de pizarra y platos llanos de arcilla, y también vieron un banco donde había un mortero. En unos ganchos de la pared colgaban unos cubos de cuero llenos de arena. Atufaba a huevo podrido: el mismo olor a azufre que Pattern recordaba del cráter en Caer Grunwald.



—No estoy segura —dijo, tragando saliva—, pero es muy posible que estos barriletes contengan explosivos. Este no es un lugar seguro para nosotras. Hay que regresar con una orden de registro, con hombres armados, con las autoridades competentes.

—Sí, pero ¿qué hay de los niños? —preguntó Eleri con impaciencia—. No podemos marcharnos sin haberlos visto siquiera.

Cerró la puerta de la habitación de los barriletes y retrocedieron con su prisionero por donde habían venido hasta la ventanita de la despensa. En el exterior, otros hombres chinos iban de acá para allá a toda prisa, descargando y cargando arcilla para el horno. Este, con su boca abierta y llameante, le trajo

a Pattern a la mente un pensamiento incómodo: el dragón. Los hombres que estaban más próximos a ellas tenían la cara quemada y enrojecida del calor.

Eleri se llevó el catalejo al ojo y examinó los almacenes y talleres de ladrillo rojo apiñados más allá del patio del horno.

—Los niños estarán en la sala de sellado, espero —dijo ella—. Como los humos del esmaltado de plomo son muy nocivos, los trabajadores más veteranos la evitan. O los tendrán trabajando cortando moldes. Tienen los dedos pequeños y son muy diestros con las tijeras.

Pattern comenzaba a sentirse exasperada.

—Dondequiera que los tengan, estarán encerrados bajo vigilancia.

—No importa. Nosotras tenemos un rehén. Si no nos dice dónde están los niños, lo pasaremos a punta de pistola y exigiremos que nos lleven ante ellos.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Esto no es un campamento de vacaciones! ¡Volved al trabajo!

Era un elfinés grande y enfadado vestido de capataz. Se paró a observarlos con más atención.

—Un momento... Vosotros no sois de aquí. ¿Quién demonios sois y cómo diantres habéis entrado?

De inmediato, Eleri interpuso al prisionero ante ellas y el hombre.

—¡Retrocede o disparo!

Pero el capataz se rio a carcajada limpia.

—Venga ya. Solo es el intendente, podemos reemplazarlo por otro con facilidad. —Eleri le clavó la pistola en el costado al desafortunado intendente y este soltó un alarido, pero su turbación era evidente.

El capataz avanzó hacia ellos, pasándose una porra de una mano a otra. La cara, rolliza y colorada, le brillaba de pura satisfacción.

—El allanamiento es un delito, amigo, y el espionaje industrial es aún más serio. O quizá tú y tu amiga solo queríais cometer robo a mano armada. Sea como sea, estáis en apuros...

Pattern asió el brazo de una carretilla y cargó contra él, empotrándosela al capataz en las rodillas con todas sus fuerzas.

Cogido por sorpresa, el hombre se tambaleó y casi cayó al suelo.

—¡Corre! —gritó ella.

Las dos chicas salieron disparadas por el callejón. Desembocaba

directamente en el patio asfixiante lleno de humo del horno. Se deslizaron por los adoquines, tropezando con carretillas y trabajadores, mientras el capataz las perseguía.

—¡Deteneos! No hay salida. Las puertas están cerradas.

—¡Tú eres el que está atrapado! —replicó Eleri—. No escaparás a la justicia. Soy la gran duquesa: ¡soy intocable!

Quizá fue una suerte que su bravuconada se perdiese en la confusión general.

Pattern y ella atravesaron disparadas la puerta más cercana y accedieron a una habitación repleta de tinajas de arcilla líquida y aguada y a otra donde resonaban las prensas mecánicas; luego atravesaron un taller lleno de hombres que trabajaban en tornos de alfarero. Allí fue donde casi se chocan con un par de niños harapientos que se tambaleaban bajo el peso de unos moldes de yeso pesados. Tenían el rostro pálido y hundido y los ojos enrojecidos.

—¡Tenías razón! —exclamó Pattern—. ¡Y mira allí arriba!

Otra cabecita rubia asomaba por una ventana con barrotes en un patio exterior. Pero no había tiempo para detenerse, no había tiempo de preguntas. Tenían que concentrar todas sus energías en la fuga, mientras huían entre un complicado laberinto de edificios altos de ladrillo, con poca visibilidad y tosiendo por culpa de las nubes de polvo de arcilla que impregnaban el aire. Una campana dio la voz de alarma. Dos guardias chinos se unieron al capataz.

Al doblar otra esquina se encontraron ante una oficina con un cartel de «Dirección» de la que emergió otro elfinés. Era más bajo y más pulcro, con una barbita afilada.

—¿Qué significa este alboroto?

—¡Fuera de mi camino! —gritó Eleri, apuntando con la pistola mientras lo apartaba de un empujón.

Tirando de Pattern, atravesó otra serie de puertas y llegaron a un almacén lleno de estantes con piezas de cerámica listas para su venta. Los pasillos rebosaban de cajas de embalaje. Esta vez, no obstante, no había salida. Estaban atrapadas.

El capataz rollizo avanzó, sonriendo, flanqueado por los dos guardias.

—Si os entregáis ahora, intentaremos no romperos demasiados huesos.

—¡Tendrán que pagar todos los daños! —farfulló el caballero barbudo,

que iba a la zaga.

Pero Eleri no había terminado. Tenía la mirada encendida. Acalorada y jadeando, cogió la primera pieza que tenía a mano —una urna de loza negra profusamente decorada al estilo romano— y la arrojó al suelo. El estrépito resonó en todo el almacén. El caballero barbudo agitó el puño.

—¡Serás bárbaro! ¡Son obras de arte valiosísimas!

Eleri soltó una carcajada.

—¡Pues ya no lo son!

A continuación, eligió una fuente floreada tan grande como la rueda de un carro y se la arrojó a sus perseguidores, quienes tuvieron que agacharse para cubrirse cuando se deshizo en pedazos tan afilados como cuchillas. Pattern la siguió como pudo cuando ella echó a correr por los pasillos sin dejar de romper, quebrar y destrozar a su paso. Vasijas y vajillas, teteras y soperas: todo fue reducido a pedazos. Se armó un estruendo de mil demonios.

—¡¡Que alguien pare a ese loco!! —aullaba el caballero barbudo—. ¡Cueste lo que cueste!

Entonces fue cuando el capataz sacó su pistola.

Pattern le tiró a Eleri del faldón de la chaqueta.

—Tienes que parar; para, por favor. ¡Va a disparar!

Pero Eleri no parecía escucharla. Estaba desbocada, parecía poseída. Giró por otro pasillo y arremetió contra sus perseguidores, mientras les lanzaba vajillas de gala a modo de misiles.

—Esperad, no lo comprendéis —trató de razonar Pattern con ellos—. Es la gran...

No sirvió de nada. Ante la mirada espantada de Pattern, el capataz levantó la pistola y apuntó.

—¡No!

Un hombre apareció de la nada, echó a correr y embistió a Eleri, derribándola contra la pared. La bala silbó a su paso, rozando el hombro del desconocido.

—Cielos, eso ha estado cerca —comentó, con un ligerísimo temblor en la voz.

Era Madoc.

CAPÍTULO 16



No hay nada más valioso que una confesión sincera.

J. BULCOCK,
Los deberes de una primera doncella



—Traedme los grilletes —ordenó Madoc—. Pero no os acerquéis. Yo me encargo de esto.

No era más que un ayuda de cámara, pero aquí, en la fábrica de su señor, tenía una nueva autoridad. El capataz y el encargado barbudo protestaron airadamente, pero hicieron lo que les había ordenado.

—Confiad en mí y os sacaré de esta, alteza —susurró, mientras esposaba a Pattern y Eleri.

A la gran duquesa le habían abandonado las fuerzas, aunque, gracias al eficiente peinado de Pattern, continuaba con el pelo recogido bajo el sombrero y su disfraz parecía intacto. Protestó débilmente.

Con las intrusas a buen recaudo y las cadenas de sus grilletes en la mano, Madoc se giró hacia sus compinches.

—Mi señor querrá ocuparse de esto en persona. Le llevaré directamente a estos sinvergüenzas, para que haga con ellos lo que considere oportuno.

—La verdad es que no sé cómo... —balbuceó el caballero barbudo.

—¿Cómo un par de granujas se han saltado tu seguridad con tanta facilidad? Es una buena pregunta. —Madoc examinó la chaqueta rasgada y se manchó los dedos de sangre. La miró con desagrado. Por lo demás, estaba tan pulcro como siempre, con el resplandeciente cabello claro y perfectamente peinado—. Estoy seguro de que mi señor arderá en deseos de saber cómo explicas una metedura de pata de tal calibre. Te sugiero que regreses a tu despacho y te encargues de redactar un informe completo. —Observó los destrozos con cara de hastío—. Y pon un poco de orden aquí. Necesitaremos un inventario de las pérdidas de hoy.

Todo sucedió muy rápido. Madoc arrastró a las dos prisioneras por la fábrica y salió al exterior, directo a un carruaje que les esperaba. Dio instrucciones al cochero para que continuara por la carretera hasta llegar al abrigo del bosque, donde el vehículo se detuvo en un rincón apartado. Contuvieron la respiración hasta perder de vista la fábrica. Entonces, Madoc les quitó los grilletes.

—Perdonad la farsa, alteza. Tenía que resultar convincente —se detuvo—. Pero vuestra farsa ha sido mucho más arriesgada. ¿No os dais cuenta del

peligro que corríais, sola e indefensa en un lugar como ese?

—Lo sé. —Eleri bajó la cabeza—. Ha sido una insensatez. A Pattern tampoco le parecía bien y no la escuché. Pero estaba cansada de estar sentada sin poder hacer nada, esperando a que otros decidieran mi destino. Y, de pronto, en ese almacén, rodeada de todas esas cosas valiosas, frágiles y absurdas... No sé lo que me entró. Pero, si iba a ser lo último que hiciera antes de morir, estaba decidida a disfrutarlo. ¡Y vaya si lo he disfrutado!

—Ya veo. —Madoc se giró hacia Pattern con una ceja enarcada—. Y bien, señorita Pattern, ¿cómo progresa su lectura? Quizá le haya cogido el gusto a los cuentos de hadas. Puede que ahora esté interesada en princesas prisioneras y en sus malvados tíos, y en los monstruos que acechan en la oscuridad.

A Pattern no le tembló la voz.

—Si el príncipe Leopold es tan malvado, entonces ¿por qué trabajas para él?

—Eso —dijo Eleri, irguiéndose—. Pensé que tenías el corazón tan negro como él, pero aquí estás, arriesgando tu vida por salvar la mía. No comprendo nada.

—Yo tampoco lo comprendo del todo. —De repente, Madoc parecía muy cansado—. Lo cierto es que no soy lo que se dice un buen hombre y trabajar para el príncipe me ha hecho peor persona. Supongo que me hundí en el fango poco a poco, quizá a él le pasara lo mismo. Una pequeña diablura condujo a otra mayor, así hasta que los dos nos adentramos tanto en la maldad que ya no había vuelta atrás —suspiró y cerró los ojos un momento—. Por eso debo confesaros todo. Estaba en la fábrica siguiendo órdenes de mi señor, para transmitir sus instrucciones y revisar las cuentas, pero tenía planeado continuar mi viaje hasta la frontera. Mi intención era abandonar el ducado esta misma noche para siempre.

Ambas lo miraron fijamente.

—He falsificado documentos con una nueva identidad. He sobornado al cochero. Mis bienes terrenales, todo cuanto poseo, van en este carruaje. Entre ellos se incluyen varias fruslerías muy caras que le he robado a mi señor, el príncipe. Veis que no solo soy un sirviente y un criminal, también soy un traidor.

—Y además un cobarde —contestó Pattern con aspereza—. Sea cual sea el lío en el que estés metido, nos dejas a todos los demás en la estacada. —

Resultaba difícil creer que alguna vez se hubiera sentido impresionada por ese tipo. Siempre le había parecido un hombre íntegro y firme. Ahora se le veía desaliñado y derrotado.

Eleri se inclinó hacia delante y lo tomó de la mano.

—Madoc, debes saber que no puedes abandonar el país en este momento. Tienes que quedarte para redimirte. Sean cuales sean los crímenes que hayas cometido, todos te serán perdonados, tienes mi palabra. No podemos dejar que esos pobres niños sigan trabajando como esclavos en esa horrible fábrica. No podemos dejar que mi tío se salga con la suya. Al menos debes contarme todo lo que sabes de sus planes.

Y así lo hizo. La mayoría de las cosas eran tal y como las habían imaginado, pero Madoc les proporcionó algunos detalles importantes.

—El príncipe sabía que si Elfinburgo creía que el dragón había regresado, no bastaría con dejar un reguero de destrucción. La gente necesitaba creer que habían visto al monstruo con sus propios ojos. Ya había establecido contacto con un agente chino como parte de sus planes para ampliar su negocio de porcelana. Los chinos son, claro está, famosos por la excelencia de estas figuras, pero son igualmente conocidos por su talento para la pirotecnia, así fue como el príncipe tuvo la idea de crear un dragón de fuegos artificiales.

»Llevar a los niños raptados a trabajar a la fábrica le permitía resolver dos problemas de un plumazo: se deshacía de las supuestas víctimas del dragón y reducía los costes laborales. Todos los trabajadores adultos son chinos, reclutados de la fábrica de porcelana del propio emperador, lo que supone cierto gasto. El príncipe no podía confiar en que su secreto estuviera a salvo si los empleados eran locales.

—Ahí no solo guarda jarrones. Hemos visto también un alijo de explosivos —dijo Pattern.

Madoc sonrió.

—Los chinos fabricaban pólvora cuando nuestros antepasados vivían medio desnudos en chozas de barro. La pirotecnia es una ciencia y un arte al mismo tiempo, y se puede emplear para sembrar el terror, sobre todo entre las gentes sencillas que ya temen por sus vidas.

—No son los únicos —dijo Eleri, con intensidad.

—Creedme, alteza, vuestra vida nunca ha peligrado. Vuestro tío será muchas cosas, pero no es un asesino.

—¿Entonces cómo pretende que su dragón de fuegos artificiales me despache?

—Hay un sanatorio privado en Suiza —respondió Madoc a regañadientes—. Un lugar pequeño y muy discreto para aquellos que sufren enfermedades de la mente. Tiene intención de secuestraros e ingresaros allí, de haceros pasar por la hija de un rico industrial inglés: una chica inglesa que se cree de la realeza elfinesa.

—Prisionera en un lugar así, no tardaría en volverme loca de verdad —se estremeció Eleri—. Creo que casi preferiría que me comiera un dragón.

Se hizo un silencio incómodo en el interior del carruaje. Madoc carraspeó.

—Sé que nunca podré redimirme del papel que he jugado en todo esto, alteza. Lo justo es que cargue con la vergüenza de mis actos ahora y siempre. Pero ¿si me permitierais haceros una sugerencia...?

Eleri le indicó que siguiera.

—Solo faltan tres días para el baile del príncipe Elffin. Asistirá la flor y nata del ducado. Es tradicional que la gran duquesa se dirija a sus invitados y que rinda honores a los allí presentes y a la gloria de la nación.

—Sí, tengo que hacer el mismo tipo de discurso todos los años y es de lo más tedioso.

—También es la oportunidad ideal para desenmascarar a vuestro tío: en público, rodeada de gente de renombre. No se atreverá a atacaros en un contexto así y los asistentes os tendrán que escuchar.

—¡Una emboscada! —Eleri se animó visiblemente.

—Su alteza necesitaría pruebas —advirtió Pattern—. Sin duda, los secuaces del príncipe en la alfarería se estarán preparando para ocultar a los niños raptados en otro lugar y borrar todo rastro de los explosivos.

—Haré lo posible para evitar que el príncipe se entere de vuestro asalto a la fábrica, y también os puedo proporcionar pruebas —dijo Madoc—. Solo necesito algo de tiempo, eso es todo. —Al igual que a la gran duquesa, parecía que el plan también le hubiera dado energías a él—. El príncipe y sus cómplices suelen reunirse en el refugio de caza para trazar sus planes. Cuando se encuentra en la corte, el lugar está cerrado a cal y canto y vigilado por su guardia privada. Pero a veces me envía para hacer algún recado; allí será donde busque pruebas para poder construir una acusación sólida contra él. Debo desenterrar su correspondencia con su agente chino y el director del

sanatorio en Suiza. Habrá recibos de los fuegos artificiales y los salarios de los trabajadores extranjeros. Y, si accedéis, os los haré llegar a través del cochero, Howell. Él tiene más razones que nadie para odiar al príncipe, ya que Leopold echó a sus padres de su granja para ampliar su finca y los dejó en la calle.

Estaba haciéndose de noche cuando Eleri y Pattern se separaron de Madoc y emprendieron, exhaustas, el camino de regreso a Baños de Llanotto. Después de volver a ponerse su ropa habitual, se encontraron con lady Agatha consciente y espabilada, dando vueltas por la habitación, enfurruñada. Estaba claro que sospechaba que se la habían jugado, pero no tenía manera de demostrarlo y era perfectamente consciente de que, si el príncipe descubría que su protegida se había escapado, la tomaría por estúpida en el mejor de los casos y por negligente en el peor. Disfrazó su malestar de preocupación por la salud de la gran duquesa.

—Si estáis constipada, alteza, no deberíais haber salido tanto rato. Podríais haber pillado una pulmonía. Además, corren tiempos extraños y amenazantes. ¿Quién sabe con qué peligros os podríais haber encontrado?

Eleri era la viva imagen de la inocencia.

—¡Dios mío, qué imaginación tan grande! Hablas de Baños de Llanotto como si fuera un hervidero de radicales y revolucionarios.

El camino de regreso al castillo se les antojó mucho más largo que el de ida. Pattern cayó en un sueño intranquilo. Volvió a soñar con el dragón, aunque esta vez la criatura estaba envuelta en nubes de humo sucio de las que surgía una lengua viperina.

—¡Pattern!

Esta se despertó sobresaltada. Eleri le sacudía el brazo.

—¿Qué es eso que farfullas?

—Yo... No lo recuerdo, alteza. Era un sueño, lo siento.

Agotada, se giró hacia la ventana para ver por dónde iban, cuando atrajo su atención una columna de humo rojinegro en el horizonte. Lady Agatha y la gran duquesa pronto repararon en él. Una lejana espiral de humo se inclinaba y avanzaba, sinuosa y poderosa, mientras el cielo a su alrededor brillaba con un resplandor rojizo. Entonces, un rayo furioso lo iluminó todo, una cascada de fuego atronadora y aguda que despedía destellos ardientes en mitad de la

noche. ¿Estaría hecha de humo, de sombras o de escamas esa forma negra y serpenteante? No se parecía en casi nada a la verdadera bestia bajo el castillo. Pero, en la oscuridad, resultaba fácil imaginar que en el cielo bullía un ser monstruoso.



Franz fustigó a los caballos y el carruaje se alejó a toda velocidad de aquella visión. A pesar de estar impresionada, lady Agatha no pudo reprimir un gesto de satisfacción cuando volvió a reclinarsse en su asiento.

—Toda precaución es poca, alteza —dijo—. Un poder oscuro se ha alzado y ha puesto en su mira la casa de Elffin.

CAPÍTULO 17



Procura dedicar cada minuto a mejorar en aquellas cosas que peor se te dan y practicar aquellas con las que no estás suficientemente familiarizada.

J. BULCOCK,



En otras circunstancias, Pattern habría disfrutado con los preparativos del baile del príncipe Elffin. Toda la alta sociedad del gran ducado estaba invitada, haciendo que, a su lado, el banquete de Estado pareciera una nadería. Las cocinas del castillo se emplearon a fondo con los preparativos de la cena bufé, y estos pusieron a prueba a todos los pasteleros y reposteros locales. Las dos peluqueras de moda estaban al límite de sus posibilidades y la noche del baile no se encontraba carruaje en las casas de posta ni por todo el oro del mundo.

En los entresijos del castillo, los sirvientes se afanaban aún con más resolución. A medida que la hora se acercaba, se volvían cada vez más torpes y gruñones, aunque Pattern nunca se habría imaginado que un servicio tan poco eficiente alcanzara tal grado de actividad.

Colgaron guirnaldas de lucecitas alrededor del patio central y a lo largo de la gran avenida. Un ejército de jardineros surgió de la nada para quitar las malas hierbas, barrer y cortar el césped de las terrazas y los prados. En el interior del castillo, se había levantado tanto polvo después de mucho tiempo sin barrer y sin abrillantar que los cortesanos más ancianos estornudaban y se tambaleaban. Los pasillos del castillo adquirieron un brillo que disipó en gran medida la atmósfera sombría y angustiosa que se había instalado últimamente en él.

Daba la impresión de que el príncipe Leopold estaba en todas partes: en las cocinas, donde preguntaba cómo se aderezaba el pastel de limón; junto a la gran fuente, para señalar una bombilla que faltaba en una tira de luces; en la galería de los músicos, donde debatía los méritos de la *Danse ecossoise* frente a la *Danse espagnuole*. Sus mejillas estaban más sonrojadas que nunca, sus rizos dorados ondeaban aún más. Tenía sugerencias para todo, cumplidos y sonrisas amables para todos.

—¡Señorita Pattern! Parece como si cargara con todos los problemas del mundo sobre los hombros. ¿No le gustan las fiestas? Pero hay música en su corazón, de eso no me cabe duda. ¡Sueña con la música, con el baile, con las burbujas del champán! Espero que su señora le guarde al menos un bombón o

dos.

—Gracias, alteza, pero no me interesan demasiado.

«Me tiene por una niña», pensaba Pattern, «que se puede comprar con algodón de azúcar. Aunque probablemente crea que todo el mundo tiene un precio».

—Mi tío ha convocado una sesión extraordinaria del consejo de Estado el día siguiente al baile —le contó Eleri esa tarde—. Se supone que es secreta, pero todo el mundo sabe que el consejo hablará del dragón. Cuando todos estén cansados y roncós de tanto hablar, entonces será cuando Leopold pase al ataque. El primero en proponer mi sacrificio no será él, sino uno de sus secuaces. Sin duda él se mostrará muy contrario y no escatimará en lágrimas de cocodrilo. Pero ten por seguro que la moción saldrá adelante. Luego la presentarán ante el Parlamento y todo estará perdido.

Habían regresado a la capilla a instancias de Pattern, ya que quería examinar las pinturas murales. No sabía exactamente qué estaba buscando, solo que cualquier información era poca. Se fijó muy atentamente en el cuadro del príncipe Elffin arrodillado junto al fuego, rodeado por diversos objetos extraños.



—¿Qué crees que representa?

—Podría tratarse de una escena de magia antigua que muestre cómo el príncipe dominó al dragón por primera vez —repuso Eleri—. O las imágenes son simplemente alegóricas, ya sabes, símbolos de su personalidad y sus hazañas en lugar de representar hechos reales. —Pasó un dedo por la parte del muro que ocultaba el pasadizo a la guarida del dragón—. Pero, mientras el dragón siga dormido, el enemigo es mi tío. A él no lo podemos combatir con magia, aunque me encantaría convertirlo en una rana bizca.

En eso no le faltaba razón. Pero lo que decía la gran duquesa en sueños y sus inquietantes pesadillas hacían que Pattern se preguntara si sería cierto que

el dragón dormía profundamente. Una corriente hizo temblar la vela que llevaba y la luz bailó sobre los colores desconchados y las burdas líneas del fresco, dotándolos de vida. No lamentó cerrar la puerta de la capilla tras ellas.

Sus únicas fuentes de información eran el *Observador elfinés* —que seguía expresándose a través de alusiones e insinuaciones— y Dilys, quien le contaba las noticias a regañadientes. Dilys estaba muy preocupada por lo que Franz le había contado de su viaje a Llanotto y era obvio que la chica no sabía qué pensar de la conducta de la gran duquesa, ni cómo Pattern estaba tan involucrada en sus asuntos.

Desde que Pattern visitara Caer Grunwald, una multitud se reunía a diario para protestar a las puertas del castillo. Muchos de los parientes de los niños desaparecidos organizaban allí sus vigilias, con la cara sombría y vestidos de luto. Otra multitud había acampado en el exterior del Parlamento. A medida que se aproximaba el baile, ambos grupos habían alcanzado nuevas cotas de indignación. ¡Qué vergüenza que la corte se dedique a celebraciones en un momento así! ¿En qué estaba pensando la gran duquesa?

De hecho, tanto los nobles como la gente de a pie no dejaban de preguntarse si la gran duquesa sería consciente de la amenaza que se cernía sobre Elfinburgo. ¿Sabía cuál era su deber? ¿Estaba preparada para cumplir con él? Seguro que su querido tío intentaría prepararla para cualquier situación. ¿O la protegería del mal lo mejor que pudiera, hasta el último momento?

En medio de tantas conjeturas y de tanta confusión, el mayor consuelo de Eleri y Pattern fue que Madoc había sido fiel a su palabra. Howell, el cochero, ya había hecho su primera visita al castillo y les había entregado un fajo de documentos ocultos en una sombreroera. Hombre corpulento y circunspecto, les prometió una segunda entrega para la mañana del día del baile. A ellas, ante todo, les preocupaba la suerte que habrían corrido los niños encerrados en la fábrica y a qué nueva prisión podrían haberlos trasladado.

Para distraerse, Eleri empleó todas sus energías en confeccionar el discurso con el que desenmascararía a su tío. Tenía la mirada encendida y las mejillas sonrosadas mientras se paseaba por sus aposentos, primero abría los brazos, luego se golpeaba el pecho, a medida que sus acusaciones iban *in crescendo*.

—Creo —le aconsejó Pattern, después de una pausa considerable— que quizá sería mejor mantener a raya tus emociones. No solo debes exponer los argumentos en contra de tu tío, sino demostrar tus dotes de mando. Es comprensible que estés enfadada, pero, ante todo, tienes que ser la voz de la razón.

Después de muchos borradores y ensayos, el discurso de Eleri fue lo suficientemente desapasionado, lógico e implacable para satisfacerlas a las dos. Eleri llamó a Pattern tirana y esclavista, pero admitió que la última versión era mucho mejor que su primer intento.

Cuando no estaba ocupada con el discurso, la principal ocupación de Eleri consistía en estudiar la lista de invitados para identificar posibles aliados y enemigos. El príncipe Leopold había reclutado a personas de todos los estratos sociales para su causa, desde su guardia personal al capataz y el director de la fábrica, pasando por venerables nobles del consejo de Estado. Ellos también tendrían que ser denunciados, prestar declaración y recibir el castigo correspondiente.

—Veo que el clan de los Ap Erwin asistirá. Son mis parientes más cercanos, por eso su hija mayor, mi prima Hilde, sería la siguiente en la línea sucesoria en convertirse en almuerzo del dragón. Sentiría pena por ella si no fuera una mocosa egoísta que le cortó la cola a mi caballito de madera... ¡Quién sabe a quién le deben lealtad lord y lady Prosser!, pero son tan estúpidos que no me importa. Cené con ellos el otro día y Lady P creía que el Danubio era una ciudad de Francia... ¡Ja! No me extraña encontrar al marqués de Neu-Harlech en la lista. Sale a cazar con Leopold y es de los que más le hacen la pelota en el consejo... Y aquí tenemos al honorable Ludwig Jones. Sus padres tienen previsto casarnos desde que estábamos en la cuna. Por lo menos, ellos no me querrán ver muerta...

Pattern observaba a Eleri mientras esta repasaba la lista. Aunque su energía era inagotable, también tenía los ojos sombríos y las uñas muy mordisqueadas. No había vuelto a soñar con el dragón, pero temía que ahora envenenara los sueños de Eleri. En dos ocasiones había acudido a ver cómo estaba la gran duquesa después de que esta se fuera a la cama, y escuchó a la joven suplicar en sueños y luego pronunciar risotadas extrañas y siseos roncós que no parecían humanos. A Pattern le entraban náuseas solo de oír esos ruidos y, durante mucho rato, el temor la infectaba como un virus. Pero, por la

mañana, la gran duquesa nunca recordaba nada.

CAPÍTULO 18



Ten en cuenta que en las fiestas y en los lugares públicos de recreo la familiaridad es contagiosa y puede resultar muy peligrosa para ti.

J. BULCOCK,



El día del baile amaneció inusualmente caluroso. Había sido un verano muy seco y, aunque solo estaban en octubre, los árboles resecos habían comenzado a perder las hojas y la hierba estaba salpicada de marrón. Al regresar de un recado en la ciudad, Pattern contempló el castillo a través de una bruma de calima y le recordó a un queso enorme, amarillento y sudoroso. El tufo a sudor se había instalado en la zona de servicio y se unía a los vapores y olores de la cocina, incluso las damas y los caballeros veían cómo el sudor recubría sus personas por muchos refrescos helados y abanicos que emplearan. No corría ni un sople de aire. Todo el país parecía contener el aliento.

Para los asistentes al baile, los preparativos comenzaban a media tarde. Después de tomar un baño caliente, la gran duquesa se sumergió en agua fría para oxigenarse la piel. Pattern le cortó las uñas y la maquilló con todos los polvos y pociones a su alcance. Le trenzó el pelo, se lo peinó, lo repeinó y se lo rizó. Las dos estaban nerviosas y Pattern, que normalmente era tan diestra y tan confiada, tuvo algún que otro desliz con las horquillas.

Estaba a punto de recolocar un tirabuzón a su gusto cuando dos doncellas entraron en la habitación con una caja grande con lazos de terciopelo.

—Un regalo del príncipe Leopold, alteza.

—¿Qué crees que será? —preguntó Eleri, después de que se hubieran marchado—. ¿Bombones envenenados? ¿Un barril de pólvora?

Pattern sacó un vestido de fiesta blanco y suntuoso, con el canesú bordado con cristales y perlas. Eleri tiró de las mangas con energía.

—Mmm. Podría ser un vestido bomba.

—Por lo que veo, no hay púas en las costuras. Lo mejor sería que te lo pusieras. A estas alturas debes evitar que tu tío sospeche. Y es muy elegante.

Eleri tenía pensado llevar un vestido de satén rosa oscuro confeccionado según la última moda parisina, pero el tejido era más pesado y sería mucho más incómodo de llevar en una sala de baile atestada. Pattern no podía ponerle ninguna objeción a las medidas del regalo del príncipe Leopold, a Eleri le sentaba como un guante. Ya habían seleccionado la diadema más sencilla de la

corona real: una delicada filigrana de diamantes y oro blanco.

Con la diadema en su sitio, Eleri se colocó ante el espejo.

—He de admitir que este hombre tiene mejor gusto para la ropa que para la porcelana. ¿Qué crees, Pattern? ¿Me he convertido en una mujer hermosa, como mi madre? ¿Soy una princesa de cuento?

—Creo que... Creo que parecéis una auténtica heroína, no una princesa sacada de un cuento de hadas.

—Y eso ¿qué significa?

Pattern se lo pensó. Había llegado a la conclusión de que no hacía falta ser especial para vivir aventuras. Cualquiera podía ser la heroína de su propia historia. Sin lugar a dudas, el verdadero heroísmo tenía que ver con el papel que cada una jugaba en la historia de los demás.

—Me refiero a que pareces una líder.

—Entonces intentaré actuar como tal. —Eleri enderezó los hombros—. ¿Está todo listo?

—Lo está.

Gracias a Madoc habían reunido una buena colección de facturas y recibos, listas de nombres y materiales, mapas y diagramas. Parte de la información era fácil de descifrar, otros documentos eran más complejos y tardarían en comprender su relevancia. Pattern había cogido los papeles más incriminatorios, los había doblado todo lo posible y los había ocultado en el forro de su costurero. Durante su conversación en el bosque, Madoc le había revelado la existencia de varias mirillas en las paredes entre los pasillos de la servidumbre y los aposentos del castillo. Desde una de ellas se veía la sala de baile y allí era donde Pattern se apostaría, lista para recibir la señal de Eleri. Entonces saldría y le entregaría los documentos a su señora.

Tradicionalmente, la gran duquesa se dirigía a los invitados a medianoche, justo antes del bufé. Ahora eran las ocho. Las lucecitas de colores parpadeaban en los pinos, las antorchas a ambos lados del pórtico escupían chispas en mitad del aire nocturno. Las velas estaban encendidas y el champán, frío. El castillo estaba listo, y ellas también.

Pattern se marchó antes. Cuando iba a salir de la habitación, Eleri la cogió de la mano.

—Eres mi única amiga, Pattern, pero eres la mejor que podría desear. — Se mordió el labio—. Creo que ya sé por qué la gente tiene tanto miedo, por

qué son tan crédulos y están tan acobardados; porque yo, la gran duquesa, no soy mejor que ellos. Llevo demasiado tiempo enfadada y asustada. Pero tú me has convertido en una joven valiente. Creo que, si he conseguido ser digna de tu amistad, quizá también sea digna de mi país.

A Pattern se le humedecieron los ojos. Quería dedicarle una respuesta tan elocuente como sentida, pero la amistad todavía era un lenguaje nuevo para ella y no supo formular las palabras. Se limitó a sonreír con una reverencia.

A pesar de los acontecimientos trascendentales que les aguardaban, Pattern no era del todo insensible a la emoción del momento. Se detuvo un instante junto a la ventana de la galería superior mientras los primeros carruajes se apiñaban en el exterior y descargaban a sus ocupantes emplumados y engreídos.

—Que den comienzo los juegos.

Con su truco habitual, Madoc había surgido de la nada. Pattern sintió alivio al verlo. No había estado con el ayuda de cámara desde que dejaron Baños de Llanotto. No obstante, él parecía más crispado y la piel se le veía macilenta y enfermiza. Era evidente que la vida como agente doble estaba pasándole factura. Quizá eso explicaba su tono ácido.

—¡Mírelos! ¡Tanta riqueza y tantos privilegios, tanta educación y refinamiento! Pero ninguno es capaz de tener un pensamiento original ni de mostrar ninguna habilidad útil.

—¿Seríamos mejores si hubiéramos nacido con su posición?

—Creo que usted sí que habría sido mejor, señorita Pattern. Hay personas que siempre quieren dar lo mejor de sí mismas y sacar lo mejor de las demás. Pero la vida ociosa es enemiga de cualquier iniciativa. Llegará el día en el que nuestros amos descubran por sí mismos que, debajo de sus oropeles, son unos desgraciados. —Agitó la cabeza con incredulidad y una sonrisa le asomó a los labios—. El nacimiento es un accidente. Pero nos podemos labrar nuestra suerte, y, sabe Dios, señorita Pattern, que esta noche la necesitamos.

El ayuda de cámara prosiguió su camino antes de que ella pudiera responder. En cualquier caso, Pattern nunca sabía muy bien qué contestarle a Madoc. Apretando el costurero contra el pecho, se preparó para ocupar su puesto. Las escaleras traseras resonaban con pasos apresurados, jadeos y maldiciones entre dientes, mientras la gente se abría camino a codazos para atender sus innumerables tareas. No le habían dicho quién había mandado

construir las mirillas y Pattern no sabía cuántos sirvientes conocían su secreto. La que ella usaba estaba concienzudamente escondida, situada en la parte de atrás de un pequeño almacén que daba pared con pared con la sala de baile. Madoc —a través de Howell, el cochero— le había hecho llegar una llave para cerrar el cuartucho por dentro y, aunque apenas había espacio para moverse, había encontrado la forma de pasarse antes a colocar un taburete.

Casi se queda ciega tras echar un primer vistazo por la mirilla. Miles de velas se reflejaban en las paredes de espejo de la sala. Relucían sobre la superficie pulida del suelo, brillaban en las lágrimas de las arañas del techo y centelleaban en las joyas de las invitadas. Sin duda Madoc tenía razón y la mayoría de estas personas se quedaban en nada cuando se desprendían de sus costosos adornos. En cualquier caso, la vista era espléndida.

Se oyó una fanfarria de trompetas procedente de la galería de los músicos, situada bajo el techo. Los murmullos de la multitud cesaron cuando los pajes abrieron las puertas de par en par y, precedida de su chambelán, su alteza real Arianwen Eleri Charlotte Louise, gran duquesa de Elfinburgo, hizo su gran entrada en el baile del príncipe Elffin.



Como un único ser, los allí reunidos se inclinaron para recibir a Eleri

mientras esta se aproximaba a un trono dorado sobre un estrado color carmesí. De fondo había unos cortinajes a juego y la silla real estaba situada bajo un palio del mismo color. Habían dispuesto asientos altos y dorados en otros lugares del estrado, para que el príncipe Leopold y otros cortesanos que desfilaban tras su monarca pudieran acomodarse.

Eleri no solo destacaba por su vestido blanco entre los ricos y resplandecientes tejidos, sino también por el aislamiento de su rango. Parecía muy pequeña, muy pálida y muy tiesa mientras atravesaba la habitación. Después de tomar asiento, los músicos comenzaron a tocar y casi de inmediato volvió a levantarse, pues un joven con dientes de caballo y un fajín amarillo se presentó ante ella. Le tocaba abrir el primer baile. Los invitados ocuparon su puesto para la cuadrilla.

El príncipe Leopold, por lo general un bailarín infatigable, no participó. Estaba hundido en su asiento del estrado, casi en silencio, con el ceño fruncido y mirándose las uñas. Después de hacer los honores con la cuadrilla, un lacayo le ofreció a Eleri un vaso de limonada, mientras el príncipe rechazaba todos los refrescos y evitaba entablar conversación.

Pattern se arrepentía de no haber traído algo de beber. Las horas pasaban y estaba cansándose de estar metida en aquel cuartucho. Tenía las piernas entumecidas, le dolía la espalda de encorvarse para mirar por la mirilla. Después de un rato, se cansó de observar con ojo experto el corte y la tela de los vestidos de las damas y sus peinados. Debía de hacer mucho calor, ya que las pálidas asistentes se veían cada vez más sonrojadas, y hasta las frentes más distinguidas estaban sudorosas. El baile era tan rígido como majestuoso, al igual que las conversaciones. Nadie parecía estar realmente cómodo. El motivo iba más allá de la formalidad del evento o del calor de la noche. Todos estaban pensando en los campos quemados, los niños perdidos, el fuego en el cielo.

Aun así, Pattern se sorprendió cuando la campana del castillo dio las doce. El estruendo de las campanadas se oyó por encima del sonido de los violines, los retazos de charla, los pasos de las chinelas. Al quedarse todo en silencio, Pattern sintió que el cuerpo le temblaba tanto como si estuviera hecho del bronce de la campana.

Tenía la boca seca y las palmas de las manos sudorosas cuando liberó los preciosos documentos de su escondrijo. Miró por la mirilla y observó que

Eleri se levantaba de su asiento y se detenía para tomar un sorbo de limonada. La multitud esperaba expectante. La mayoría ponían cara de estar atentos. Algunos ya disimulaban los bostezos.

—Amigos, compatriotas. Honorables huéspedes. En el día de nuestro fundador es costumbre hablar de las glorias de Elfinburgo. No obstante, este no es el momento. Un grave peligro amenaza nuestra tierra.

«Un grave peligro, pero no el que creéis», articuló de manera inaudible Pattern, oculta tras la pared. Se sabía tan bien el discurso como la gran duquesa. Las dos lo podrían haber recitado en sueños. ¿Por qué a Eleri se le atragantaban las palabras? ¿Y por qué se había detenido? ¿Había podido con ella el calor de la habitación?

—Un grave peligro... pero no... No es... que no es... no...

La multitud se removía incómoda. El rostro de Eleri estaba desprovisto de expresión, los ojos le brillaban. Parecía tambalearse.

—No es lo que yo... vosotros...

Un murmullo preocupado se propagó por la habitación. El príncipe Leopold se levantó y la rodeó con el brazo para sujetarla.

—A mi querida sobrina le ha podido la emoción del momento. Ambos esperábamos y rezábamos para que nunca llegara este momento. Pero debo deciros que hoy su alteza real me ha hecho llamar a sus aposentos y ha confesado que ha recibido la señal.

Exclamaciones y sollozos ahogados.

—Sí —dijo el príncipe, levantando la voz y la barbilla con un gesto trágico pero noble—. Ha oído las voces de sus ancestros. El azote de Elffin ha exigido un sacrificio de sangre y será satisfecho. Por eso la gran duquesa ha decretado que hoy será la noche de su gran sacrificio, para que nuestra querida tierra continúe protegida y en paz.

Mientras la sala estallaba en llantos de pena y aclamaciones, a Pattern se le cortaba la respiración. ¿Por qué Eleri no replicaba? ¿Por qué no estaba furiosa y se resistía? No se movía, estaba encogida y parpadeaba con dificultad.

Pattern se puso de pie. No sabía qué iba a decir o qué iba a hacer cuando entrara en la sala de baile. Solo sabía que debía actuar.

Pero la puerta del almacén se abrió antes de que pudiera meter la llave en la cerradura. Una sombra oscura se abalanzó sobre ella; captó un olor a anís...

y una mano de hierro le tapó la nariz y la boca con un trapo nauseabundo.
El mundo se volvió completamente negro.

CAPÍTULO 19



Los dones recibidos de manera natural despiertan una actitud agradecida y el deseo de devolverlos de manera acorde.

J. BULCOCK,



—¡Señorita, señorita! ¡Despierta!

A Pattern le llegó otro olor, pero esta vez reconoció la acritud del amoniaco de las sales volátiles. Dilys había encontrado el frasco de sales aromáticas en el bolsillo de Pattern y se lo restregaba vigorosamente en las narices.

—Gracias... Ya... ya estoy recuperada —logró decir. Se encontraba tirada en un descansillo de las escaleras traseras y la cabeza le dolía horrores. Le llevó un momento recordar cómo había llegado hasta allí. Abrió los ojos como platos cuando comenzaron a asaltarle los recuerdos y se revolvió para enderezarse.

—¡La gran duquesa!

—Calla, descansa un poco. Menudo susto has pasado. —Dilys le dio unas palmaditas con una mano encallecida por el trabajo.

Franz, el cochero, la observaba con preocupación desde una esquina. En la cochambrosa escalera o pasadizo no se veía a nadie más.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Ahora mismo no lo sé —repuso Dilys—. Me temo que nos llevó un rato encontrarte. Verás, yo subía por estas escaleras cuando el ayuda de cámara del príncipe casi me tira de un empujón. Su comportamiento era más sospechoso de lo habitual y se largó sin decir ni una palabra con tu costurero debajo del brazo. Muy raro, sí, señor. Pero se había armado un buen jaleo en el castillo después del anuncio del príncipe Leopold y la gran duquesa, y nadie sabía por dónde tirar... Pensé que en un momento así te gustaría estar cerca de tu señora y que quizá no te habías enterado aún de la noticia. Por eso fui a buscarte a tu habitación y a la suya. Luego bajé hasta aquí y me encontré con tu broche de perlas, el que te dio la gran duquesa, justo delante del almacén. Aquí lo tienes, aunque se ha doblado el alfiler. Bueno, intenté abrir la puerta y vi que estaba la llave echada, y eso no había pasado nunca. Me olía que algo iba mal. Por eso fui a buscar a Franz para que rompiera la cerradura. Ay, vaya susto que nos llevamos cuando te encontramos ahí dentro, atada y amordazada, inmóvil como un muerto.

Franz estaba muy serio.

—Tuviste mucha suerte. Con todo el lío podrían haber pasado horas, incluso días, antes de que alguien te encontrara.

—Estoy segura de que tienes razón. Gracias —dijo Pattern, distraída—. Pero contadme... Eleri... su alteza... ¿Qué...?

—Es una desgracia terrible. —Dilys no podía ni mirarla a los ojos—. Pero si ella es lo único que nos separa del azote de Elffin...

—No es lo que crees. El dragón no...

Pattern se detuvo. Había estado a punto de decir que no existía, pero eso era mentira.

—Los ataques del dragón han sido simulados. Son obra de hombres corrientes, no de monstruos. Son parte de un plan para arrebatarse el trono a la gran duquesa y yo tengo pruebas. Al menos... las tenía. El señor Madoc me las robó y me encerró en ese armario para impedir que inculpara a su señor.

Madoc solo había fingido engañar al príncipe Leopold. Cuando reconoció a Pattern y a Eleri en la alfarería y se dio cuenta de todo lo que sabían, tramó con una gran agilidad una forma de impedir que actuaran, de manera que la emboscada del príncipe pillara a su víctima completamente desprevenida. Debieron de echar algo en la bebida de la gran duquesa para nublarle el sentido; Pattern no era la única sirvienta experta en el uso de esas drogas. Pero entonces no entendía por qué Madoc se había interpuesto entre la gran duquesa y el arma del capataz. ¿No habría sido más sencillo para todos los implicados que Eleri hubiera muerto en un incidente en la fábrica? ¿Podría tener el príncipe alguna otra razón para continuar con la farsa del dragón?

Pattern se puso de pie.

—¿Adónde se han llevado a mi señora?

—A... a la cima de la montaña —tartamudeó Dilys—. Casi todo el mundo ha ido a acompañarla. Aunque estaba a punto de desmayarse, se encontraba tranquila. Pensamos que iba por su propia voluntad... Quizá te dé tiempo a ver a los últimos del cortejo desde la ventana.

Pattern no necesitó más indicaciones. Se dirigió a toda prisa hasta la sala de baile. El castillo parecía más vacío que nunca. No había lacayos perdiendo el tiempo ni cortesanos desfilando por los pasillos resonantes. Solo el tictac de los relojes rompía el silencio. Era como si sus ocupantes hubieran huido de algún desastre: las sillas estaban patas arriba, había una bandeja de copas de

champán desparramada por la alfombra empapada, una chinela de baile yacía abandonada, como el zapato de Cenicienta, en las escaleras.

En el comedor de paneles de madera lacados en blanco se había dispuesto un banquete para unos invitados que nunca se presentarían. Las mesas estaban engalanadas con flores y cargadas de pasteles de limón, gelatinas y natillas; sopa de tortuga y ostras, jamón y ternera asada. Había templos y arcos de triunfo esculpidos con pasta de azúcar que brillaban entre la porcelana y el servicio de plata.

Vio a dos ayudantes de cocina medio famélicas apiñadas en un rincón, engullendo ciruelas en almíbar y pastel de pichón. Un mayordomo estaba guardándose discretamente en el bolsillo un puñado de cucharillas de plata. Pattern los ignoró a todos. Atravesó a toda prisa las cristaleras y salió al balcón que discurría en paralelo a la habitación.

Era noche de luna llena, pero el balcón estaba a oscuras, puesto que el castillo se elevaba sobre él como una montaña, envolviéndolo en sombras. A lo lejos parpadeaban algunas lucecitas de colores. Y más allá, después de las amplias extensiones de hierba, en el bosque de la falda de la montaña se percibía el resplandor tembloroso de las antorchas.



Recordó las palabras de Eleri: «¿Sabes lo que les sucede a las doncellas que son ofrecidas al dragón? Las visten de blanco y las conducen en una procesión solemne hasta un terreno de tierra baldía en lo alto de las montañas. Y allí las encadenan a una roca y las dejan para que el dragón las despedace...».

Pattern dudaba de que el príncipe Leopold fuera un asesino a sangre fría; en ese punto, Madoc probablemente no hubiera mentido. Pero ¿qué destino le aguardaba a Eleri, encerrada el resto de su vida en un manicomio!

La gran duquesa podía ser una persona inquieta y también temperamental, pero cuando se equivocaba siempre estaba dispuesta a reconocer su error. Aunque se hubiera criado aislada debido a su estatus, era buena y generosa: una princesa que le había brindado su amistad a una sirvienta. Pattern apretó con fuerza el pequeño broche de perlas. Estaba segura de que Eleri tenía madera para convertirse en una soberana sabia y generosa, si se lo permitían. Qué asustada debía de sentirse ahora, qué sola... Y Pattern, que nunca lloraba, que no había llorado nunca desde que era niña, sintió que se le humedecían las mejillas.

Se secó las lágrimas con brusquedad. No era el momento de ponerse a llorar. Regresó donde Dilys la esperaba entre las sombras, con Franz a su lado.

—¿Por qué no formáis parte del cortejo? ¿No es una de las tradiciones más antiguas de Elfinburgo?

—Nos enseñan que el ritual es sagrado —contestó Dilys con vacilación—. Un pacto solemne entre el pueblo y la corona. Se supone que nos une. Pero se me parte el corazón solo de pensarlo.

—Es verdad —Franz apretaba la mandíbula—. Los que acompañan a su alteza para verla morir son una panda de morbosos. Los mismos buitres que van a las ejecuciones públicas.

Pattern recordó a los niños jugando a domesticar al dragón en el parque de la ciudad y a la chica que hacía de princesa. Qué quieta y qué seria estaba, sola en su banco.

—¿Qué sucede cuando llegan a la montaña?

—La princesa y el familiar varón más cercano acuden solos al lugar del sacrificio —explicó Dilys—. Los demás tienen prohibido acompañarles. Allí dirá sus oraciones y la encadenarán a una roca. Entonces la abandonarán a su

suerte. El dragón siempre llega al amanecer.

—¿Y el resto del cortejo?

—Montarán una vigilia en la base de la montaña.

Pattern inspiró hondo.

—Tengo que ir a buscarla. Tengo que parar esto. Franz, ¿me llevas?

Dilys se retorció las manos.

—Todos aquellos que interrumpen el ritual se verán expuestos a una maldición. Va contra todas las leyes.

—Este ritual es una farsa. Elfinburgo es víctima de un sofisticado engaño. El daño que ha sufrido el país no es obra de un dragón, sino del príncipe Leopold y sus secuaces. Debéis creerme y ayudarme a impedir un crimen terrible.

Rápidamente, Pattern les contó lo que había descubierto en Caer Grunwald y los hallazgos en la fábrica de porcelana. Con cada segundo de retraso Eleri se acercaba más a su fin, pero sabía que su historia sería convincente.

—¡Pólvora y fuegos artificiales! —exclamó Dilys al final—. ¡Alfareros chinos! ¡Y esos pobres niños prisioneros! Me hierva la sangre solo de pensarlo. —Agitó la cabeza con incredulidad—. Nunca me gustó el príncipe, pero ¿quién iba a pensar que era semejante villano?

—Nos ha tomado a todos por tontos. —Franz partió un trozo de templo de azúcar y lo masticó con cara de asco—. Supongo que es lo que somos, por tragarnos esas mentiras y no cuestionar nunca a nuestros señores.

—Entonces, ¿me llevarás al lugar del sacrificio?

Dilys y él intercambiaron una mirada.

—Haremos todo lo que quieras. El día que volviste a casa fue un gran día para Elfinburgo.

¿Elfinburgo? ¿Su casa? Qué extraño resultaba pensarlo en un momento así. Pero hasta hacía poco, a Pattern le resultaba impensable la idea de tener una amiga en el ducado. Ahora tenía tres... y estaba decidida a luchar por ellos.

CAPÍTULO 20



Detente a reflexionar sobre el último acto de la existencia humana: una escena tan terrible como dolorosa.

J. BULCOCK,



Ya fuera por el dolor de cabeza, ya por los efectos de la droga, Pattern no tenía ningún plan ni tampoco la menor idea de cómo idear uno. Por eso fue en busca de un arma.

Tenía la vaga esperanza de encontrar una pistola o una espada oculta en la habitación de Eleri, pero lo único que halló fue un atizador de la chimenea. Lo complementó con las sales aromáticas y los restos del brebaje de láudano que había usado para drogar a lady Agatha. Por último, añadió una botella de limpiador que encontró en las escaleras. Ahora estaba equipada para dormir o despertar a alguien, para zurrarle con un atizador o para cegar lo con lejía. Resultaba difícil imaginar cómo se plantearía un escenario así, pero era lo mejor que podía hacer.

Cuando terminó su búsqueda, parecía que un tornado hubiera arrasado la habitación de la gran duquesa. Pattern se sintió mal por aquella que tuviera que ordenarla en caso de que ella no regresara, aunque resultaba un tanto liberador dejar una habitación más desordenada de lo que la había encontrado. Por primera vez, entendía la alegría de Eleri al destrozar toda aquella porcelana.

El acto de rebeldía de Franz fue robar el mejor caballo de los establos: el nuevo caballo de caza del príncipe, un alazán lustroso llamado Libélula. Dijo que se moría de ganas por montar el caballo desde el momento en que lo vio en el patio. No había nadie que les cortara el paso cuando lo sacó de la cuadra.

Pattern nunca había montado a caballo y le habría encantado continuar así. No tenía ninguna intención de ponerse al alcance de los cascos y dientes del animal y le costó no soltar un grito cuando Franz la levantó y la sentó tras él en la silla. El suelo le parecía muy lejano.

—Dios, ¿no te da de comer su alteza? Pesas menos que una pluma.

Dilys los miraba con ojos sombríos y temerosos, aunque intentó sonreír cuando los despidió.

—Sabía que darías problemas desde el primer momento en que te vi, señorita Pattern. Primero nos haces cometer alta traición, ¡y ahora, robo de

caballos! —Luego cogió a Pattern del pie y dijo en voz baja, para que Franz no pudiera oírlo—: Prométeme que cuidarás de él. Prométemelo.

Salieron al trote del patio adoquinado y lo rodearon hasta dar con los jardines del castillo, siguiendo la misma ruta que el cortejo. Según la tradición, la doncella acudía a su sacrificio en una carroza abierta que avanzaba al paso, para que todos los demás pudieran acompañarla a pie. Al menos así Pattern y Franz tendrían la oportunidad de alcanzar a la muchedumbre.

Cuando Franz pasó del trote a un trote medio y luego al galope, Pattern se agarró a su cintura y resistió la tentación de cerrar los ojos con fuerza. Atravesaron las veredas bordeadas de árboles y los prados acompañados del retumbar de los cascos en la tierra seca y del aire cálido y fragante en el rostro; el cielo estaba iluminado de estrellas desordenadas. Aunque cabalgaban hacia toda clase de peligros, Pattern saboreó la sensación de huida. Tras ellos quedaba la masa corrupta del castillo; debajo, el monstruo, agazapado en su guarida.

Redujeron el paso al llegar al bosque, donde Franz espoleó a su montura por una pista ancha y accidentada que discurría entre troncos retorcidos. Sobre ellos, el manto vegetal estaba salpicado por la luz de la luna; la oscuridad parecía llena de sonidos y crujidos extraños. Pero no pasó mucho rato hasta que divisaron luces entre los árboles y se encontraron con los rezagados del final del cortejo. Era una multitud variopinta, en la que los invitados al baile con sus sedas y sus pieles se mezclaban con los sirvientes que antes les habían atendido, además de la gente de a pie que se había reunido para protestar a las puertas del castillo. Los niños pequeños lloriqueaban en brazos de su madre. No se oían muchas conversaciones, salvo por el murmullo de fondo de las oraciones a media voz y las notas de una triste canción popular.

Franz se empleó a fondo para que Libélula avanzara y se tuvo que abrir paso entre la gente. Algunos lo miraban mal, otros murmuraban indignados. Hubo quienes intentaron bloquearle el paso.

—¿Es que no tienes decencia? —le preguntaron varios.

—¿Quiénes se creen que son? —se quejaron otros.

Por fin sortearon los restos del cortejo y se unieron a varios cientos de personas que se habían agrupado en la falda de la montaña. Habían levantado una especie de campamento siniestro. Se palpaba el terror y el agotamiento,

sumado a cierto aire de excitación reprimida. Habían encendido varias hogueras, a pesar de que la noche era cálida, y la gente compartía pan y queso. Las damas elegantes hacían pícnic en la hierba junto a granjeros con las botas embarradas y paja en el pelo. Los juglares continuaron con su canto fúnebre — la canción versaba sobre una doncella perdida en una montaña solitaria—. Sus lamentos rivalizaban con los procedentes de una capilla en ruinas, donde un sacerdote con ropajes negros dirigía las plegarias.

La carroza abierta utilizada en el traslado de la gran duquesa estaba abandonada bajo unos árboles. Franz tiró de las riendas de Libélula.

—A caballo solo podemos llegar hasta aquí —dijo, desmontando de un salto. Ayudó a bajar a Pattern, que apenas se sostenía—. El sendero hasta el lugar del sacrificio está al otro lado de esa capilla.

—Gracias. Me las arreglaré sola a partir de aquí.

—¡No puedes ir tú sola! Voy contigo.

Pattern pensó en Dilys y en cómo le había pedido que mantuviera a Franz a salvo. En el fondo, dudaba mucho de que Eleri o ella volvieran de la montaña.

—No hace falta —dijo bruscamente, dando unos golpecitos en la bolsa de lona donde había guardado el atizador y el resto de los objetos—. Tengo un arma para defenderme y también he trazado un plan. —Aún estaba a tiempo de que se le ocurriera alguno—. Y, además... si no funcionara, tendrás que contarle a la gente la verdad. Y también —añadió, cuando Franz fue a protestar— me resultará más fácil escabullirme para liberar a su alteza que si me acompañas. Estoy muy acostumbrada a pasar desapercibida.

Le sonrió de prisa y se giró para adentrarse entre la multitud antes de pensárselo dos veces. No había llegado demasiado lejos cuando alguien le tiró de la falda. Era lady Agatha Craddock, con la cara más cadavérica que nunca a causa de las sombras. Su voz era el colmo de la satisfacción.

—Habrás visto, jovencita —siseó—, que no eres la única que sabe de pociones.

Pattern se la quitó de encima, asqueada. Tal y como se temía, aunque lograra que la gente tomara partido por ella explicándoles lo mismo que a Dilys y a Franz, los numerosos agentes del príncipe Leopold se encargarían de silenciarla antes de poder empezar siquiera. Y no tenía tiempo que perder. El alba se avecinaba y, con ella, la última hora de Eleri.

Los muros ruinosos de la capilla no daban para albergar a toda la

congregación, que se había desperdigado por los alrededores. Dos monaguillos ayudaban al sacerdote entre bostezos. Los feligreses lloraban a moco tendido sobre las velas y respondían a sus plegarias con todo el fervor de los recién convertidos.

Pattern se abrió paso entre la multitud temblorosa tan discretamente como pudo. A través de los vestigios mohosos del crucero distinguió un sendero pedregoso que zigzagueaba entre zarzas. Con la cabeza gacha, se encaminó hacia allí.

—¿Adónde te diriges, niña? —la reprendió el sacerdote, interrumpiendo su retahíla en latín—. Es terreno sagrado, la gente como tú tiene prohibido el paso. Solo los consagrados pueden caminar por ahí. ¡Estás poniendo en riesgo tu vida y tu alma inmortal!

Varios fieles hicieron ademán de seguirla. Pero entonces las antiguas supersticiones de Elfinburgo acudieron a su rescate.

—Ese sendero está maldito —le dijo uno a otro, retrocediendo.

—Será su fin —dijo algún otro—. Además, los guardias la detendrán.

A Pattern no le sorprendía que hubiera centinelas armados en el camino. Se convenció de que no era probable que esperaran encontrarse con problemas. El sendero estaba lleno de arbustos y troncos torcidos donde esconderse; su esperanza era ocultarse en la oscuridad para así evitarlos. Mientras avanzaba entre los matorrales, cuando el resplandor de las velas y los fuegos del campamento quedó atrás, se preguntó cómo se habría sentido Eleri, tropezando con sus chinelas de seda entre las piedras afiladas. ¿Cuánto durarían los efectos de la droga? ¿Le inhibiría el miedo o solo le atontaría las piernas?

Pattern encontró a los centinelas en una pequeña depresión de la ladera. Llevaban la librea de la guardia personal del príncipe Leopold y reconoció el bigote feroz perteneciente al hombre que había tratado de detenerla en Caer Grunwald. Ya nunca lo haría, tanto él como su compañero estaban muertos; tendidos y bañados por la luz plateada. Debajo de ellos, la tierra estaba empapada de sangre. Parecía que los habían abatido con dos golpes en la cabeza. Sus armas habían desaparecido.

A Pattern le entraron ganas de vomitar. Pero no podía permitir que las náuseas le afectaran. Esa escena espantosa debía ponerla en guardia, volverla más decidida. Ellos estaban a sueldo del príncipe Leopold. ¿Por qué habían

sido asesinados? ¿Dudaba él de su lealtad? ¿O es que no quería que hubiera ningún testigo de sus crímenes?

Apretó los dientes y avanzó despacio con el atizador en la mano. El sendero se ensanchaba hasta desembocar en un claro. En medio vio un carruaje corriente; debían de haberlo traído en secreto por otra ruta, listo para sacar a la gran duquesa del país y llevarla a su prisión. Los caballos hinchaban los ollares y piafaban, parecían tan nerviosos como Pattern.

El conductor colgaba inerte sobre las riendas. También a él lo reconoció: Howell, el cochero confabulado con Madoc, otro hombre que había pagado su traición con sangre. Durante unos minutos de agonía, Pattern esperó entre las sombras sin atreverse a respirar apenas, observando y buscando señales de otra emboscada. ¿Quién más esperaba al acecho? Quizá el sacerdote tenía razón y todo aquel que emprendía ese camino estaba maldito.

Entonces oyó un gemido procedente del interior del carruaje. El corazón le dio un vuelco. Tuvo que reunir todo su valor para aproximarse y abrir la puerta. El príncipe Leopold estaba recostado contra el asiento y se llevaba las manos al pecho. De este le manaba sangre oscura a borbotones.



—¡A-alteza! ¿Quién os ha hecho esto?

Él parpadeó con dificultad.

—Tú eres la chica... la pequeña doncella...

Ella dudaba sin poder decidirse. Quizá si retrocedía por el sendero para

pedir ayuda...

Pero él la asió con una mano fría y húmeda y la atrajo hacia sí.

—Mi... sobrina... —farfulló—. Debes ir... a buscarla... Por favor. —La luz en sus ojos se apagaba—. Ten cuidado...

Un último suspiro. Entonces, expiró.

CAPÍTULO 21



Ten por seguro que, en este preciso momento, la muerte podría estar acechándote.

J. BULCOCK,



Alojado bajo el asiento del carruaje ensangrentado estaba el costurero de Pattern con su alijo de documentos. En lugar de destruir las pruebas, el príncipe había decidido que los papeles tenían algún valor. Pero ahora de poco servían.

El sendero se estrechaba a medida que ascendía y los matorrales dieron paso a la tierra baldía y las piedras. Aunque el amanecer comenzaba a despuntar por el este, el cielo parecía aún impregnado de la oscuridad de la montaña. Parecía imposible que alguna criatura viviente pudiera salir de esas laderas silenciosas y áridas. Había comenzado a soplar una brisa helada.

Pattern era consciente de que el corazón le palpitaba con fuerza y que un sudor helado le recorría la nuca. Su aliento era entrecortado y rápido. Notaba estos síntomas con una objetividad científica. A pesar de todo, no estaba a punto de desmayarse, no necesitaba oler las sales para reponerse. Una buena sirvienta estaba acostumbrada a reprimir sus emociones e instintos naturales. Una buena sirvienta siempre apretaba los dientes y acababa el trabajo.

Una sirvienta excelente era dueña de su propio destino.

Al fin, Pattern alcanzó un paso estrecho que desembocaba en una extensa planicie. Estaba parcialmente cercada por formaciones rocosas, que la dotaban de un aspecto de circo romano. Pattern se deslizó entre las sombras, agachándose junto a una zarza para estudiar la escena. A un lado, distinguió una pequeña figura blanca, encadenada e inclinada hacia delante. Más allá, el sendero continuaba hacia la cima, ampliándose hasta desembocar en las fauces tenebrosas de una cueva.

Había más. Un montón de barriletes de madera, cilindros de metal y mechas enrolladas: los explosivos chinos del príncipe Leopold. Una pequeña fogata, rodeada de una serie de objetos rituales. Un hombre alto que alimentaba las llamas.

Madoc. Pattern no se sorprendió. Ya se lo había imaginado.

Aguzando la vista en la semipenumbra, Pattern logró distinguir tres cuencos hechos de cristal, oro y hueso. Vio una campanilla de plata y unos montones de hojas secas, polvo de colores, un par de velas y algo que podría

ser una piel de serpiente. Esto último era una conjetura basada en el dibujo de la serpiente que había visto en el fresco de la capilla. Madoc estaba intentando llevar a cabo el mismo conjuro que el príncipe Elffin había utilizado para someter al dragón a su voluntad.

El asesinato era un crimen terrible, pero podía llegar a comprenderse. La magia negra era un mal inimaginable. A pesar de todo lo que había sucedido, de los indicios que le habían dado y los rumores, a Pattern, con su sentido práctico, no le cabía en la cabeza. Pero en un país donde era costumbre alimentar a los dragones con jovencitas, a saber qué otras barbaridades medievales perduraban.

Al menos, Eleri todavía estaba con vida. A pesar de encontrarse amordazada y encadenada a un saliente rocoso, se removía contra sus ataduras mientras Madoc se acercaba a ella con determinación, blandiendo un cuchillo curvo y largo y el cuenco de cristal. Entonces le hundió la punta en la muñeca.

Eleri intentó apartarse y dejó escapar un grito ahogado.

Era ahora o nunca. Con las manos sudorosas, Pattern levantó el atizador y se dispuso a atacar...

Pero Eleri no estaba muerta. Aún no. Madoc le había hecho un corte en la muñeca, pero era superficial. Pattern dejó escapar un suspiro tembloroso cuando lo vio colocar el cuenco de cristal debajo del brazo para recoger la sangre. Así que todo formaba parte del ritual.

Fuera cual fuera el conjuro que se traía entre manos, parecía complicado e implicaba una serie de pasos. Después de recoger la sangre de su cautiva, Madoc la arrojó al fuego y rodeó las llamas, cantando en voz baja y haciendo sonar la campanilla. Se le veía sereno y eficaz, como si este tipo de actividad le resultara tan normal como la rutina de vestir a su señor para la cena. Nada en su apariencia delataba los crímenes que acababa de cometer. Tenía los puños de la camisa blancos, los zapatos relucientes e inmaculados, el pelo pulcramente peinado.

Madoc se dirigió al saliente de la planicie, volviéndose hacia el este, donde el horizonte estaba bordeado de plata y amarillo pálido. Trazó una especie de símbolo o diagrama en el polvo con la punta del cuchillo. Luego se arrodilló en el centro, con los brazos en alto, como si saludara al sol naciente. Su voz se elevó, vibrante; entonaba unas palabras en galés antiguo. La letanía era cada vez más triunfal, como si estuviera alcanzando el clímax de su

conjuro. Tras él, el fuego escupía chispas negras.

De puntillas, sujetándose la falda para que no hiciera ruido al rozar el suelo, Pattern se acercó corriendo hasta donde Madoc balbuceaba y se balanceaba y le golpeó con el atizador en la nuca mientras dejaba escapar una especie de grito de batalla bastante feroz.

Cayó al suelo con un sonido de lo más gratificante. Después de un momento tembloroso, Pattern se agachó junto al cuerpo y comenzó a atarle las muñecas con tiras de algodón que había rasgado de su delantal. Se sintió más tranquila mientras hacía algo práctico y, aun así, sintió alivio al ver que el hombre aún respiraba. Al fin y al cabo, a Madoc le habría resultado bastante fácil clavarle un cuchillo en las costillas mientras estaban en el almacén del castillo.

Al hurgar en sus bolsillos encontró una llave. Pattern se apresuró a desencadenar a su amiga.

Al principio, ninguna de las dos tenía palabras. Las dos se limitaron a abrazarse, sin poder creer su suerte, mareadas de puro alivio.

—¡Pattern! Sabía que no me abandonarías. Lo sabía. —Eleri tenía la cara empapada de lágrimas y estaba ronca de tanto gritar, pero al menos los efectos de la droga parecían haberse disipado. Las palabras le salían atropelladas—. Madoc asesinó a mi tío. Y a otros hombres también, ¡los dejó secos! Lo vi todo, pero no podía hacer nada, fue algo espantoso, no te lo imaginas. Lo que es peor, ¡lo sabía todo sobre el dragón! No puedo imaginarme cómo se enteró. Iba a despertar a la bestia y a dejar que me comiera para que recuperase su fuerza, y así controlarla para hacer cosas terribles.

Mientras Eleri seguía hablando, Pattern —con cierta dificultad— arrastró al ayuda de cámara inconsciente hasta la roca y lo inmovilizó con las mismas cadenas que habían retenido a su víctima. Se sentía algo más cómoda después de hacerlo, aunque no del todo. No podía dejar de mirar la boca de la cueva en la cima.

Eleri siguió la dirección de su mirada.

—¿Crees que es demasiado tarde y que el dragón se ha despertado?

Le temblaba la voz, por eso Pattern se aseguró de que la suya fuera firme.

—Madoc no es ningún brujo, menos aún un domador de dragones, no es más que un ayuda de cámara lunático con aires de grandeza. Pero debes regresar con la gente. Franz está allí en la falda de la montaña, esperando. Te

ayudará a contarles lo que ha sucedido y el motivo. Encontrarás las pruebas del complot en el carruaje de tu tío. Después debes reunir a la guardia y a cualquiera que tenga armas y autoridad, y encontrar la manera de terminar con el dragón de una vez por todas. Cueste lo que cueste: con gases venenosos o dinamita o sellando para siempre todas las posibles entradas a su maldita guarida.

—Y... ¿y qué harás tú?

—Yo te seguiré enseguida. Antes voy a trasladar los explosivos de tu tío a la boca de la cueva.

—Pero creí que habías dicho que Madoc no podía...

—Compréndelo, solo por si acaso. —Intentó sonreír—. Sabes que no me gusta dejar nada a medias ni el desorden. Vamos. Date prisa.

Quizá fuesen imaginaciones tuyas, producto de todo lo que estaba sucediendo, pero, mientras Pattern le ataba a Madoc las manos con los fragmentos de su delantal, creyó notar un temblor en el suelo.

Regresó junto al fuego. Casi se había extinguido, pero los objetos dispuestos con tanta precisión a su alrededor le resultaron de lo más siniestro. Las hierbas humeaban en el cuenco de oro, el polvo verde burbujeaba en el de hueso. ¿Hasta dónde había llegado Madoc con su conjuro? ¿Habría completado todos los pasos?

—Tendría que haber sabido que era un error dejarte con vida. Eres una personita muy astuta.

Madoc se había recuperado con una rapidez sorprendente. Tiró de las cadenas con detenimiento y, con una mueca, se incorporó para poder sentarse contra la roca.

Pattern lo ignoró. Cogió el primer barril de pólvora y comenzó a hacerlo rodar en dirección a la cueva.

—No servirá de nada, ¿sabes? —gritó él—. Es demasiado tarde. El dragón ya está de camino. Esos fuegos artificiales solo le harán cosquillas.

—En ese caso, serás la primera víctima de la criatura.

—Oh, no creo. Conoce la voz de su amo.

Pattern dejó el barril en el camino y se plantó delante de él.

—No estás en tu sano juicio. ¿Cómo vas a ser tú el amo de nadie?

—Gracias a mi sangre real. —Se encogió de hombros elegantemente—.

Resulta —dijo como si nada— que soy el primo de tu querida gran duquesa.

—¡Ja! Una prueba más de tus delirios.

—Al contrario. Es una historia muy corriente, mi querida señorita Pattern. —Madoc tenía el pelo ensangrentado y la ropa polvorienta, pero no había perdido ni un ápice de su compostura—. Corriente, triste y sórdida. Verás, en una ocasión, el abuelo de la gran duquesa se encaprichó de una de sus doncellas. Cuando ella descubrió que esperaba un hijo, él la expulsó del castillo como si fuera un montón de basura. La chica no había cumplido los dieciséis años. Después de dar a luz a mi madre, murió en un asilo de pobres, el mismo donde yo me crie. Mi única herencia es la llavecita de oro que mi abuela ladronzuela se metió en el bolsillo justo antes de que la echaran. ¿Adivinas qué puerta abre?

Pattern tragó saliva. Recordó la antigua capilla con los frescos desconchados, la pared de roca con el mecanismo oculto. Así que también Madoc había seguido el pasadizo para descubrir qué pesadilla habitaba en las profundidades del castillo.

—Debí de probar todas las cerraduras del castillo antes de dar con la correcta. Pero a nosotros, a los que debemos abrirnos paso en el mundo, nos sobran los recursos. Y también la paciencia. Estoy seguro de que tú sí que me entiendes, señorita Pattern, otra huérfana pobre como las ratas. Resulta que lo de ser autodidacta tiene numerosas ventajas. Hay muchos conocimientos que han sido olvidados, o que son considerados demasiado crípticos para las aulas modernas. Las horas que pasé a solas leyendo en la biblioteca han dado su fruto. ¿Recuerdas que te dije que debías fiarte de las viejas historias de magia y aventuras, de mazmorras y duquesas y cosas que acechan en la oscuridad? Pues bien, estas me llevaron a interesarme por la alquimia. Resulta que, cuando la ciencia se encuentra con lo sobrenatural, se pueden obrar toda clase de milagros.

—Tus trucos de magia no son más que patrañas —dijo Pattern, desafiante—. Al príncipe Elffin no le funcionaron y a ti tampoco te salvarán.

—Ah, pero cuando Elffin Pendraig probó el conjuro estaba enfermo y débil y el dragón era fuerte, demasiado fuerte incluso para el conjuro más poderoso. Ahora el dragón es viejo, mientras que yo soy joven y vigoroso. He llevado a cabo el ritual que despertará a la bestia y he pronunciado las palabras mágicas que me permitirán controlarla. La dominaré y, a pesar de su

edad, la criatura será lo bastante mortífera para mis propósitos. Estará a mi merced y la convertiré en el arma de guerra definitiva. Antaño, las gentes de aquí veneraban al dragón como un dios oscuro, y ahora volverán a aprender a arrodillarse ante él.

Hablaba de aquello con total tranquilidad. Pattern notó otro temblor en el suelo; algunos trozos de grava suelta se desprendieron de la ladera. Se le encogió de miedo el corazón.

—¿Por eso fingiste ayudar al príncipe Leopold?

—Naturalmente. A él solo nunca se le hubiera ocurrido un plan así. Ese gordo imbécil debería haberse quedado jugando con sus teteras de porcelana. Pero el muy payaso quería una corona brillante para ir por ahí pavoneándose, ¿y quién mejor para ayudarlo a robarla que su leal ayuda de cámara? No existía nadie más discreto, más fiel ni más cumplidor que él. Incluso le hice creer que él mismo había ideado el plan.

El ayuda de cámara se humedeció los labios y Pattern notó algo raro. Tenía la lengua larga y negra.

—Y hablando de fidelidad... Aquí estás tú, Pattern, la fiel perrita faldera, siempre corriendo detrás de su señora, meneando la cola lealmente mientras ella te deja tirada en medio del frío y la oscuridad. Ya veo que no ha tenido escrúpulos en dejarte aquí mientras ella salía corriendo para ponerse a salvo.

En la penumbra, los ojos le brillaban de un amarillo intenso.

—Le dije que se marchara. Yo quería que se marchara.

—¿Por qué gastas tu energía en defenderla? Eres el doble de lista y capaz que nuestra gloriosa monarca y lo sabes. Nuestros supuestos señores son estúpidos y unos criminales. Necesitamos derrocar al viejo orden.

A pesar de las circunstancias, Pattern comenzó a reírse.

—Te las das de revolucionario, pero eres tan avaricioso y tan corrupto como Leopold. Al menos el príncipe no era un asesino. Al menos nunca quiso que su pueblo entrara en guerra.

Estaba tan furiosa que se le olvidó que estaba asustada. Porque ya no solo deseaba salvar a Eleri: eran Dilys y Franz y las pequeñas friegaplatos del castillo; las ancianas del mercado y los campesinos de Caer Grunwald..., incluso al lacayo con la cara llena de granos que la llamó ratoncita. En ese preciso instante, Pattern se sentía una elfinesa de los pies a la cabeza.

Madoc se encogió de hombros.

—Me he ganado mi sitio y he probado mi valía cientos de veces. Lamento que no lo veas de la misma manera, pero, al final, da lo mismo.

Entonces se levantó y, como si nada, partió sus cadenas en dos.

Pattern se quedó helada. No era posible. No podía ser.

Estiró los brazos. De las puntas de los dedos habían comenzado a crecerle unas garras negras y afiladas.

—¡Ja! ¿Qué es esto? —Observó las garras, maravillado, sin miedo—. Qué raro. Hay fuego en mis venas. Noto cómo arde cada vez más... la fuerza, el calor, cómo quema... —Se echó a reír y, cada vez más horrorizada, Pattern comprobó que tenía la lengua bífida y colmillos amarillos—. ¡Dulce veneno! Quizá malinterpreté la invocación. Quizá confundí una parte del conjuro. No importa... Parece que he superado al príncipe Elffin. Él solo quería dominar a la criatura: yo me fundiré con ella. Porque yo, Ferdinand Madoc, también me he convertido en una criatura de fuego con sed de sangre.

Pattern dio media vuelta y echó a correr.

—¡Demasiado tarde! —exclamó—. ¡El azote de Madoc ha despertado!

Se oyó un ruido atronador, como si trituraran la roca. Pattern no estaba lejos del paso y del camino que descendía de la montaña. Pero, con un gesto de las garras de Madoc, un rayo cayó ante ella, obligándola a detenerse. Dejó el suelo carbonizado y humeante.

—Serás la primera víctima de mi dragón. Un tierno bocado de doncella, un aperitivo previo a la carne tierna de una princesa...

De repente se llevó las manos al pecho y se tambaleó, gimiendo y jadeando. Por un momento, Pattern se sintió esperanzada. Pero, al momento siguiente, se enderezó, más imponente aún, y su voz sonó más triunfal que nunca.

—Ah... la magia me había paralizado. Ahora siento el latido de un segundo corazón en mi interior. Noto el hambre de la bestia en la boca.

De la cueva comenzó a salir un tufo sulfuroso, seguido de una corriente de aire caliente y cenizas. Empezaron a caer piedras sueltas de la cima. Se oyeron más crujidos, más chirridos, como de rocas machacadas. El dragón había emprendido el ascenso hacia el exterior, hacia la luz.

Cuando se aclaró la nube de cenizas, la criatura resultó ser aún más grande de lo que parecía en su guarida. Tenía el tamaño de una casa o de una colina.

Muchas de sus escamas estaban rotas o herrumbrosas. Los ojos eran vidriosos. Le crujían las articulaciones. Pero seguía siendo una criatura negra, grasienta y sinuosa, que brillaba con una antigua malevolencia. Despacio, deslizándose, se arrastró hasta el saliente desde donde se divisaba la planicie. Cuando desplegó las alas correosas y entrechocó las fauces, dejando escapar un primer rugido sibilante, Pattern se sintió estúpida por pensar que las balas o la pólvora pudieran hacer mella en esa mole.



Intentó dirigirse hacia el paso una vez más. Otro rayo desgarró el aire y se vio obligada a retroceder. La transformación de Madoc se hacía más horrenda por momentos. Se le rasgó la ropa a medida que su cuerpo se arqueaba y se hinchaba; habían comenzado a salirle en la piel escamas negras, grasientas y relucientes. En la espalda le crecían formas puntiagudas; los ojos eran apenas dos ranuras llameantes. Recibió a su monstruo y su grito de bienvenida —un graznido ronco— fue más propio de una bestia que de un hombre.

El dragón también estaba mutando. Sus ojos eran más redondos, no se parecían tanto a los de un reptil; en los gases putrefactos que despedía al respirar se percibía un deje a anís. Cuando giró la cabeza rematada por dos cuernos hacia Pattern, mientras se lamía las fauces oxidadas, el sonido que emitió fue indudablemente humano. Una risa grave y profunda. Ya la había escuchado antes: en sus sueños y en los de Eleri.

—¡Pattern! ¡No!

Eleri llegó jadeando y tropezando por el paso.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Pattern—. ¡Da la vuelta! ¡Corre mientras puedas!

—He oído al dragón. No podía dejar que te enfrentaras a él sola.

Levantó la vista y vio por primera vez al azote de Elffin despierto. Aunque ya estaba pálida, se quedó completamente lívida. Tenía la boca abierta y le temblaban las rodillas.

La criatura que antes fuera Madoc extendió una garra para lanzar un rayo en dirección de Eleri. Al menos esto la sacó de su estupor, pues logró apartarse de la trayectoria en el último momento. Con un grito desafiante, echó a correr hacia el dragón.

Pattern saltó tras ella y logró arrastrarla hasta un precario refugio tras una pila de rocas caídas.

—Deja que me vaya. —Eleri se debatía furiosamente contra ellas—. Es a mí a quien quiere. Si me entrego, quizá logre salvar a todos los demás.

—Espera. El dragón y Madoc se han convertido en el mismo ser. ¿Me entiendes? Los dos son lo mismo.

—¿Y en qué nos ayuda eso?

—Si dejamos a Madoc fuera de juego, entonces también le haremos daño

al dragón.

Las dos chicas soltaron un chillido. Un rayo había partido las rocas que las protegían, haciendo trizas parte de su refugio. Sacudiéndose el polvo del pelo, Pattern se agachó para rebuscar en su bolsa, que de alguna manera había logrado conservar durante la escaramuza.

Eleri vio el desinfectante y soltó una risa histérica.

—¡Este no es momento de limpiar!

Pattern estaba demasiado distraída para contestar. Abrió el frasco de las sales aromáticas, que soltaban una peste a amoniaco que echaba para atrás, y se apresuró a verter los cristales en la botella de limpiador, en cuya etiqueta se leía «Cal clorada». El olor de los vapores se hizo más fuerte y la hizo toser. Por si acaso, añadió a la mezcla el somnífero de láudano. Los preparativos para el ritual de Madoc le habían dado una idea: lo suyo no era la magia, pero en la academia de la señora Minchin le habían enseñado las posibilidades de los productos de limpieza, además de los procedimientos químicos para preparar remedios.

Otra lengua de fuego se estrelló contra las rocas. Una risa malvada resonó a su alrededor. Ahora estaban completamente expuestas, sin ningún sitio adonde ir, sin poder ocultarse. Madoc y su monstruo jugaban con ellas al gato y el ratón.

El dragón echó hacia atrás la cabeza, soltó humo y chispas por la nariz, y se preparó para atacar.

La criatura que fuera Madoc se rio con otro graznido. Entonces, Pattern le arrojó la botella de productos químicos a la cara. Solo esperaba dejarlo fuera de combate unos instantes. Su esperanza —por pequeña que fuera— era que también el dragón se detuviera momentáneamente y le diera a Eleri y a ella una última oportunidad para escapar a través del paso. Si Madoc hubiera apartado la botella, o incluso si la hubiera dejado estrellarse contra su cuerpo, toda esperanza habría sido probablemente en vano. Pero, en lugar de eso, apuntó al misil para detenerlo con sus llamas.

En el momento en el que el rayo salió despedido de la palma llena de escamas e impactó contra la botella, el cielo estalló. La onda expansiva empujó a Eleri y Pattern hacia atrás, mientras las llamaradas blancas se expandían, engullendo a Madoc. En ese mismo instante, el dragón dejó escapar un grito angustiado y desesperado, terriblemente humano. El mundo quedó

reducido a un hedor asfixiante, a un humo amargo y al crepitar de las llamas voraces.

Polvo y cenizas. Dos cadáveres. Los restos de un hombre con piel de serpiente, carbonizado y casi irreconocible.

Un montón de huesos prehistóricos humeantes, que comenzaban a descomponerse lentamente en la ladera de la montaña.

Dos amigas, caminando de la mano entre las rocas, bajo la luz del amanecer.

CAPÍTULO 22



Dondequiera que vayas, la personalidad que te has forjado no tardará en seguirte.

J. BULCOCK,



Pattern Pendragon, condesa de Annwn, comandante en jefe de la casa de Elffin, dama de la Orden del Narciso Púrpura, estaba viviendo una mañana asombrosa.

Había llegado a un Londres envuelto en una niebla invernal que se había convertido en lluvia. La niebla aún parecía suspendida en las oficinas asfixiantes del consulado elfinés en Bedford Square, donde Pattern había acudido con la intención de hacer averiguaciones sobre la identidad de sus padres. El cónsul, un caballero corpulento aficionado a los puros, responsables de la nube que impregnaba su oficina, se había empleado a fondo tras recibir una carta con instrucciones reales antes de la llegada de Pattern. Pero le advirtió —entre caladas y caladas al puro— que la posibilidad de descubrir información veraz era mínima. Aunque las autoridades fronterizas del gran ducado conservaban un registro de aquellas personas que habían «abandonado Elfinburgo ilegalmente», el expediente del año en el que su familia se marchó se había perdido en un incendio del archivo.

Pattern se había animado a emprender la búsqueda tras ser testigo de la liberación de los niños raptados de Elfinburgo. Después de que se los llevaran de la fábrica del príncipe Leopold, los encerraron en los grandes sótanos bajo su refugio de caza, donde fueron hallados más tarde. Al ver el regocijo de los padres, las lágrimas de alegría y los abrazos, Pattern sintió más que nunca la pérdida. Su familia nunca podría volver a reunirse en esta vida; lo menos que podía hacer era intentar averiguar sus nombres.

El cónsul tenía una posible pista. Había desenterrado una carta enviada a su predecesor por un clérigo elfinés, en la que el autor mencionaba que el pastelero favorito de su madre había desaparecido, junto a su esposa y su hija pequeña: «... sospecho que podrían haber emprendido la huida ante los rumores de que la antigua maldición regrese, de ahí que hayan preferido probar suerte en el exilio. Si tuviera noticias de la llegada de algún elfinés a Londres, me alegraría mucho saber...».

La carta estaba fechada el mismo año y en la misma estación que había tenido lugar el naufragio en el que los padres de Pattern habían perecido; los

supervivientes de la tripulación habían confirmado que ella era la única niña a bordo.

Como prueba, era muy poco sólida. Pero Pattern recordó el día libre que se tomó en Elffinheim, donde saboreó la libertad por primera vez con aquel dulce de jengibre. «Me habría gustado que mis padres fueran pasteleros», pensó. «Espero que me demostraran su amor con corazones de mazapán y que escribieran palabras afectuosas en la cobertura de mantequilla. Ojalá naciera en una nube de azúcar glas y crema pastelera».

Como tenía planeado quedarse un par de días en la ciudad, decidió distraerse visitando los monumentos. Después de todo, era una dama ociosa. Se alojaba en uno de los hoteles más lujosos de Mayfair. Sus medias eran de seda y los zapatos, de suave cabritilla. Su elegante abrigo, de lana peinada. Pero llevaba un vestido tan sencillo como siempre y seguía pasando tan desapercibida como un ratón. Ninguno de los londinenses que caminaban apresuradamente entre la lluvia y la suciedad la miró dos veces al pasar.

No obstante, alguien sí que la observaba. Una mujer con aspecto de abuela adorable se había refugiado en el mismo pórtico que Pattern había escogido para resguardarse de la lluvia, y la había observado atentamente salir del consulado del otro lado de la calle.

—¿Señorita Pattern?

—¿Puedo ayudarla? —repuso Pattern, intentando ocultar su sorpresa.

—Espero que perdone mi intromisión. Tengo cierta conexión con su antigua mentora, la señora Minchin, y he pensado que podía tomarme la libertad de presentarme. Me llamo Adele Jervis y represento a una agencia de trabajo muy exclusiva.

Pattern continuaba perpleja de que la hubieran reconocido, pero no quería parecer descortés.

—Gracias por su interés, pero no estoy buscando trabajo en este momento.

En realidad, Pattern ya no necesitaba volver a trabajar nunca para vivir. A su regreso a Elfinburgo dispondría de un amplio apartamento en el castillo, su propio séquito de criados y una pensión de por vida. Dilys y Franz también habían sido generosamente recompensados por su lealtad.

La señora Jervis sonrió.

—Estoy segura de que la gran duquesa la mantiene gratamente ocupada. De hecho, esperaba que pudiera dedicarnos unos minutos para hacerle una

consulta sobre asuntos elfineses. Una de nuestras nuevas empleadas trabajó en la corte elfinesa y, aunque sus referencias son por lo general excelentes, no sabemos mucho de cómo son allí los requerimientos laborales.

Pattern la estudió con atención. La mujer iba vestida de manera respetable y tenía una expresión dulce. ¿Por qué no ofrecerle su consejo? No tenía nada mejor que hacer. Además, la lluvia acababa de ser reemplazada por el pálido sol de diciembre, lo que la animó lo suficiente para sacudir el paraguas y seguir a su nueva conocida calle abajo.

Se detuvieron en el exterior de un edificio estrecho con la fachada estucada, con unas ventanas y un umbral tan resplandecientes que proclamaban que se tomaban las tareas domésticas muy en serio. No había ningún cartel en la puerta. Una vez dentro, la señora Jervis la guio hasta un despacho espacioso y bien amueblado, donde esperaba un hombre que se presentó como el señor Crichton. Era alto, con el pelo entrecano, y exudaba la intachable dignidad característica de los mejores mayordomos.

—Mi querida señorita Pattern —dijo, tomándola de la mano afectuosamente antes de indicarle su asiento—. Es un gran placer, es más, es un honor, conocerla al fin. Como suele decirse, hemos seguido su carrera con interés. ¡Con interés y emoción!

Pattern le devolvió la sonrisa con cautela.

—Me resulta difícil de creer, ya que llevo una vida muy tranquila. No soy la clase de persona a la que le suceden cosas emocionantes.

—Nuestras fuentes nos indican lo contrario.

Ella enarcó la ceja.

—Deben de estar muy bien informados.

—Nos preciamos de tener ojos y oídos en todas las casas reales dignas de mención, además de las mejores casas nobles del mundo. Así fue como oímos hablar de su derrota del azote de Elffin. No es frecuente encontrarse con una primera doncella convertida en matadragones.

Esta vez, Pattern no fue capaz de ocultar su consternación. Aunque Eleri estaba ansiosa de que Pattern compartiera el tremendo entusiasmo con el que ella fue recibida después de la muerte del monstruo, Pattern había insistido en que nadie debía enterarse del papel que había desempeñado. Además, no podía imaginarse cómo se habían difundido las noticias del dragón, teniendo en cuenta la naturaleza reservada del ducado y las fronteras cerradas. Ni

siquiera los países vecinos estaban al corriente de los hechos recientes.

Se esforzó para que no le temblara la voz.

—¿Qué saben ustedes de eso?

—Solo lo esencial. En cualquier caso, estaríamos muy interesados en que nos relatara los hechos usted misma, señorita Pattern. —Hizo una pausa—. A menos que, claro está, prefiera que la llamemos por su nombre completo: señorita Pattern Pendragon, ¿no es así?

La sorpresa de Pattern iba en aumento. Había sido idea de Eleri y aún tenía que acostumbrarse al nombre. «Pattern», le había dicho la gran duquesa, poco antes de que se marchara a Londres, «tu nombre te honra y no tengo interés en llamarte de otra manera, pero tengo una idea. Recordarás que el príncipe Elffin se llamaba a sí mismo Pendraig, que en galés significa “comandante dragón”. Pues bien, creo que tú sí que eres una auténtica comandante, ya que has sido la única que lo ha superado. Y por eso Pendraig —o Pendragon, la forma inglesa— podría ser un apellido excelente para ti».

Cuando Pattern imaginó que elegiría su nombre nunca pensó que se parecería a ese. Eleri la vio vacilar.

«Queridísima Pattern, debes recordar que lo normal hubiera sido que tu familia te hubiera transmitido su apellido. Las dos somos huérfanas, pero en ti he encontrado una hermana, además de una amiga. Al fin y al cabo, Pendragon puede considerarse un apellido familiar».

Al recordar estas palabras se sintió profundamente conmovida.

—Prefiero Pattern a secas —logró decirle al señor Crichton, aunque no podía estar más atónita.

El señor Crichton la observaba con benevolencia.

—Por favor, no se alarme... Puede que la hayamos traído aquí bajo un falso pretexto, pero tenga por seguro que ha sido por una buena causa. Permítame que me explique. Somos una agencia de servicio doméstico, eso es cierto, pero nuestro personal nos proporciona un servicio muy concreto. Elfinburgo no es el único país que oculta secretos. No es el único rincón del mundo donde todavía perviven extrañas reliquias de tiempos pretéritos, ni el único donde hay personas que han caído en las garras de las artes oscuras.

Pattern se sintió como si intentara leer un libro mientras las páginas pasaban a toda velocidad.

—Creo que no le sigo...

—El sirviente perfecto es invisible. Invisible, incorruptible. ¿No está de acuerdo? Un sirviente de confianza tiene acceso a las parcelas más íntimas de la vida y del trabajo de su jefe. Un sirviente inteligente puede transformar esta accesibilidad en una gran ventaja. Por eso, nuestra agencia coloca a sirvientes en distintas casas con el propósito de investigar discretamente. Aquí tengo, por ejemplo, una carta de una dama noble, muy rica y con muchos títulos, que sospecha de que su hijastra pretende invocar a un demonio para que la posea. Ruega que la ayudemos y ofrece una cuantiosa remuneración. Podría ser una excéntrica, por supuesto. Pero podría no serlo. ¿Qué hacemos entonces?

Pattern parpadeó.

—¿Desea que ayude con este tipo de investigaciones?

—Una muchacha con su talento y sus recursos no puede estar ociosa durante mucho tiempo.

—La gran duquesa cuenta conmigo.

—La gran duquesa no la necesita. Le quedan algunos años para alcanzar la mayoría de edad. Mientras tanto, no le faltarán ni el apoyo ni los buenos consejos. He oído que ya ha convocado a los amigos de su padre que estaban en el exilio o encarcelados por el príncipe Leopold y les ha devuelto sus antiguos cargos en el consejo de Estado. Usted y su antigua señora son libres para llevar una vida ociosa llena de lujos.

—Lo dice como si fuera algo malo.

—No pretendía que fuera así. ¿Por qué se iba a molestar en ganar un sueldo cuando tiene una amiga que le concederá todo lo que se le antoje? Estoy seguro de que no le faltará de nada en Elfinburgo. Pero ahora que el peligro ha pasado, el ducado será un lugar aislado y placentero, tan próspero y tan aburrido como cualquiera podría desear. Le ruego que me disculpe, pero quizá me permita saciar mi curiosidad contándome algo. ¿Cómo fue capaz de matar al dragón, señorita Pattern?

—Es un poco complicado. Pero, en resumen, la bestia y su amo murieron abrasados en un fuego químico, detonado por una mezcla de sales volátiles, láudano y, ejem, lejía.

—¡Qué ingenioso! Ya lo creo que sí. —El señor Crichton asintió con aprobación—. Amoniaco de las sales de olor... el cloruro del limpiador... mezclados para producir un gas tóxico... supongo que el etanol del láudano le añade un elemento inflamable, ¿no es cierto? ¡Y todo procedente de unos

inocentes productos del hogar! Tengo que contárselo a la señora Jervis. Esta información podría ser muy beneficiosa para nuestros agentes.

—No tenía ni idea de que sería tan efectiva —admitió Pattern—. Estaba improvisando, por supuesto. Claro, que si se pudiera experimentar en un lugar acondicionado o poder... —Se detuvo—. Pero eso no es de mi incumbencia.

Él sonrió despacio.

—Vaya vaya, ahí lo tenemos. Lamento que nuestro trabajo no le resulte atractivo, pero es comprensible que se muestre reacia. Permítame darle esto al menos. —El señor Crichton le entregó una tarjeta con una dirección y una ilustración con un plumero cruzado con un tenedor. Encima se leía el nombre «Servicio de Plata»—. Por si tuviera alguna duda adicional, ya sabe.



Pattern creyó que sería de mala educación rechazar la tarjeta. Les deseó un buen día al señor Crichton y a la señora Jervis y salió a la calle, donde el sol asomaba de manera intermitente entre las nubes de lluvia y convertía los charcos en joyas centelleantes.

Tenía toda la tarde libre. Podía hacer lo que quisiera. Podía comer todo el pan de jengibre y beber toda la limonada que desease. Podía ir a comprar guantes forrados de piel y pañuelos de encaje. Podía pasarse la noche en el teatro y el día en los museos. Podía ir a un lago del parque y darles de comer bollitos a los patos.

O podía regresar a una vida de trabajo duro, suciedad y peligro. Emoción y cansancio. Pruebas y retos.

Era el momento de elegir qué heroína quería ser: la condesa de Annwn o Pattern a secas... Pero no ambas.

Y, allí de pie, con el sol jugando al escondite con las nubes, se preguntó cómo habría que proceder para exorcizar a un demonio y cuál sería la defensa más adecuada, si un atizador o una aguja de punto bien afilada.



RECONOCIMIENTOS

La autora desea manifestar su afecto por la indomable Julia Churchill, de A. M. Heath, y también por Lucy Pearse y Rachel Kellehar, de Macmillan Publishers, dos damas agudas y vivaces. Los libros, como las casas, necesitan decoración y orden: de la primera se encargó la señorita Sarah Gibb; de la segunda, el señor Nick de Somogyi y la señorita Veronica Lyons.

A Ali Korotana Esquire, de Camberwell, le debo un agradecimiento especial y le dedico este libro con todo mi cariño.